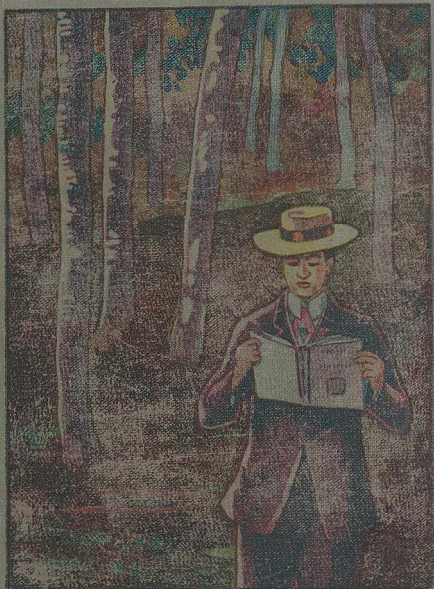


TERCER LIBRO
L. TOLEDO HIDALGO

EL ESTUDIANTE ARGENTINO

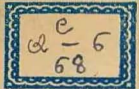
CURSO DE LECTURA
PARA 5º GRADO

SEXTA EDICION
CORREGIDA



PABLO RUBINEL EDITOR "LA MARAVILLA LITERARIA"
CORDOBA

LL
1911
TOL



00000722

18

EL ESTUDIANTE ARGENTINO

100
CURSO DE LECTURA

EL ESTUDIANTE ARGENTINO

TERCER LIBRO

*Duplicado
del N° 19142*

PROSA, VERSO Y AUTÓGRAFOS

ARREGLADO POR EL PROFESOR

L. TOLEDO HIDALGO

Vocal del Consejo P. de Educación
Catedrático del C. Nacional y de la E. N. de Niñas
de Córdoba

QUINTA EDICIÓN CORREGIDA



CÓRDOBA

PABLO AUBINEL — EDITOR

“LA MARAVILLA LITERARIA”

1911

115x180

ES PROPIEDAD DEL AUTOR



PREFACIO

La falta absoluta de textos de lectura que puedan adaptarse con entera propiedad á los grados medios y superiores de la escuela, me ha inducido, después de una larga y prolija experimentación, á dar á luz un curso gradual de tres libros dispuestos para esa enseñanza, correspondiente el 1° al tercer grado, el 2° al cuarto y el 3° al quinto, y conteniendo, cada cual, una parte de versos para ejercicios de lectura, apropiados igualmente á la declamación, á fin de prevenir también, así, los afanes por que pasan los alumnos y aun los mismos maestros, para procurarse una poesía que satisfaga este último propósito.

El tercer libro, que puede aplicarse lo mismo á quinto grado de la escuela, común, que á primer año del colegio nacional, ya que á su sencillez literaria y claridad de exposición de los asuntos reúne lo selecto de sus lecturas, lleva además una tercera parte de autógrafos, los que, si bien podrían suplirse por otra clase de manuscritos y encarecerán algo el costo del libro, no dejarán de ofrecer ventajas, por su lectura escogida y mejor ejercicio, aparte de que siempre será doblemente oneroso para el alumno la adquisición, por separado, de mosaicos ó polígrafos.

Por lo demás, si la fidelidad ha respondido bien á mi empeño, cada libro se amoldará por su carácter general propio, forma de exposición de las lecturas, espíritu y alcance de su

enseñanza, á la medida de la capacidad de los alumnos del grado que se le señala, dejando fluír de la diversidad de estilos, novedad y variedad posible de los asuntos, el gusto y el interés necesario á su índole y propósitos.

L. TOLEDO HIDALGO.

PRIMERA PARTE — PROSA

LA LECTURA.

Cuando oigo decir que un hombre tiene el hábito de la lectura, estoy predispuesto á pensar bien de él. — Leer es mantener siempre vivas y despiertas las nobles facultades del espíritu, dándoles por alimento nuevas emociones, nuevas ideas y nuevos conocimientos. Leer es multiplicar y enriquecer la vida interior.

Leer es sobre todo asociarse á la existencia de sus semejantes, hacer acto de unión y de fraternidad con los hombres. El que lee, aunque se halle confinado en una aldea, vive del movimiento universal, y puede decir, como el hombre de Terencio, que nada humano le es indiferente.

La lectura fecunda el corazón, dando intensidad, calor y expansión á los sentimientos.

Los egoístas no practican por lo general la lectura, porque pasan absortos en la árida contemplación de sus intereses personales. No sienten la necesidad de salir de sí mismos y estrecharse con los demás.

Las personas indolentes no leen; pero ¿qué son el ocio y la indolencia, sino las formas plásticas del egoísmo?

La naturaleza es pródiga en sorprendentes escenas, en maravillosos espectáculos, que el hombre sedentario apenas conoce, y que los viajeros contemplan con extática admiración. Los placeres sociales encantan al hombre; pero no siempre vienen á su encuentro ni dependen de su voluntad.

Entretanto, los placeres que proporciona la lectura son de todo tiempo y de cualquier lugar, y son los únicos que puede renovar á su albedrío.

Rioja ha podido decir así, con simplicidad tocante:

“Un ángulo me basta entre mis lares
“Un libro y un amigo, un sueño leve
“Que no perturben deudas ni pesares.”

La lectura es poderosa para curar los dolores del alma, y Montesquieu ha escrito en sus pensamientos que jamás tuvo un pesar que no lo olvidara después de una hora de lectura.

He ahí un hombre al que la inteligencia ha hecho grande entre los hombres de su época ó de su siglo. — ¿Qué ha pensado sobre Dios, sobre la naturaleza, sobre el hombre, eternos problemas que yo no puedo sondear, porque mi espíritu se halla inculto y mis horas pertenecen al trabajo material? — La Biblioteca de la aldea contiene sus libros; y no habrán pasado las veladas largas de este invierno, sin que yo sepa lo que San Agustín meditó sobre Dios, lo que Pascal discurrió sobre el hombre y lo que Humboldt enseña sobre las leyes que rigen el universo visible.

El libro es enseñanza y ejemplo — Es luz y revelación — Fortalece las esperanzas que ya se disipaban; sostiene y dirige las vocaciones nacientes que buscaban su camino al través de las sombras del espíritu ó de las dificultades de la vida. El joven obscuro, puede ascender hasta el renombre imperecedero, conducido como Franklin por la lectura solitaria.

El libro da á cada uno testimonio de su vida íntima. Es el confidente de las emociones inefables, de aquellas que el hombre ha acariciado en la soledad del pensamiento y más cerca de su corazón. Así, la lectura del libro que nos ayudó á pensar, á querer, á soñar en los días felices, es el conjunto de sus bellas visiones desvanecidas por siempre en el pasado.

Cuando puedo substraerme á lo que me rodea, y releo mis antiguos libros, parece que se renueva mi ser — Vuelvo á ser joven — Lo que pasó, está presente; y creo por un momento, que puedo envolverme de nuevo en la suave corriente de los sueños desvanecidos, cuando repitiendo con acento enternecido el verso de Lamartine ó de Virgilio, los llamo y los nombro con las voces de mi antiguo cariño.

Enseñemos á leer y leamos. El alfabeto que deletrea el niño, es el vínculo viviente en la tradición del espíritu humano, puesto que le da la clave del libro que lo asocia á la vida universal. Leamos para ser mejores, cultivando los nobles sentimientos, ilustrando la ignorancia y corrigiendo nuestros errores, antes que vayan con perjuicio nuestro y de los otros á convertirse en nuevos actos.

N. AVELLANEDA.

NUESTRA BANDERA.

Esta margen del Paraná vió pasar por esas aguas á los primeros españoles que se internaban en las soledades americanas, sin otro estímulo que agregar nuevas glorias á su patria, ni más fuerzas que la de sus corazones animosos y esforzados.

Después, más activos y fieros, los conquistadores la recorrieron en nombre de la civilización y con su espada, en la vasta distancia que media de Santa Cruz á Buenos Aires.

Esta tierra ha temblado bajo el peso de las armaduras y por el grito del salvaje; ha sido mudo testigo de ilusiones y padecimientos, de trabajos y de éxitos.

Y durmió, porque la época colonial, que fué de siglos, no tuvo vigor ni voluntad para despertarla.

Y así permanecía, hasta que, en día inmortal, un gran prócer la señaló, como baluarte de guerra y el tiempo lo ha afirmado, de labor, de población y de riqueza.

La historia cuenta la comisión de que fué encargado el ciudadano-soldado, que había sido de los iniciadores y era de los más abnegados sostenedores de la revolución. — General de un ejército, malograda su expedición por el rechazo de sus armas, no lo fué por las ideas que las impulsaran, y procesado sin causa y sin justicia, la pureza de su intención y de sus procedimientos dominó las pasiones y los extravíos de sus acusadores y de sus émulos.

La comisión que se le confió, era necesaria, pero sin importancia. Él vino á desempeñarla, y como pensaba y sentía cual Moreno, Rodríguez Peña y otros de los que guardaban el secreto de sus nobilísimas inclinaciones — que iban hacia la emancipación política del país — comprendió que si la revolución no había proclamado su anhelo, sus ejércitos debían tener una bandera, y la ideó, la hizo y la enarboló, el 27 de Febrero de 1812.

¡Qué escena sería aquélla!

Sobre los últimos perfiles de la Pampa, que corta el Paraná, aquí mismo se levantó una batería, cuyos cimientos he visto, y allí en frente, sobre una de esas islas, quizá en alguna que ya no existe, colocóse otra, y en hora marcada é inolvidable retumbó el cañón cruzando sus fuegos, que

interrumpían el profundo silencio de una comarca ignota y estéril todavía.

Belgrano en ese momento alzó la bandera, y el sol al ocultarse se fijó en ella.

¡Qué emociones sentirían los que presenciaban el saludo de la "Independencia" y de la "Libertad", al flamear por primera vez la enseña nacional!

No ha vibrado hasta nosotros el ruido de sus palpitaciones patrióticas y la tradición ha perdido la voz, el eco de esos corazones argentinos, pero podremos presentirlo, hoy, que á través de los años latén los nuestros con el mismo entusiasmo y á igual diapasón, al evocar la memoria de su creador y al saludarla henchidos de ese fluído misterioso que liga las almas de los que la aman en la fortuna y la amarían aún más en la desgracia.

Belgrano no se inspiró en los colores del cielo, sino en los recuerdos de cuando los lucía en su uniforme de "Patricio" durante la invasión inglesa, y en los de otros más grandes días, en que fueron distintivo de los que volcaban virreyes y en los que adornaban la boca de los fusiles de la primera expedición libertadora que llevó el voto de Mayo hasta el Desaguadero.

Al crearla él obedecería á sus principios y á un plan que era su consecuencia. Decidida la guerra para obtener la Independencia, el símbolo de la soberanía de estos pueblos no podía ser el mismo de la soberanía de los reyes.

Trasladado á Jujuy y ya al frente del ejército del Alto Perú, alzóla nuevamente en el segundo aniversario de Mayo para imponerla al fin después de la victoria de Tucumán.

¡Esa es la bandera del juramento!

ADOLFO P. CARRANZA.

LA ÚLTIMA CARGA.

20 DE FEBRERO DE 1827

En la batalla que el panegirista de Rozas denomina "Cutí-Zaingó", los portugueses "Paso del Rosario", sobre el río Santa María, y que con más propiedad podía llamarse "La batalla de las desobediencias", entre descollantes episodios de nuestros primeros militares, resalta el siguiente, que alcanzamos á recoger de los propios labios del ilustre general Paz.

Denominamos "la batalla de las desobediencias", pues que empezando por la del general Lavalleja, que al ir á ocupar el puesto designado en el plan (reserva á la derecha) le pareció mejor formar á vanguardia del ala izquierda argentina, y allí quedó; luego el coronel Blanes, oriental, no quiso obedecer al coronel Paz, como á su vez éste cargó contra orden expresa, y Lavalle sin ninguna.

Ya había muerto el coronel Brandzen y regresaba Paz de su primera carga sin haber conseguido conmover el cuadro de alemanes, cuando al pasar el general en jefe, alcanzó á oírle cierta ironía que picó su amor propio. En el deseo de sacarse la espina, rehizo de pronto, su regimiento, iniciando una segunda carga á fondo, cuyo ímpetu, llevándose cuanto tenía por delante, logró conmover la infantería del frente, y empezando á vacilar el ejército contrario, inclinó el triunfo á los argentinos.

Divisando con su antejo, el general en jefe, que el coronel Paz cargaba sin orden, despachó al ayudante de campo, coronel Martínez Fontes para que le ordenara detenerse. Tarde llegó éste, cuando los escuadrones regresaban. Fué entonces que volviendo el general á gran galope, le increpara irritado:

- ¿Sabe Vd. á cuántas fuerzas enemigas ha cargado?
- ¡A cuantas tenía á mi frente, general!

— A dos batallones de infantería alemana y un regimiento de caballería. ¡Coronel! queda Vd. en suspenso.

.....

La derrota se pronunció entre los portugueses; arrollados por jefes de tanto renombre como Mansilla, Soler, Olazábal, Paz, Lavalle, Olavarría, Iriarte, Pacheco, Brandzen, Oribe, Chilaver, Vilela, y Medina. Terminada la batalla á las dos de la tarde del 20 de febrero de 1827, todos los jefes y oficiales superiores fueron llamados ante el general en jefe. Cuando cruzaba Paz el campamento de cada batallón salían los jefes á saludarle, persuadidos de que su última carga había sido el principio de la derrota. Los de más confianza le repetían: “De esta hecha se cambia el color de las palas”. A lo que el coronel Paz contestaba con reserva: “Por el contrario, he sido suspendido”.

El general en jefe, ya más desahogado le dijo:

— Pero, al fin coronel, usted no me ha dicho por qué cargó sin mi orden.

— Una caballería enemiga amenazaba mi frente, y la última orden del día autoriza á los jefes de división á obrar, á falta de orden, según las circunstancias.

Regresando Lavalle con gran retardo, le recibió el general con dos piedras en la mano.

— ¿Por qué ha desobedecido usted las órdenes habiéndosele dicho que no se alejara de la vista del campo de batalla?

— Porque los riograndenses son volvedores, señor general, y mientras quedaba un grupito alrededor de Bentos Manuel, volvían á rehacerse.

— ¿No sabe usted que ha podido comprometer el éxito de la batalla y quedar cortado?

Después de estas y otras exclamaciones sobre el estricto cumplimiento del deber y las prescripciones de ordenanza, despidió con cajas destempladas á ambos jefes, que se creían llamados para agradecerseles sus remarcables servicios.

Alvear, repitiendo que las cargas sin orden dada comprometían la victoria, seguía manifestando su disgusto por la conducta de Paz, y como el coronel Deheza defendiera á su comprovinciano. "Hádado una carga sin precedente, por la que merecía un castigo", replicó: "Perdone, señor general: el coronel Paz la ha llevado para salvar el honor de su regimiento"

— El regimiento no es de él, sino de la nación. El coronel Paz es un bravo á quien estimo, pero la primera cualidad de un soldado es la subordinación.

.....

Pasada la hora de lista, y cuan triste es la primera lista sobre el campo de batalla donde tantos no pueden contestar; otro ayudante de estado mayor volvió á llamar á los coroneles Paz y Lavalle, y cuando éstos llegaron al paso de sus sudorosos caballos de guerra, ya encontraron al general en jefe más humanizado.

— ¡Señores generales! — dijo — Y no encontrando al dar vuelta, á Mansilla, Soler, Lavalleja, únicos de ese grado en el ejército, se miraron los dos compañeros. — Queda levantada su suspensión, agregó, dirigiéndose á Paz: y como son ustedes los coroneles más antiguos del ejército, autorizado á proponer ascensos sobre el campo de batalla, les saludo con el grado inmediato, como á los que más han coadyuvado á la victoria de este día. Pero no hay que olvidar, señores, que la subordinación es el principio de la disciplina, que sin ésta no hay unidad ni ejército posible; y tienen por costumbre los oficiales maniobreros de San Martín, iniciaciones que bien pueden comprometer la victoria.

.....

P. S. OBLIGADO.

EL RAYO DE FORMA ESFÉRICA.

“El tiempo era de tempestad y comenzaba á caer grandes gotas de lluvia; mi padre y sus amigos almorzaban en una de las salas del hotel de las “Gorges du Loup”, cuya ventana estaba abierta. De pronto empujado por una ráfaga de viento, penetró en la estancia un globo de fuego de 20 centímetros de diámetro. Semejante á una ligera pompa de jabón, el globo de fuego, balanceándose suavemente y como si flotara en la atmósfera, dió la vuelta á la habitación sin tocar ningún objeto. Arrastrado por una corriente de aire volvió á salir por la ventana antes de que mi padre y sus amigos, presa de una emoción muy justificada, hubiesen podido intentar huír. La aparición había durado 10 segundos. Los comensales siguieron con la vista la esfera misteriosa que, impulsada por el viento, franqueó en un minuto la distancia que separa el hotel de las rocas á pico que caen á plomo sobre el torrente de Loup. Sonó una explosión formidable en el momento en que el meteoro chocó contra las peñas, retumbando en el espacio fragores parecidos á los que provoca un trueno violento. Luego quedó todo en silencio; el globo de fuego se había desvanecido.”

De este hecho exacto pueden sacarse interesantes conclusiones: la primera es que la energía eléctrica puede condensarse, sin intervención de ningún enlace aparente con un sólido bajo forma de esfera luminosa de una densidad igual á la del aire.

La segunda es que el simple contacto de un cuerpo sólido, como la superficie de una roca, basta para destruir los lazos invisibles que mantienen unidas las moléculas cuya agrupación constituye el meteoro, y para destruir el equilibrio del sistema y provocar una descarga cuya violencia es idéntica á la del trueno. El rayo de forma esférica puede, en mi concepto, compararse con alguna temible

combinación exotérmica cuya constitución molecular escapa á nuestro examen, y que viene á ser, desde el punto de vista físico lo que la melinita desde el punto de vista químico.

Muchos experimentadores han tratado de reproducir en el laboratorio el fenómeno curioso de que acabo de hablar.

En el curso de mis investigaciones sobre electricidad á alta tensión, he descubierto un procedimiento experimental muy sencillo que permite obtener, hasta cierto punto, el resultado que se desea.

Basta para ello disponer paralelamente á una distancia de unos 30 milímetros dos planchas metálicas y llevarlas á un potencial elevado (unos 30.000 voltios): en estas condiciones no se produce el efluvio; pero desde el momento en que la tensión excede de un límite determinado, fórmase una pequeña esfera de fuego, coronada de múltiples llamas, que se pasea con un silbido particular, entre las dos planchas metálicas. Disponiendo el experimento de una manera análoga, pero separando las dos planchas conductoras por un dialéctico, ó proveyendo á una de las planchas de una serie de puntas, se obtiene un efluvio violáceo de un efecto bellísimo que desprende abundante ozono.

MARIO OTTO.

LA AVENTURA DEL SOLDADO.

El soldado Guitot, del 3° de zuavos, era un veterano en toda la extensión de la palabra, pero demasiado aficionado al vino; esto no obstante amaba á su madre con ternura y siempre que podía le enviaba algún recuerdo.

El año en que Canrobert fué ascendido á general, Guitot había cobrado una suma de tres francos por suplemento de su sueldo y con motivo de haber tomado parte en la reparación de una carretera.

Este dinero pensó enviárselo á su madre para que se comprase un par de zuecos para el invierno.

Este pensamiento era generoso y denotaba amor filial; pero desgraciadamente Guitot tenía el defecto de que le gustaba demasiado empinar el codo.

En cuanto tuvo en su poder los tres francos se fué derecho á buscar un giro para enviarlos, pero era muy tarde y la oficina estaba cerrada; al día siguiente volvió y esta vez era demasiado temprano y también estaba cerrada.

— Qué mala suerte tengo — se dijo — y contrariado lanzó una serie de juramentos capaces de abochornar á un guardacantón.

Este contratiempo le produjo sed y se metió en una taberna en la que entregado á copiosas libaciones, dió cuenta muy pronto de los tres francos.

Al salir de la taberna aun conservaba la suficiente razón para pensar que debía enviar á su madre el dinero y tambaleándose se dirigió á la oficina.

Esta vez la encontró abierta, pero cuando trató de entregar los dichosos tres francos, claro, no los encontró; en vano registró los bolsillos y les dió vuelta, pues lo que es él, pensaba, los había tenido... Después de haberse registrado inútilmente con la tenacidad del borracho, repitió maquinalmente:

— No obstante, es necesario que envíe el dinero á mi madre.

Muy perplejo se rascaba la cabeza como hombre que trata de encontrar una idea.

Al cabo de un momento dióse un golpe en la frente; por fin la había encontrado.

Vió á un señor que se paseaba y que por su aspecto le pareció forastero. Se dirigió hacia él todo lo más derecho que pudo, y le dijo:

— Perdonad, caballero, ¿tendríais necesidad de una camisa? os la vendo.

— ¡Una camisa! ¿No sabéis á lo que os exponéis por vender vuestros efectos?

— ¿Qué os importa eso? Necesito dinero. ¿Queréis la camisa, sí ó no?

— Bueno, ¿y para qué queréis el dinero?

— ¡Para enviarlo á mi anciana madre!

— ¡Ah! vamos, y ¿cuánto queréis por la camisa?

— Lo que quiero enviarle son tres francos.

— Pues trato hecho. Id á buscarla.

El zuavo se dirigió al cuartel, de donde al poco tiempo regresó con un paquete que entregó al desconocido recibiendo en cambio los tres francos.

Se dirigió á la oficina y aquél, que lo había seguido, lo vió salir con una carta en la mano, en la que metía una letra.

Al día siguiente se celebraba una revista y el 3° de zuavos tenía que formar para ser presentado al nuevo general Canrobert.

Llegó la hora de la formación, sonaron cornetas y tambores y apareció el nuevo general; al verlo Guitot se estremeció, pues en él reconoció al señor á quien había vendido la camisa.

— ¡Diablo! — se dijo — si el general me reconoce, estoy perdido.

Y al presentar las armas procuraba taparse la cara con el cañón del fusil, pero inútilmente; al llegar frente á él, Canrobert detuvo su caballo y dijo:

— ¡El número uno, dos pasos al frente!

Y haciendo de tripas corazón avanzó el pobre soldado. El general le dijo bruscamente:

— ¿Cuántas camisas tenéis?

— Dos, mi general — dijo con aplomo.

— ¿Dos?... Enseñadlas.

— Una la tengo puesta y la otra...

Y como notase su vacilación, dijo Canrobert.

— La otra la tendréis en la mochila.

— No, mi general; la otra está en vuestro poder.

— Es cierto — dijo el futuro mariscal — pero estad tranquilo, que os la enviaré para que no os falte.

— ¡Oh! mi general...

Algunos días después, Guitot, recibió una carta de su madre, en la que le daba gracias por los cien francos que le había enviado.

Guitot, adivinó quien era el generoso donante; fué lleno de júbilo á expresar su reconocimiento al general, á quien dijo:

— Al precio que pagáis las camisas, debe uno hacer por conservarlas toda la vida para recuerdo de vuestra acción generosa.

L. DAGÉ.

LOS METEOROS.

El aire en pequeñas masas es transparente é invisible; pero los rayos de la luz, reflejados en todas las capas atmosféricas, diferentes en densidad, tiñen de azul los objetos que se perciben á lo lejos. En este azul celeste, tan próximo á nosotros, es donde nuestra vista supone los astros enclavados, cuando, en realidad, una distancia inmensa separa unos de otros; á medida que se asciende, este color azul se obscurece, merced á la densidad del aire; y en la cumbre de las más elevadas montañas, y en un aeróstato que se remonte á grandes alturas, el aire parece casi negro.

“La atmósfera, reflejando hacia nosotros los rayos solares, nos anticipa la luz del astro ó la retiene mucho tiempo después que ha desaparecido de nuestro horizonte. Sin esta *refracción*, no habría *aurora* ni *crepúsculo*; la luz del sol sería tan intensa que cegaría nuestros ojos, y las tinieblas sucederían bruscamente al día. Los rayos solares, atravesando las capas de la atmósfera, más ó menos densas ó cargadas de vapores, producen los distintos meteoros lumi-

nosos; la brillante *aurora boreal* que alumbra las regiones polares; la *luz zodiacal*, cuyo tinte blanquecino admiran los habitantes del ecuador; los colores vivos y variados del *arco iris* solar, visible en todas partes, cuando una nube, á menos de 54 grados de inclinación, se encuentra frente al observador que tiene el sol de sí; los *parahelios* y los *paraselenios*, en fin, que multiplican la imagen del sol y de la luna. En comarcas polares, el sol se oculta precedido ó seguido de un amplio cono de luz amarillenta. Los rayos de la luna nos hacen ver, á veces, un *arco iris lunar*, ó una corona luminosa que brilla en torno de este astro con todos los colores del iris, y que se llama *halo*.

“Estas ilusiones ópticas, producidas por la influencia de nuestra atmósfera sobre la luz, no se limitan á las regiones aéreas; transforman también la apariencia de los objetos terrestres, y nos rodean de fantasmas; así en muchas ocasiones el marino cree ver tierras que no existen, y divisa en la superficie de los mares, costas, rocas y sirtes, donde las aguas, libres de todo escollo, tienen mayor profundidad; se aproxima cautelosamente, y este mundo fantástico desaparece de repente para convertirse en tinieblas.

“El *espejismo*, producido por los vapores sutiles que despiden la tierra, engaña más cruelmente aún á los viajeros agobiados de sed y de fatiga, desplegando ante ellos las limpiadas aguas de un vasto lago que, á medida que avanzan, desaparece ante sus ojos, dejando en su lugar la realidad horrible de la arena estéril y abrasada, sin gota de agua, emblema fiel de las ilusiones de la esperanza siempre engañada. A veces en las cumbres de las montañas ve el hombre reflejada su imagen en las nubes que se encuentran bajo él y en torno suyo; cuando esta imagen se ve rodeada de los colores del arco iris, se llama *apoteosis del viajero*; y llámase *espectro del Broncken* (montaña de Alemania) cuando no produce más que una sombra negra y horrible; pero estos fenómenos, semejantes á las ilusiones de la vani-

dad y á los sombríos fantasmas de la imaginación, no existen sino á la vista de aquel que es objeto de ellos.

“Los vapores que se desprenden de la tierra turban la transparencia del aire y forman las nubes que, teñidas por los rayos del sol, ondulan en el espacio con mil formas diferentes, se condensan ó se rarifican, permanecen inmóviles ó huyen con la rapidez del viento que las impele, se crespan ó se desagregan, se agitan en direcciones contrarias, chocan, y merced á la energía de atracción y repulsión del fluido eléctrico de que están saturadas producen tormentas horribles ó lanzan rayos que abrasan ó dan muerte. Pero las capas vesiculares que forman las nubes, se desgarran, los vapores que contienen, se descomponen, se convierten en lluvia líquida, la presentan en *granizo*, revolotean en *copos de nieve*, ó enfriadas súbitamente en su caída producen las brillantes *agujas* de la *escarcha*, ó muestran la resbaladiza superficie del hielo.

“Las nubes, atraídas y limitadas por las cumbres de las montañas, que no pueden elevarse sobre la superficie de la tierra, se llaman *nieblas*; se disuelven insensiblemente sobre el suelo que bañan y se convierten en pequeñas gotas que se depositan en la tierra, lentamente y sin ruido. Las nieblas condensadas por el frío se llaman *brumas*. En Groenlandia y en otras regiones polares, estas brumas que el sol levanta y que obscurecen el aire, se hielan, formando sobre el mar como un velo helado, semejante á telas de araña; pueblan el aire de átomos brillantes, ó lo erizan de témpanos puntiagudos como agujas finísimas.

“En los climas cálidos y templados, enfriada la atmósfera durante la noche, deja caer frecuentemente la parte más sutil y más pura de los vapores que contiene en disolución, y produce el *rocío*, cuyas gotas brillantes se evaporan en seguida por los rayos del sol naciente. El rocío condensado por la acción del frío forma la *escarcha*, que resiste el calor durante más tiempo, á la nieve en blancura, y, sobre

los árboles y plantas, presenta el aspecto de una vegetación cristalina. El polen de las flores, el polvo de las alas de las mariposas y millares de insectos, de colores vivos, lavados por el agua que destila el aire, producen esas *nieves* y esas *lluvias de sangre* y de *azufre*, que el vulgo considera presagios de la cólera divina.

Algunas veces los vapores que se elevan súbitamente de la superficie de la tierra y los que descienden de la atmósfera, se encuentran, engendrando esas *trombas* terribles, esas dos nubes cónicas opuestas por sus vértices que se observan á veces en las aguas del Océano, cuya sola presencia hace palidecer á los marinos más intrépidos. Al súbito desprendimiento del flúido eléctrico, ó al encuentro de viento contrarios, se debe este movimiento rápido y circular del aire que se designa con el nombre de *huracán*. En los desiertos del Sahara y del Asia Central, se forman frecuentemente las *trombas de arena*, igualmente terribles.

A veces, durante un tiempo sereno, óyense en los aires grandes detonaciones que anuncian la caída de globos inflamados llamados *bóldos*, *aerolitos*, *uranolitos*, compuestos de un metal ferruginoso, y de un origen cósmico y planetario, como las estrellas errantes que se ven atravesar el cielo en las noches serenas. Tal vez á esta causa se debe la veneración que sienten algunos pueblos por ciertas piedras negras, como la *Piedra negra de la Meca*.

Los flúidos aéreos, los gases hidrógenos ó inflamables, cargados de vapores de azufre y de fósforo, son, sobre todo, la causa del terror del vulgo: tanto cuando aparecen en las regiones inferiores de la atmósfera con llamas azuladas y errátiles que se llaman fuegos fatuos, como cerca de la superficie de la tierra, ardiendo en torno á las fuentes que los alimentan, y que reciben el nombre de *fuentes ardientes*. El flúido eléctrico de que el aire está á veces saturado, da lugar á otros meteoros ígneos que, aunque

menos temibles que el de la tempestad producen más extrañeza por ser menos frecuentes; así por ejemplo, las puntas de las lanzas un de ejército, los mástiles de los barcos que marchan con más rapidez, el penacho del casco que se agita en la cabeza de un guerrero esforzado, los picos de las rocas agudas, de los obeliscos y de los edificios, atrayendo la electricidad, presentan á veces *crestas* luminosas que los modernos han llamado *fuegos de San Telmo*. Atrayendo la electricidad y produciendo dicho fuego artificialmente, ha conseguido el hombre preservar de los rayos los edificios y las moradas que construye, coronándolos con esas flechas de hierro que se llaman *para-rayos*".

WALCKENAER.

HOMBRES DE LA ÉPOCA.

BELGRANO

No hay en nuestra historia una página más bella que la que llenó con sus nobles acciones este patriota. Ha sido llamado el hombre del sacrificio y del deber.

En su alma cabía sólo la pasión de amor ardiente por la patria. Como precursor del movimiento emancipador, como miembro de la primera junta de patriotas, como ciudadano armado y jefe de los ejércitos de la revolución, como diplomático, como periodista, y en todas las situaciones graves y violentas, fué el más abnegado servidor de la causa americana.

En los momentos más difíciles de su accidentada vida, supo conservar la ecuanimidad de su espíritu, y cuando todos sentían vacilaciones y desfallecimientos, él, sólo con su fé en los destinos del país, supo adelantarse á los tiempos y marcar la huella de la revolución con grandes inspiraciones.

Creó la bandera nacional, fundó pueblos, dictó prudentes reglamentaciones y sacrificó invariablemente su bienestar personal al bienestar y á la gloria del país.

Un rasgo, entre todos los rasgos salientes, debemos apuntar: fué un educador, y el primero que tuvo el amargo temor de la tiranía que más tarde soportara nuestro país. En campaña, con su ejército, el primer pensamiento que lo dominaba era el de fundar escuelas, y hacer con todos sus actos y palabras materia de enseñanza práctica.

Fué el único que lanzó con franca energía la declaración más grave, la que condensaba todo un programa para los patriotas, esta declaración: *"Temo más á mis paisanos después de la victoria, que á nuestros enemigos ahora..."*

Esta condición orientó su voluntad con firmeza, y desde entonces su único pensamiento fué el de fundar escuelas y dotarlas.

Fué obediente siempre al gobierno revolucionario, pero cuando desobedeció, salvó la revolución americana con la victoria de las armas argentinas en Tucumán.

SAN MARTÍN

Toda su vida fué una serie no interrumpida de abnegaciones.

Luchaba bajo las banderas españolas en la madre patria cuando supo que las colonias se levantaban para conquistar la independencia.

Había nacido en Yapeyú, en las Misiones de Corrientes, en la margen derecha del Alto Uruguay, de padres que fueron funcionarios españoles; se había educado en España, y brillaba ya en sus ejércitos.

¿Cuál era su patria?

Era libre para elegirla, y la eligió en los pobres y oscuros pueblos americanos donde naciera. Luchaban por su libertad, y esta aspiración de alta nobleza popular, ejerció

en su alma una poderosa atracción: necesitaban guerreros y habían pedido el concurso de todos los que sintieran el anhelo de una patria.

San Martín trajo así, su espada ya gloriosa y su experiencia de guerrero á Buenos Aires, para ponerlas al servicio de la independencia americana.

Y fué Libertador de medio continente: el guerrero más ilustre, porque después de haber asegurado la independencia de los pueblos renunció á todos los honores y supo mantenerse alejado de las pasiones, que obscurecieron por un momento los horizontes de toda América: alejado de las pasiones, pero vinculado á nuestra suerte, porque todas las páginas más gloriosas de nuestro pasado son las páginas de su propia historia, como político y guerrero.

Murió lejos de la tierra que había libertado, lejos de la patria que había ayudado á formar: lejos y pobre, como los héroes que tienen las satisfacciones en sí mismo y sienten la gloria en sus propias acciones.

Durante muchos años la América del Sur no notó la desaparición de este ilustre ciudadano y gran guerrero, ni el más sencillo monumento indicó á las nuevas generaciones que la patria le debía sus mejores glorias.

No era ingratitud, porque los pueblos no pueden ser gratos con los que son inmortales por sus obras.

¿Para qué entonces los monumentos?

No contestamos como Montalvo: "¿No está ahí la naturaleza que no pierde la memoria de los grandes hechos? ¿No están ahí los huesos de nuestros mayores sirviendo de inscripción indeleble? Los huesos no, pero las cenizas, esas cenizas pesadas, polvo de diamante, que no se van con ningún viento, como las del templo de Juno Lacinia. Desgraciado del hijo de América que ponga los pies en el suelo de Carabobo, Chacabuco y Tucumán y no sepa donde está. Esos campos se descubren desde lejos: las sombras de Bolívar, San Martín y Belgrano se elevan en

ellos superiores á la pirámides de Egipto, y cuarenta siglos antes de llegar, el porvenir las contempla desde el obscuro seno de la nada."

No es más grande Washington, ni más ilustre Bolívar. ¡Llor á ellos, que fueron grandes é ilustres! pero aquél, que supo organizar un ejército en medio de la anarquía, para dar expansión á los principios populares y soberanos de Mayo y de Julio; para fundar la libertad en Chile: levantar sobre el estandarte de la conquista un pabellón nacional en Lima, y alejarse después sin ambiciones del teatro inmenso de sus hazañas, á morir pobre y obscuramente, con la condenación de las pasiones que él había tenido la rara fortaleza de despreciar; aquél, San Martín, es grande para la humanidad é ilustre cual no lo es otro alguno en la mitad del continente americano.

PUEYRRREDÓN

Fué como se dijo del gran Carnot: el organizador de la victoria.

Era todavía en la época oscura de la colonia cuando se reveló su carácter.

La servidumbre secular fué violentamente sacudida por los invasores ingleses.

El amo, representante de la soberanía real, había tenido la cobardía de huír en presencia del enemigo y de abandonar ó los pueblos á una suerte imprevista. ¿De qué manera obrarían para ser dignos ante la propia conciencia?

Lucharon.

Pueyrredón fué entonces conspirador, propagandista, soldado y jefe. La más firme resistencia popular la sintieron los victoriosos invasores en este hombre. Su fortuna, fué la fortuna del pueblo que entonces quiso probar que era digno de elegir á sus jefes y á los que habían de conducirlo

hacia la realización de sus propósitos cívicos que sentía bullir en su alma, pero que era incapaz de definir.

Reconquistado Buenos Aires, quedó desde entonces señalado su destino como pueblo conquistador de las soberanías nacionales.

Pueyrredón, desde entonces marchó siempre á la cabeza de la falange de visionarios: inició la gran marcha triunfal hacia el porvenir.

Fué guerrero y estadista. El inmortal Congreso reunido en Tucumán, lo eligió Director Supremo. Era la época más difícil. Se necesitó un carácter capaz de llegar á un fin sin señalarlo, y él fué aquel carácter.

La anarquía creciente no pudo torcer sus propósitos ni desorientar su voluntad y prefirió el odio de los ambiciosos y de los políticos oscuros antes de perder sus ideales como patriota.

La obra de su vida pública es la Nación.

GUIDO

Es uno de los pocos patriotas que no pueden defenderse "en su caballo de bronce". "¿No tiene monumentos que hablan en su favor?... "No importa que no se levante en bronce ó en mármol; no importa que el silencio haya conspirado contra su memoria.

Fué guerrero y pensador, y marcó el camino del ejército de los Andes, con una precisión genial.

Desde el Ministerio de la Guerra, solicitado por todas las exigencias de la época, combatido por la miseria de los pequeños, estrechado por las necesidades públicas, frente á aquellos horizontes llenos de sombras, levantó su espíritu, y dió espacios inconmensurables á su vista, y vió lo que nadie había visto hasta entonces: que para luchar eficazmente por el orden interior, para asegurar la libertad de la nueva Nación, era imprescindible salvar los límites que las

luchas pasadas empezaban á señalar para la patria, ir á Chile con un ejército, extenderse hasta el Perú, y ahogar en su cuna, con las victorias de la fuerza republicana, las reacciones monárquicas y las vacilaciones de los pueblos.

La Nación, rodeada de enemigos, no podría ser tal Nación. La anarquía de los pueblos independientes, no era un peligro irremediable para los propios pueblos, si lograban los ejércitos de la patria destruir todas las fuerzas de la monarquía que desarrollaban sus planes de reconquista en nuestras vecindades y fronteras.

Su pensamiento realizado, dió grandes días de luz á la Nación.

Fué durante la gran campaña el representante del pueblo de las Provincias Unidas y el compañero de San Martín.

Cuando aquel guerrero recogió el estandarte de Pizarro y se retiró, porque creía peligrosa la presencia de un militar victorioso entre los pueblos que iban á organizar su marcha institucional, y cuando se disolvieron los últimos restos del ejército libertador, el gran ciudadano don Tomás Guido recogió la gloriosa bandera bicolor y volvió para descansar y morir en Buenos Aires, su ciudad natal.

Los años de silencio se extinguen. Algún día próximo, vamos á sentir una diana de victoria, y el nombre de Guido va á brillar entre los primeros de los grandes patricios de la República.

Será la obra de la justicia póstuma.

(De *La Prensa*).

EL SEÑOR PRESENTE Y EL SEÑOR FUTURO.

El señor Presente es un hombre de baja estatura, flaco, vivaracho, que siempre tiene prisa y siempre corre.

El señor Futuro es un caballero alto, de cabellos lisos, que mira al aire y que suspira mientras anda.

Sr. F. — ¡Qué! ¿ya no vemos á los amigos señor Presente? ¿Dónde va Vd. tan de prisa?

Sr. P. — Dispense Vd., señor Futuro; no le había visto á Vd... Voy á la distribución de premios del Colegio Bertrand, que empieza á las doce y media.

Sr. F. — ¡Bah! Estas cosas nunca empiezan á la hora en punto.

Sr. P. — Pues sino se apresura Vd. no llegará á tiempo de oír los discursos. A mí los discursos buenos me gustan mucho porque instruyen á los niños y me alegran el alma.

Sr. F. — Tendré tiempo de sobra, pierda Vd. cuidado.

Sr. P. — Páselo Vd. bien, vecino; no quiero llegar tarde.

Sr. F. (solo) — Quería decirle algo que no recuerdo; pero ya se lo diré mañana ú otro día. Hay personas que parece que tienen azogue en el cuerpo. Sólo el ver cómo se mueven me cansa. ¿Qué he de hacer ahora? Llegaré á la distribución á la una, poco más ó menos; la orquesta tocará una sinfonía; oíré los discursos, y sí á la mano viene echaré un sueñecito, veré coronar á mi hijo, que es un muchacho muy listo y muy activo. Luego me lo llevaré á paseo y lo sermonearé un poco... Pero, creo que ya es hora de ir á casa para vestirme.

(Llama) — Qué, ¿no hay nadie? Dilón, Dilón, ¿Nadie contesta? ¿Se burlarán de mí?

Un vecino — ¿Qué le pasa á Vd. señor Futuro?

Sr. F. — Que llamo y nadie me responde.

El vecino — Su esposa y la criada han salido, creo que para ir á la distribución de premios. ¿No tiene Vd. una llave?

Sr. F. — Debía haber pensado en ello. Otra vez será.

El vecino (aparte) — ¡Pobre, señor, siempre pensando en hacer las cosas!

Sr. F. — Y mientras tanto me encuentro á la puerta de mi casa, sin afeitarse y sin vestir. Voy por un cerrajero; le diré que me abra la puerta y que me haga una llave, que

llevaré siempre en el bolsillo. No volverá á sucederme lo que me está pasando ahora. La llevaré siempre aquí...! ¡Pero si tengo aquí la llave! Mi mujer, sin duda, la habrá puesto. Por fortuna me sobra tiempo... ¿Qué hora da?... La una.. ¡No es posible! Este reloj anda mal. Veamos el mío: ¡la una! ¡Demonio, cómo pasa el tiempo cuando uno está ocupado! Los perezosos como el señor Presente siempre tienen tiempo para todo, mientras que yo con mi actividad no tengo nunca un minuto disponible... ¡Bueno! Pues no me afeitaré ni almorzaré y así llegaré de los primeros...

Sin embargo, hubiera querido escribir cuatro palabras á M. Laboulaye, para darle un hermoso tema de discurso: la exactitud, la puntualidad. ¿La puntualidad?... La puntualidad consiste en llegar siempre á la hora justa. El señor Presente, en cambio, llega siempre demasiado pronto, y esto no es puntualidad. Yo, por ejemplo, no llego nunca demasiado pronto, sino á la hora precisa... ¿Qué hora es?... ¿El cuarto?... No, la media. ¡Las horas de estos relojes no tienen más que cuarenta y cinco minutos! ¿Quién cuida de ellos? Voy á enviar un remitido á los diarios... es decir, no, lo enviaré mañana.

LABOULAYE.

LA UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA.

Los orígenes de la Universidad de Córdoba, dice su notable biógrafo, el doctor D. Juan M. Garro, remontan el primer cuarto del siglo XVII, y su existencia es debida al segundo de los prelados que gobernaron la diócesis de Tucumán. A mediados de 1613 reuniéronse casualmente en la ciudad de Cabrera dos de los personajes más distinguidos de su tiempo. Fueron éstos el ilustrísimo Obispo Don Fray Fernando de Trejo y Sanabria, á quien acabamos

de referirnos, y el padre Diego de Torres, provincial de la Compañía de Jesús.

Don Fray Fernando de Trejo y Sanabria nació el año 1554 en la ciudad de la Asunción, capital de la gobernación del Paraguay, según Córdoba y Harold, y en la nueva de San Francisco, fundada por su padre, no lejos de aquélla según nuestro historiador Ruiz Díaz de Guzmán. Fueron sus progenitores el capitán don Hernando de Trejo, de noble linaje, y doña María Sanabria Calderón, hija del segundo adelantado del Río de la Plata don Juan de Sanabria, y madre en segundas nupcias del célebre Hernandarias de Saavedra, cinco veces gobernador del Paraguay, y del Río de la Plata.

Si se exceptúan las célebres Academias de Méjico y Lima, fundadas á mediados del siglo XVI, es la Universidad de Córdoba la más antigua de toda la América Española.

“Allámonos en presencia de un establecimiento que ha irradiado en nuestro suelo las luces del saber por espacio de doscientos setenta y tantos años y que puede ostentar con doble orgullo una vida sin mancilla así en la próspera como en la adversa fortuna.

Sus claustros han resonado con el eco de muchas generaciones, y de sus aulas ha salido en todo tiempo brillante pléyade de hombres ilustres, honra y gloria de la Iglesia, del Foro, de la Magistratura y del Parlamento.

Los libros de la Universidad Mayor de San Carlos guardan los nombres de Maciel, Funes, Gorritti, Gómez, Molina, Castro Barros, Corro, Caballero, Cabrera, Bedoya y Agüero, dignos y esclarecidos representantes del clero argentino; los de Portillo, Somellera, Saráchaga, Gallardo, Ocampo, Carril, Derqui, Rodríguez, Campillo, Olmos y Ferreyra, que han dejado honda y luminosa huella en la arena forense; los de Varela y Lafinur, que celebraron con levantado acen-

to las glorias marciales de nuestros tiempos heroicos; los de Paz, el primer táctico de la Nación, y Vélez Sársfield, el más afamado de sus jurisconsultos”.

(Del *Sud Americano*).

EL GULF STRIAM.

(CORRIENTE DEL GOLFO)

“Es un río en medio del Océano, y el volumen de sus aguas siempre invariable, es mayor que el de todos los ríos del planeta juntos. Por un fenómeno maravilloso, el cauce y las orillas de este río son de agua tibia; su color es azul oscuro, y se le distingue por el de las aguas verdes que lo limitan. A la altura de las Carolinas, y en su límite occidental, la línea de separación es tan estrecha, que puede verse, cuando el mar está tranquilo, saltar las aguas azules surcadas por la proa de un barco, mientras que la popa se encuentra todavía envuelta en las aguas verdes. Se distingue también por su mayor salobridad, pesadez y temperatura.

“Esta gran corriente nace en el mar de las Antillas, donde su temperatura iguala á la de la sangre, y en el golfo de Méjico, de donde sale una masa de 3.000 pies (un kilómetro) próximamente de profundidad, y 60 millas (111 kilómetros) de anchura, y cuya rapidez en el estrecho de la Florida es de cuatro millas (7 kilómetros) por hora. Baña las costas de América, se eleva hacia el Norte y esparce sus aguas en el mar distribuyendo en ellas su calor. La vida pulula en las tibias aguas del *Gulf Striam*; llevan consigo innumerables animalúnculos fosforescentes, los que, en las noches tempestuosas, hacen luminosa la gran corriente destacándose de la negrura del mar y trazando

una vía láctea más brillante que la que ilumina la bóveda celeste.

“Si el calor que lleva consigo este río prodigioso pudiera utilizarse, sería suficiente para mantener en constante actividad un horno ciclópeo, capaz de dar una corriente de fierro fundido de un volumen semejante al caudal del mayor río de la tierra. Merced á este calor bienhechor posee Irlanda la verdura de sus campos que le ha valido el nombre de *Esmeralda de los mares*, y las costas occidentales de Europa sus pastos exuberantes, que en pleno invierno, cuando todo está cubierto de hielo en las latitudes correspondientes de América, ofrecen al pastor un alimento abundante para el ganado.

“Así las aguas del Gulf Stream, unidas á las de la gran corriente ecuatorial, circulan en el vasto Océano, robando el calor excesivo á las regiones cálidas para transportarlo á las regiones frías, y atrayendo las corrientes frescas para atemperar el clima ardiente de los trópicos”.

MAURY.

LA MADRID Y PAZ.

La Madrid no es un militar, en la acepción, rigurosa del vocablo; no tiene ni la instrucción ni la estrategia que caracterizan á los verdaderos guerreros; no es ni en espíritu científico, ni un matemático, ni un calculador, militarmente hablando; pero es un valiente, un héroe que realiza hazañas tan magnas y gigantescas, que son la admiración de sus contemporáneos y de la posteridad.

Con un puñado de hombres se arroja contra un adversario diez veces mayor. “Poco le importa que la batalla se pierda”, ha dicho uno de nuestros geniales escritores, “lo que él quiere es tronchar cabezas enemigas y contemplar el filo de su espada destilando sangre caliente”. No sabe disponer un plan de defensa ni conoce la táctica de

combate; no sé vale de la estratagema ni de la habilidad, pero él halla su grandeza en la legendaria intrepidez de su coraje, digno de los más grandes héroes militares de la antigüedad.

Paz, por el contrario, constituye su verdadera antítesis. Y, sin embargo, ambos son militares y generales. Aquel está vaciado en el molde del impetuoso Murat; éste en el de Napoleón.

Paz es un espíritu calculador y científico; la suerte de batalla entraña para él la solución de una ecuación. Es menester conocer las causas para deducir los efectos: es menester saber operar para despejar la incógnita.

No cree en el valor temerario, ni en el heroico arrojo; dice que la batalla es un problema de ajedrez; los soldados las piezas y el terreno el tablero donde éstas deben manio-brar.

El jugador que dispone matemáticamente de aquéllos, dará forzosamente mate al adversario; así el general que hace desempeñar á cada soldado el rol que le corresponde, obtendrá seguramente la victoria.

No obstante ser caracteres diametralmente opuestos, La Madrid y Paz son, si no dos grandes genios, dos organizadores superiores.

El uno es Murat cargando impetuosamente al frente de su caballería irresistible, el otro es Wellington meditando con estoica tranquilidad en las supremas incertidumbres de Waterloo.

SILVIO MAGNASCO.

VELEZ SÁRSFIELD.

BOCETO

Tenía este una fealdad solemne y majestuosa, ó mejor dicho, era feo, á juzgarlo por el criterio que hace consistir

la belleza en la blancura del cutis, en la nimia corrección de las facciones, en la regular fisonomía, es decir, en lo bonito más bien que en lo hermoso, en la simetría más bien que en la expresión.

Se parecía á los retratos de Meyerbeer, siendo su cara más tosca y notándose en su mirada, en vez de la profunda melancolía que revelan los ojos del maestro alemán, la astucia, y la conciencia de su autoridad intelectual. Su mirada brillaba bajo sus cejas espesas, que servían de base á una frente amplia y desenvuelta. La cabeza bastante grande, era terminada por líneas de una suprema elegancia y distinción. La nariz abultada se inclinaba sobre una boca de labios gruesos, saliendo siempre el inferior, que parecía colgar desdeñosamente para dejar caer el sarcasmo sobre los adversarios en las luchas del parlamento.

No perdió jamás el acento cordobés. Su discurso comenzaba de una manera confusa y vacilante, parecía un rezongo, pero poco á poco se hacía robusta la entonación y clara la palabra. La frase marchaba, corría, vibraba, lanzando torrentosamente las ideas en el debate y dando al orador la victoria final.

Nunca fué vencido. Su elocuencia tomaba formas variadas: era expositiva, demostrativa, pintoresca, burlona, dramática, poderosa, fulminante. Algunos la tachaban de incorrecta. No era, sin duda, un modelo de sintaxis; más ¿qué importaba? La gramática es la sierva de la oratoria; y la oratoria del doctor Vélez era irregular como su rostro, pero siempre imponente, y, en las grandes ocasiones, luminosa, irresistible, fulgurante.

No era modesto el doctor Vélez. Envidiado á causa de su profundo saber en las ciencias jurídicas y de sus brillantes cualidades de orador, no vacilaba en arrojar audazmente el peso de su autoridad sobre sus colegas del Senado.

Discutíase una vez si convenía adoptar inmediatamente, como ley, el proyecto de Código de Comercio que había

trabajado en unión con el doctor Acevedo, ó si era preferible pasarlo á una comisión de senadores abogados, para que informasen á la Cámara sobre él.

El doctor Vélez asistía á la sesión. Uno de los oradores que sostenía el último temperamento, creyó oportuno interrogar al sabio jurisconsulto, acerca del tiempo que los autores del proyecto habían empleado en terminarlo.

El interrogado respondió:

— En la redacción habremos echado unos tres meses; póngale cuatro, señor, si gusta.

Partiendo de esa respuesta, el orador observaba que, siendo mucho más fácil criticar que hacer, la comisión de senadores podía expedirse dentro de un mes; y que el argumento de la demora en la sanción del proyecto, desaparecía en presencia del dato que acababa de comunicar uno de sus autores.

— Pero no cuenta con la huéspedada el señor senador, dijo Vélez.

— ¿Y cuál es la huéspedada, señor?

— Le explicaré. Cuatro meses hemos empleado en *redactar*; pero hemos estudiado treinta años; y esa comisión que desea nombrar, quién sabe qué luces tendrá...

Los estudiantes decían: ahora no le queda al interpelante más remedio que aletear.

PEDRO GOYENA.

EL MAR.

“No hay espectáculo más propio para inspirar al hombre grandes pensamientos que la contemplación del mar. Su calma como su furor contienen grandes enseñanzas. Al ruido de la ola que muere en la playa se mezcla otro más lejano, más misterioso, que viene de la alta mar traído por los vientos. Es un ruido sordo y violento, como los rugidos lejanos de un león enorme, que avanza desde lejos, se

adelanta poco á poco y estalla súbitamente... Pronto se levanta una ola gigantesca que corre con estruendo de amenaza. Cien veces rueda y se desploma, y cien veces se levanta más potente y amenazadora. Su frente se corona de espuma, y ruidos sordos se escapan de su seno. Se hiergue, y el viento agita su cresta; se estremece y parece dudar, pero de pronto su penacho describe un círculo inmenso... cae, por fin, haciendo salpicar borbotones de espuma.

“A esta primera ola suceden otras mil, hasta que todo el mar visible toma el aspecto de un caos. Las olas hirvientes y espumosas se suceden á veces con rapidez vertiginosa, y á veces con una lentitud llena de majestad. El flujo redobla en fuerza. Avanzan constantemente hacia la costa, subiendo unas sobre otras hasta llegar á la arenosa playa, y hasta estrellarse en las peñas de los acantilados. Entonces redoblan su furor y se escuchan como gritos salvajes. Las olas estrechas y aguzadas se deslizan entre las rocas, dejando tras sí las huellas de su espuma. Después, semejantes á perros rabiosos, vuelven, avanzan, trepan sobre las rocas, y caen deshechas en una lluvia brillante.

“Recuerdo haber visto una tarde á un muchacho que había avanzado hasta el extremo saliente de una roca. Parecía como si pretendiese aislarse completamente de la tierra. Sus narices se hinchaban de las acres emanaciones del agua salada. Las olas le rodeaban, se estrellaban á sus pies y le cubrían de espuma. Apoyado negligente sobre sus codos, ó agarrado con ambas manos al arete agudo de la roca, parecía gozar una dicha inmensa y un placer infinito. De entre estos bravos salen lo Jeans Bart y los Duquesne”.

J. WARIN.

LA BARRANCA DEL LORERO.

TRADICIÓN CORDOBESA

Si hacéis un viaje en el ferrocarril que serpenteando se interna en la sierra de Córdoba, veréis poco tiempo antes de llegar á Cosquín, á corta distancia de la vía, una alta barranca de color rojizo horadada por innumerables cuevas de loros. A poca distancia de aquella barranca existía, hace ya mucho tiempo, un tosco y pequeño rancho. Eran sus únicos moradores un hombre y una mujer, hijos de la sierra, fuertes, cobrizos, y grandes en sus sentimientos como la soledad que los rodeaba.

En la hora del alba, — hora alegre del día que nace, — cuando el sol comienza á dorar los picos de la sierra y los pájaros entonan sus himnos, ambos se dirigían á las barrancas, cantando alegremente, con esa alegría melancólica del que vive en la soledad.

Calmoso, el cazador anudaba el lazo que sostendría su cuerpo. Ni el menor cuidado se retrataba en los rasgos enérgicos de su fisonomía; se había visto tantas veces suspendido sobre el abismo, que su cabeza no experimentaba el vértigo.

El descenso era penoso; la mujer sólo aflojaba la cuerda poco á poco, con cuidado, con pausa; la costumbre hacía que no cediese sino una cantidad limitada de impulso.

El hombre cogía los mejores nidos y conversaba con su compañera. Los ecos de sus frases se perdían tristemente en las quebradas de la sierra, como voces lejanas de fantasmas invisibles. Cuando el marido creía conveniente, daba la señal de ser izado y su compañera, poco á poco, iba subiéndole, hasta que el ágil serrano de un salto volvía á la superficie de la meseta.

Caía la noche y con ella más sola quedaba la sierra, poblada por los murmullos y ruidos misteriosos.

Con el tiempo, un nuevo compañero aumentó el número de habitantes del tranquilo rancho.

Nacido de la unión de dos naturalezas fuertes, pronto pudo ir en compañía de sus padres hasta las barrancas rojas.

Colocábale la madre en el suelo al alcance de su mano protectora, y ayudaba á su compañero en la tarea.

El pequeñuelo se entretenía jugando con las piedrecitas desparramadas por el suelo; las manos regordetas, con hoyuelos, cogían cuanto tenían á su alcance y estallaba en ruidosas é infantiles carcajadas cuando uno de los guijarros llegaba hasta la proximidad de la madre, al ser lanzado con sus débiles manos.

Ella, desde su sitio, le dispensaba caricias que el pequeñuelo recibía con sonrisas y palabras apenas articuladas.

Una mañana, una hermosa mañana de primavera, los tres se dirigieron á las barrancas.

La madre abandonó como de costumbre al niño.

Largo rato pasó.

Pero, al levantar distraída la cabeza, vió que arrastrándose sobre las rodillas, se le había separado y se aproximaba al borde de la barranca, que en ese punto estaba cortada á pico.

Por un instante sólo hay vida en sus ojos, que ven al hijo á orillas de la barranca. El chico la mira y ríe, porque tal vez á su inteligencia dormida le hace gracia la cara de espanto de la madre.

La pobre mujer comprende que su hijo va á ser presa del vértigo pero no puede evitarlo. Una tormenta espantosa se desencadena en su alma. Tiene á su marido suspendido sobre el abismo; si le suelta se estrellará en las piedras del fondo, y el chico, mientras tanto, sigue... sigue acercándose.

El pequeño asoma su carita sonriente, mirando al abismo; la pobre madre no puede contenerse pero lucha aún, trata de aproximársele inclinándose sobre el costado,

alarga el brazo cuanto puede, sosteniendo con el otro, en esfuerzo sobrehumano, á su marido, pero no lo alcanza.

Desesperada, araña el suelo con los dedos, ensangrentándose en sus asperezas y el chico sigue riendo, riendo inocentemente.

Ya es imposible titubear; su amor de madre vence y suelta la cuerda, precipitándose, oprimiéndole entre sus brazos y cubriéndole de besos y de lágrimas.

Ella no ve, no siente nada; continúa estrechando á su hijo; no hay exceso de cariño, sólo existe la madre que arrebatara á la muerte al hijo de sus entrañas...

Pero, poco á poco, vuelve á su dominio, recuerda lo que ha pasado....

Instintivamente se asoma al precipicio y ve en el fondo sobre una aguda roca, el cuerpo despedazado de su infeliz esposo, y como si fuera atraída por esos sangrientos despojos y por la seducción de su compañía, se precipita, siempre estrechando al chico entre sus brazos, al fondo del terrible abismo.

.....
Días después, unos arrieros que pasaban á Cosquín, encontraron los cuerpos mutilados de la desgraciada familia.

Desde entonces fué llamado aquel sitio la Barranca del Lorero.

FÉLIX F. OUTES.

LOS GUERREROS DE LA PAZ.

ODA

Cuando la campana de la devastación llena de horror el corazón de la ciudad con su eco amargo, ya el generoso bombero vistiendo el traje de peligro cruza diligente las calles aterrorizadas para indagar el punto que reclama la presencia de su coraje.

Bien puede ser la hora en que los encantos del baile ó de la ópera embelesan el juvenil ardor del soldado de las llamas; su traje de *dandy* no tarda en verse reemplazado por la áspera blusa del combate.

Bajo el grotesco traje, sin embargo, se transparenta el caballero por la gentileza del continente y por la poética sublimidad del propósito. La dureza del vestido hace más sobresaliente la nobleza del que le viste.

¿Dónde está la legión, hermandad ó liga de hombres formada sobre la base del sacrificio generoso en favor de la especie humana, que iguale en gallardía á la legión ígnea de Valparaíso? Es el socialismo del buen sentido, realizado sin secta ni escándalo.

El infante, la virgen, la anciana mujer que deben ser devorados por las llamas, encuentran en él su ángel de salvación y de socorro. El joven bombero es el ángel bueno, el ángel de la guarda de nuestra ciudad desvalida.

Sin galones, insignias, ni trofeos de vanidad guerrera, cada día reconquista la existencia de la patria, del dominio asolador del fuego, y reaparece modesto entre el común de los habitantes, sin aspiración á recompensa.

Nada recibe de la patria, ni sueldos, ni honores, ni gloria y todos los días le ofrece el sacrificio de su misma sangre en aras del peligro estoicamente arrastrado; sin más galardón por mira que el placer de hacer bien.

Guerrero nobilísimo, si alguna sangre expone, es la suya propia, y nunca sus laureles son empañados con sangre de sus semejantes. Es el único guerrero que da vida sin dar muerte. Muchos dejan de llevar luto gracias á él, pero nadie le viste por su causa.

Sin armas ofensivas, lucha y vence á un enemigo que puede arrasar una ciudad en pocas horas. Delante de la llama que se levanta gigante y proyecta su luz aterradora en las nieblas de la noche, la figura del bombero, luchando con ella brazo á brazo y palmo á palmo, brilla sublime como la de un ángel de fuego; deja en la sombra, los héroes de Homero, y su pintura sólo es digna del pincel de Vernet, el pintor del juego de los combates.

Resurrección brillante de la caballería sepultada con la edad feudal, el bombero de Valparaíso es el caballero cruzado del siglo diez y nueve. Las sombras de Tancredo y del Cid abrazarían á los herederos de su valor generoso. Entre la conquista de un sepulcro santo y la de una ciudad viva, al poder de las llamas, hay la diferencia que hay de un sublime pensamiento á una majestuosa realidad.

La blusa querida del bombero, más noble que el manto de los Pares, llegará á ser símbolo de gentileza, y un día vendrá en que una ley generosa de la república convierta en legión de honor la que lo es hoy del desprendimiento más bello que presenten los fastos de la abnegación.

No permita Dios que el fuego arrebate un solo campeón á sus nobles filas; que si tal aconteciere, el alabastro y el pórfido serían indignos de cubrir tumba tan noble.

Perlas por lágrimas vertirán sobre ellas los ojos de las musas, y su inscripción sería un desmentido á la imputación que se hace á nuestro siglo, de tener por código el egoísmo.

J. B. ALBERDI.

LAS PERLAS.

Desde los tiempos más antiguos han sido las perlas consideradas como las joyas más notables en el mundo conocidas. La estimación en que hoy se tienen es tal, que

cualquier precio por exorbitante que sea, no parece inverosímil, y ha ido aumentando en estos últimos cien años hasta el punto de figurar como el más valioso adorno del género humano.

El valor de que gozan es universal, así en el Oriente como en el Occidente, entre las naciones más civilizadas. Y no es éste un capricho ó moda pasajera; mucho antes de la era cristiana se mencionaban las perlas como adorno de gran valor.

De las más conocidas de la antigüedad son, sin duda, las de Cleopatra, de quien se cuenta que deseando sobrepujar en fausto á Marco Antonio, le convidó á un banquete á cuyo final, arrancándose de uno de sus pendientes una perla de extraordinaria belleza, la echó en una copa de vinagre de gran fortaleza, bebiéndose después el vinagre en el que la perla se había disuelto, provocando con ello la colera de Antonio. Como prueba del gran valor de aquella perla, se afirma que la compañera del otro pendiente vino más tarde á poder de Agripa que la hizo aserrar por la mitad para dar un par de aretes á la estatua de Venus, en el Panteón. El hecho de haberse disuelto la perla en el vinagre es muy dudoso: un conocido joyero francés probó hacerlo y se convenció de que el vinagre, por muy fuerte que sea, sólo afecta á la capa exterior, y que el interior permanece intacto.

El año 44 antes de J. C., Julio César regaló la perla llamada Servilia, que valía más de 35.000 libras esterlinas á la madre de Bruto, que fué luego el asesino de su bienhechor.

Esta suma, aunque enorme, no llegó á las que se han dado por otras perlas históricas. En 1693 el chah de Persia, pagó 64.000 libras esterlinas por una sola, de hermoso lustre y de una pulgada de diámetro.

Las perlas están formadas principalmente de cal, que excretan de sí algunos moluscos bajo la forma de nácar, sacándose, por lo general, de la ostra perlífera marina y

de la almeja perlífera de agua dulce; estas últimas carecen del brillo y pureza de las marinas y tienen un aspecto mate y plomizo.

La forma que la perla asume al terminar su desarrollo, tiene gran influencia en su precio: las más valiosas y buscadas, son, sin duda, las perfectamente redondas que se forman en los tejidos blandos del bivalvo.

La teoría generalmente aceptada respecto á su formación, es la que de un grano de arena ó de otra materia irritante, penetra dentro de la concha del molusco, al que éste va cubriendo con capas sucesivas de nácar hasta formarse la perla. Comprueba esta teoría el hecho de que, cualquiera que sea su forma, el nácar ha sido producido por el molusco al tratar de preservarse de un cuerpo extraño, acción que se descubre en todas las formaciones de perlas.

Las hay de todos colores, así como afectan formas diferentes, siendo las más apreciadas las casi blancas y las negras puras.

Las antiguas pesquerías de perlas estaban situadas principalmente en el Océano Índico y Golfo Pérsico; pero ahora se verifican en muchas otras partes. Los criaderos de Australia han proporcionado algunas muy hermosas. La América Central las tiene en el Golfo de California y bahía de Panamá y hay pesquerías en grande escala en Ceilán.

En este punto el gobierno monopoliza las pesquerías, y sus empleados deciden qué yacimientos han de explotarse en cada estación. Por regla general es en Marzo cuando la flotilla de barcos pescadores se dirige al sitio indicado, llevando cada una 20 ó 30 buzos, acompañados cada cual por dos mandaks ó ayudantes.

Al llegar al sitio designado se echan anclas y se arrían las velas, y los vaporcitos del gobierno comienzan á patrullar á fin de que ninguna barca se aparte del sitio que se le ha marcado. Suena un cañonazo que indica el prin-

cipio de la faena, y de los costados de los botes se lanzan al mar los buzos, de los que los mejores son los árabes. Para más fácilmente llegar al fondo, átanse al pie trozos de granito de más de 40 libras de peso. No llevan más aparatos que un cesto para poner las ostras y una lanza para espantar los tiburones ú otro enemigo que se presente, lo que rara vez sucede.

El tiempo que por regla general permanecen los buzos bajo el agua, es de 60 á 80 segundos; pero se ha dado el caso de permanecer hasta seis minutos.

Terminada la pesca, se forman con su producto tres montones, de los que dos son para el gobierno y el otro para los buzos, vendiéndose luego en pública subasta, las otras, en lotes de mil.

Desde allí marchan las perlas para ser distribuidas por todos los mercados del mundo.

R.

ROZAS.

I

MONTE CASEROS — Fin de una batalla y fin de una historia.

Aquel caudillo por cuyas venas circulaba sangre noble, de correctas facciones europeas, ojos azules vivos y penetrantes, alta estatura, continente bizarro y hermosa figura, en fin; aquel que desde su niñez corriera á caballo entre los gauchos, en los vastos dominios de su padre; el que mostrara desde su juventud un gran temple de alma, valor, talento, carácter; el que empujó á los indios hasta el estrecho, y fué recibido en 1831 con gran triunfo en Buenos Aires; el que fué enérgico no sólo con los suyos, sino también con naciones tan potentes como Inglaterra, y Francia, y resiste dos bloqueos, sacando ventajas por

la habilidad de su política; el que pone sitio á Montevideo con 12.000, hombres y la escuadra de Brown, y la plaza se resiste gracias al General Paz; el que quiso dar su nombre á un mes del año y que adorara su bello retrato el pueblo de Buenos Aires; y el que, en fin, á las damas que se burlan de su hija las obliga á servirla de tiro en su carruaje... Rozas, el muy poderoso Rozas, había caído — ¡Cayó!...

Y toda aquella larga y escabrosa historia, llena de laureles, de buenas medidas administrativas, de enérgicos y acertados actos de gobierno, de una severidad estoica; toda aquella monstruosa amalgama de talento, valor, méritos colosales y hasta hermosa figura, de crueldades increíbles, degüellos, sangre, innumerables víctimas y actos verdaderamente bárbaros, aquella mezcla fenomenal de luz y sombra compacta, tenía su desenlace en un gaucho fugitivo, que se alejaba de un campo de batalla sembrado de cadáveres, de sangre, para ganar un buque inglés y dejar para siempre la patria, esa patria que le maldijo, que le ha maldecido, y que le maldecirá.

Los pueblos no perdonan nunca, y mucho menos cuando la razón está de su parte.

Pero no por eso dejará de ser Rozas una gran figura en la historia argentina; y su majestuoso perfil se destaca en relieve muy alto, por más que todos sus contornos y líneas se tiñan de sangre.

Fué un genio terrible, que tiene derecho á una estatua de mármol rojo sobre un pedestal de numerosas víctimas.

Rozas es una síntesis historia.

En él se encarnan los sentimientos feroces del conquistador, el carácter indómito y salvaje de la raza primitiva, y el soplo fatal de la pampa. No es una figura; es más bien un aluvión histórico.

En todas las naciones grandes, al menos en las antiguas, ha habido algunos genios así.

La duda y la sombra entran después al tratar de poner en la balanza del buen criterio sus méritos y virtudes, sus atrocidades y crímenes.

¿Se les maldice? ¿Se les disculpa?

De todas maneras, no se puede rechazar la admiración que producen, admiración provocada por el genio que evidentemente brilló, no por sus crímenes y fúnebres crepones.

Rozas fué un alma de gran temple, un corazón de acero, un genio colosal de estos países.

¿Quién podría negarlo?

II

El buque hospitalario iza sus velas.

En él está el fugitivo gaucha con sus hijos.

Tal vez ese buque que ahora le da hospitalidad y le libra del furor de un pueblo, sea de aquellos que, cuando la intervención armada, sus baterías de la *Vuelta de Obligado* y del paso del *Tonelero* cañonearon con arrojo.

Él había mejorado la administración, bajado las tarifas de aduana, dado impulso al comercio, adelantado la agricultura, favorecido la inmigración extranjera. Él...

Ya el buque se aleja.

Sus hijos y sus hijas lloran al lado suyo.

Quizás algunas lágrimas ablandan también en aquel instante su pecho de acero.

Hay momentos de profunda tristeza en el corazón humano, que producen evidentemente más dolor que furiosas puñaladas. Con éstas se muere en seguida, y se deja, por lo tanto, de padecer; con aquélla la vida se estira y se prolonga en terrible amargura.

El viento de la tarde silba en la lona; el agua bulle en los costados del buque; los aparejos producen de cuando en cuando estridente ruido.

Ya apenas se distinguen los últimos perfiles de la patria, de esa patria que no volverá á ver jamás y cuyas maldiciones penetrarán hasta por las rendijas de su tumba... de una tumba, por cierto, muy lejana, fría é indiferente á todos.
¡Triste memoria la de los tiranos!

(De *La Ilustración Sud Americana*.)

¡INDIO TORO!

FRAGMENTO DE "RECUERDOS DE LA FRONTERA ARGENTINA"

* * *

Varios camperos llegaron al galope, conduciendo un indio aprisionado, de ancha y chata cara, bronceada, con bigotes ralos, ojos de víbora y musculatura de atleta, más bien desnudo que vestido, de pieles raídas de carnero.

Tenía los brazos atados y bramaba arrojando espumarajos sanguíneos por la boca.

¡*Cristiano flojo!*... ¡*indio toro!*... gritaba al provocar iracundo y á singular combate á sus opresores, que reían con crueldad y desdén de sus enojos.

Era para el indio, el toro bravío, emblema arrogante y supremo del valor y de la fuerza.

La *toldería* (1) de la tribu se alzaba allí cerca, en una abra verde y fresca del bosque de *caldenes*. El pueblo estaba reunido celebrando el equinoccio de Diciembre, en la tercera jornada de las borracheras y de las orgías. Era la siesta y muchos dormían.

El regimiento se dividió en escuadrones para penetrar por los cuatro vientos á la selva, cerrando todas sus salidas. Y marchábamos en absoluto silencio y anhelosos...

* * *

1 El aduar de cabañas de cuero.

De repente el misterio pavoroso del desierto fué interrumpido cuando las trompas de los cuatro escuadrones tocaron frenéticamente.

¡*A degüello!*...

El tropel de los caballos, la algarada de los soldados, los alaridos de las indias, las maldiciones de los guerreros, el llanto de los niños, el ladrido de mil perros aterrados, la dispersión de los ganados de la tribu, la detonación de las armas, el chasquido de las balas entre la hojarasca resinosa ó marchita y el graznar de las aves de rapiña, profanaron aquel recinto sagrado, de súbito convertido en campo de los horrores, de la sorpresa, de la sangre, de la cautividad y de la muerte.

Allí estaba la arena de los equinocciales sacrificios, y en su centro, suspendidos en altos maderos clavados á la manera de picotas, el potrillo *porcelano* y el borrego de lana negra. Allí pululaba también el enjambre repugnante de las adivinas, con los pechos y las cabelleras llenos de joyas de plata. Sus caras horripilantes tomaron aspectos infernales, sorprendidas por el terror y por la cólera de los espíritus malos... en el instante mismo en que terminaban sus cantares de pitonisas de la tribu:

“¡La tierra está tranquila y segura!

“¡El cristiano tiene horror á sus misterios!

“¡Bebamos, bailemos, cantemos al sol!

“¡Que nos ampare y defienda y alimente el Gran Padre!

“¡El cristiano está en sus tierras y tiene miedo á la soledad de los campos y á la lanza de sus guerreros!

“¡Bebamos!”

.....

Y en el escuadrón del coronel sonó un toque nervioso y prolongado:

— ¡*Alto el fuego!*... ¡*Avanzar al arma blanca!*...

Y cien combates singulares se trabaron con los mil indomables araucanos, estrechados en un círculo de acero, como leones hostigados en su jaula.

De improviso aparecen tres ginetes, radiantes de majestad salvaje en soberbios y piafantes corceles de pelea, enjaezados de plata. Blanden mortíferas lanzas y traen boleadoras en bandolera para defenderse y agredir en los combates singulares. Arremeten con furia implacable contra las adivinas embusteras, y en un instante ruedan sus negros cuerpos ensangrentados, exhalando gemidos lastimosos, bajo el casco de los caballos de aquellos genios vengadores de la barbarie sorprendida. El coronel admira á los héroes y corre á salvarles la vida.

— *Peñi, anay...* (1) *no matando... siendo amigos...*

— ¡*Rindiendo hermanos!*...

Y un lenguaraz, que acompaña á los guerreros, de estirpe de soberanos jamás vencidos, exclama con voz estentórea:

— Sepan que el cacique *Millá Nahuel* (2) y sus hermanos, solamente se rinden al espíritu del *Huenú Mapú* (3).

— ¡*Huincá!*... ¡*huincá!*... ¡*huincá!*...! (4) gritaban los caciques enfurecidos.

Y echando pie á tierra, cargando con el desnudo de los viejos musulmanes sobre la hueste invasora y maldecida del cristiano.

¡*Huincá!*... ¡*huincá!*... ¡*huincá!*... ¡*Jaa...* *Jaa...* *Jaaa!*...

Y el cabo Rozas, desmontando velozmente y dueño de la arena, partió de un sablazo el cráneo de *Millá Nahuel*, mientras sus hermanos morían allí cerca, profiriendo á la faz de sus enemigos, con cólera de héroes impotentes, esta provocación arrogante:

— ¡*Huincá, cobarde!*... ¡*Indio toro!*...!

E. S. ZEBALLOS.

(1) Peñi, hermano; anay, amigo.

(2) Millá, oro; Nahue, tigre.

(3) Huenú, arriba; Mapú, país, el cielo, la tierra del sol.

(4) Huincá, cristiano.

JOSE GABRIEL BROCHERO.

(CANÓNIGO DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA)

Después de los trabajos que había realizado, Brochero se consagró enteramente á moralizar el vecindario, llevando á todas partes la doctrina cristiana, procurando que su ejemplo precediera á su palabra, que la profesaran en acción y practicándola conocieran sus preceptos.

Existía entonces un bandido terrible que moraba en las quebradas profundas ó en los bosques espesos. Inútiles habían sido para su captura todas las diligencias de la Policía.

Un día salió Brochero en dirección al punto en que se hallaba. Montó tranquilamente en su mula, y sin comunicar á nadie su pensamiento partió solo al lugar indicado.

Encontró á un hombre recostado en el suelo y el caballo que montaba á poca distancia. No manifestó la menor señal de alarma al verlo aproximarse, y conservó la misma actitud con impassibilidad estoica.

Brochero, después de saludarlo y conversar un momento, le dijo: — “Amigo, vengo á convidarlo para que vamos á los ejercicios”.

El gaucho se levanta entonces y le dirige brutales insultos acompañados de horribles amenazas. Brochero saca una imagen de Cristo que lleva siempre bajo su sotana y enseñándosela le responde: — “Yo no soy, amigo el que viene á convidarlo; es *éste*. ¿A qué no lo insulta?” Movido por este original recurso, el bárbaro paisano, tan colérico al principio, se presta entonces á conversar con él, y concluye aceptando la invitación de concurrir á los ejercicios. Hoy es un vecino honrado y un esposo irreprochable.

Había un individuo que vivía perpetuamente ebrio, haciendo la desgracia de una familia numerosa, que iba acercándose á las puertas de la miseria.

Todos los medios que la imaginación aguzada por la necesidad puede sugerir, se habían tentado para despojarlo del vicio. Todos los esfuerzos habían sido infructuosos.

Una vez le dice Brochero — Vea, don N: ¿quiere que hagamos un trato?

— Señor, como usted mande *hay* ser.

— Bueno; usted se va á comprometer á no tomar ni un traguito de licor durante dos años, y yo tampoco voy á tomar ni un chiquito de dulce ni un poquito de bebida

— ¡Vaya! — ¿quiere qué hagamos este convenio?

— No, señor, no me animo.

— Pero, hombre, vea que yo también me voy á embromar.

El paisano se queda pensando un momento y al fin responde.

— Está bien, señor.

Desde este día, en el tiempo determinado, no se vió á ninguno de los dos infringir lo pactado, y desde esa época el ebrio consuetudinario ha olvidado para siempre su vicio, y vive contraído á su familia y á sus intereses.

Serían innumerables los actos de este género que pudiera referir, pero bastante los mencionados para mostrar el sacrificio, las privaciones, el peligro, las fatigas y los dolores que con gusto soporta Brochero, para conseguir el bien que se propone.

Esto se llama practicar la virtud cristiana de la que los pueblos mucho necesitan.

Hay un acto en la vida de Brochero, que no puedo dejar que pase en silencio.

Guayama, el heredero de las tradiciones de Quiroga y Chacho á la cabeza de sus montoneros andaba sublevado en los Llanos de la Rioja, saqueando las poblaciones, que

mantenía en constante alarma, y haciendo sentir su acción vandálica hasta en los departamentos de la Sierra.

Brochero se propuso desarmarlo y hacerlo entrar en la vida civilizada, de trabajo y de sosiego.

Se dirigió á la provincia de la Rioja en busca del célebre caudillo y vagó varios días por esos desiertos, sin más compañía que su propio pensamiento.

De Guayama no adquiría noticias. — Encontraba sus gauchos, les interrogaba por su jefe, y todos guardaban misterioso secreto del sitio en que se hallaba; pero Brochero persistía en su propósito y seguía por campos despoblados y caminos intransitables en sus laudables correrías.

Por fin un día encontró á un amigo suyo, que servía á las órdenes de Guayama y era persona de su confianza. Este le prometió conducirlo delante del caudillo, pero después de prevenírselo y recabar su consentimiento.

Guayama, informado del objeto de la visita de Brochero accedió á darle una cita en un bosque espesísimo é impenetrable. El cura fué puntual y el montonero no concurrió. Desconfiaba profundamente de este amigo oficioso, que se le ofrecía, y creía que bajo la capa humilde de un sacerdote se le ocultaría una celada.

Brochero insistió no obstante y Guayama volvió á repetir la cita. El primero asistió acompañado del amigo que le servía de intermediario, y nuevamente no encontraron al segundo. Brochero quedó en el lugar señalado y su compañero comenzó á reconocer las inmediaciones. Como á las dos cuadras encontró á Guayama que con atenta vista seguía todos sus movimientos.

Allí en ese punto, el virtuoso cura y el semibárbaro de los Llanos, último vástago del individualismo brutal de nuestros campos, tuvieron una larga conferencia, abandonándose en íntima y franca conversación.

Brochero lo exhortó á que abandonara esa vida andariega y aventurera que llevaba y se contrajera por entero

al trabajo. Le prometió entregarle una estancia con numerosa hacienda, dándole una fuerte participación en sus productos, lo que conseguiría de un acaudalado propietario de su departamento, y le ofreció pagarle todas sus deudas y darle un indulto del Gobierno Nacional.

Guayama aceptó esta proposición, exigiéndole, sobre todo, el cumplimiento de su última promesa, que el doctor Juárez Celma se encargó de solicitar del Gobierno de la Nación.

El general Roca respondió que por parte del Gobierno Nacional no se le molestaría, pero que esto mismo no podía asegurarle respecto á la acción común que podía entablarse ante los tribunales ordinarios.

Brochero volvió á ver á Guayama, pero éste no tuvo valor para dejar su vida de pillaje sin obtener completas y absolutas garantías contra el fallo justiciero de las leyes.

Sin embargo, sus gauchos no se hicieron sentir más en San Alberto y él se vió luego en una cárcel hasta sufrir el fin trágico que todos conocemos.

RAMÓN J. CÁRCANO.

EL SOL DE MEDIA NOCHE.

EN EL CABO NORTE

¡Ah! El Cabo Norte se irgue soberbio, semejante á un gigantesco baluarte, al extremo de Europa, en pleno océano Glacial.

Es un peñasco de 400 metros de alto, abrupto y punto menos que inaccesible. — Una hora de trepar con pies y manos me lleva al mismo promontorio formado por el cabo. — Quiero contemplar en toda su amplitud, en todo su horizonte, el sol de media noche.

¡Oh! ¡El sol de media noche en el Cabo Norte! ¡Qué espectáculo más bello, más grandioso, más emocionante para

nosotros los meridionales acostumbrados á la alternativa cotidiana de la luz y las tinieblas! — Visible á partir del círculo polar, el sol de media noche tiene todos los días, ó mejor, el disco entero del astro permanece sobre el horizonte desde el 13 de Mayo al 30 de Julio. — En esta ocasión y visto de aquella altura, después de varios días brumosos, esplendía magnífico en todo su brillo. — El cielo, del todo puro, tomaba un colorido de rojo sangriento, destacándose como en relieve los picos del litoral. — Su luz roja se tamizaba, con sus tonos purpúreos, en el follaje de un bosque de abedules enanos que revestían las laderas de unas colinas próximas, reflejándose en las aristas desnudas de las más altas montañas y en las olas del mar. — Cada lámina de la gran masa del Océano reflejaba la imagen de aquel disco radiante, que descendía lentamente, que se iba, y que volvió á levantarse de nuevo, sin haber llegado á desaparecer bajo el horizonte;— y desde abajo, desde “el abra” cuando el sol de media noche queda detrás de las montañas, la atmósfera vaporosa esmalta en el lado opuesto del cielo, reflejos esmeraldinos, rojos, amarillos, naranjados, verdes, azules, índigos, violeta, fundidos entre sí en todos los matices, con tonos dulces, suaves, indefinidos... No es la viva luz del día, ni menos la de la noche, sino algo indeciso, un crepúsculo luminoso de afectos extraños que el poeta Zegner pinta en la leyenda de Frithof.

CARLOS GRAD.

LO QUE HA SIDO LA TIERRA.

CAUSAS ACTUALES

Tiénese por seguro que en edades infinitamente remotas, los planetas de nuestro sistema y el sol también, formaban una inmensa masa análoga á las innumerables que se distinguen á simple vista en la vía lactea, en ese hermoso cinturón que el vulgo llama “carañuelo” y “camino de Santiago”.

Sea por la rotación de esa nebulosa, que ha ido abandonando partes de ella, ó anillos, para constituir los planetas actuales, como creen unos; sea porque la masa fué condensándose en puntos parciales que, al ir concentrándose el resto, quedaron moviéndose con independencia, el hecho es que un día acabó la nebulosa por dejar en el espacio infinito, un globo inmenso, compuesto de diversas substancias y que, andando los siglos, debía ser la Tierra.

Por siglos y siglos vivió ésta en tal estado, hasta que al fin se condensó un tanto, pasando del estado gaseoso al estado líquido, más ó menos pastoso y compacto. En esa masa fluída acabó por formarse una costra exterior, que es la actual superficie de la tierra. De modo que hoy se tiene por seguro que debajo de los continentes y los mares actuales se encuentra una masa en fusión.

Lo que confirma esa hipótesis es primeramente que, cuando se practica un agujero en la superficie terrestre, mientras más profundo es, más calor se nota. En las minas se ha calculado que el calor aumenta un grado por cada 33 metros de profundidad, lo cual equivale á unos 30 grados centígrados por kilómetro. A los 100 kilómetros, si el aumento continúa, como parece indudable, la temperatura será de 3.000 grados, que es superior á la necesaria para fundir la lava, todos los minerales y hasta el granito. Se calcula que no ya á 100, sino á 50 kilómetros de la superficie de la tierra se encuentran en fusión todos los cuerpos.

Es, pues, probable que la costra terrestre en que vivimos tenga mucho menos de 50 kilómetros de grueso, lo cual, es sin embargo, suficiente para impedir que el calor central llegue á la superficie.

Y ese trabajo de transformación del planeta sigue operando constantemente con el nombre de *causas actuales*. Los volcanes y terremotos, así como el aire y los trabajos de los hombres, figuran entre ellas; pero la principal es el

agua. En efecto, un volcán transforma en un día una región; pero sus efectos son reducidos, casi podríamos decir mínimos mientras que las aguas realizan el proverbio: *la gota de agua horada la piedra*, no por su propia energía, sino á fuerza de caer.

Los mares de hielo en las cordilleras triturando las rocas, los océanos demoliendo las costas, los ríos y las lluvias deshaciendo las tierras y llevándolas á las grandes cuencas marítimas, producen á la larga efectos inmensos. Consideremos la desembocadura de algunos ríos, los deltas, que no son sino depósitos de tierras de sus orillas, que los aluviones han ido acarreando. Un día serán tan altos que las aguas tendrán que abrirse otro camino; y entonces ocupará el hombre el delta, cubriéndolo de casas, de plantas en una palabra, con todas las maravillas de la civilización.

Uniendo eso á los movimientos lentos del suelo, que en unos puntos se eleva mientras que en otros se deprime, se comprenderá que en algunos siglos no existirá ninguno de los continentes actuales en su forma presente. Así en la parte oriental de la isla de Tenerife, se encuentra Carachico. En el siglo pasado se ataban las lanchas en una argolla ó anillo que hoy se halla á bastante distancia tierra adentro; no hace mucho, en la edad media, se pasaba del continente francés á la isla de Jersey á pie enjuto, en los momentos de marea baja; ahora se precisan de dos y media á tres horas de navegación en buenos vapores; Francia é Inglaterra formaron un mismo territorio en las edades prehistóricas; en la actualidad se encuentran separadas por el paso de Calais, y se ahonda 100 metros por siglo el abismo que las separa. En fin, el norte de Europa entera va saliendo de las aguas, y en las crónicas se recuerda una época en que el Báltico era más profundo que ahora. Las costas del Pacífico, Chile, el Perú, toda la cordillera de los Andes, se elevan asimismo de más en más sobre el nivel del océano.

M. DE LAFFARENT.

EL ORO Y EL PEDERNAL.

(CUENTO)

Como los apóstoles eran pobres y rústicos y de corazón sencillo y humilde, Jesús, su divino Maestro, se ocupaba constantemente en instruirlos y prepararlos con lecciones prácticas á su alcance y al del pueblo, para la gran misión de predicar el Evangelio de Dios á las gentes.

Un día caminaba Jesús por la riberas del Jordán en compañía de sus amados discípulos Simón y Judas Iscariote. Dos hombres trabajaban en una heredad inmediata al camino, uno de ellos muy hermoso y el otro muy feo, y ambos saludaron muy corteses y afectuosos á Jesús y sus discípulos. Jesús y Simón devolvieron el saludo á los dos con el mismo amor á uno que al otro, más no así Judas, que apenas contestó el saludo al hombre feo, y al contrario, contestó muy afectuosamente al saludo del hombre hermoso. Notó Jesús esta diferencia, y así que se alejaron un poco los trabajadores, preguntó á Judas:

— Judas, ¿por qué has saludado con más amor al hombre guapo que al hombre feo?

— Maestro — contestó Judas, — el viajero que encuentra en su camino un pedazo de pedernal ¿cómo ha de estimar en tanto el pedernal como el oro?

Jesús calló, sonriendo á Judas tristemente, y él y sus discípulos continuaron su camino. Como hacía mucho calor y la jornada iba siendo larga y desabrida, sentáronse bajo unos árboles á cuyo pie brotaba una fresca y cristalina fuente, en que se refrigeraron así que hubieron descansado un poco.

Entreteníase Jesús, conforme platicaban, en golpear con su báculo un ribazo que daba sobre la fuente, cuando desprendiéndose un gran césped, aparecieron sobre la tierra removida, un pedazo de oro y un pedazo de pedernal.

Judas lanzó un grito de sorpresa y alegría al ver el oro y se inclinó á cogerle.

— Detente, amado Judas — le dijo Jesús, — que soy yo quien ha descubierto ese pedazo de oro y el pedazo de pedernal, y el pedernal y el oro son míos y no vuestros.

— Cierto, señor, — contestó Simón sin vacilar.

— Cierto, dijo también Judas como de mala gana.

Jesús tomó el oro y el pedernal, y después de cerciorarse de que oro puro era el primero y piedra el segundo, extendió hacia el Oriente sus brazos, suspendiendo en la diestra el pedernal y en la siniestra el oro, y dijo á sus discípulos:

— Quiero haceros dueños de este hallazgo. Tomad á un tiempo de mi mano lo que os más plazca: uno el pedazo de oro y el otro el pedazo de pedernal.

Y al decir Jesús, esto, Simón y Judas lanzaron á un tiempo á su diestra y su siniestra para coger, Simón el pedazo de pedernal y Judas el pedazo de oro.

Jesús calló, sonriendo tristemente á Judas y con alegría á Simón, y los tres continuaron por las desiertas orillas del Jordán.

— Maestro — dijo Judas, — el sol se inclina ya y apenas hemos tomado hoy alimento alguno.

— Cierto — contestó Jesús — Adquiere, amado Judas, con un poco del oro que llevas, algunas viandas con que nos remedemos los tres.

Judas miró á todas partes, y no viendo por ninguna más que calladas soledades, replicó:

— Maestro, imposible es hallar en estos desiertos quien nos la venda.

Jesús sonrió á Judas tristemente, y dijo á Simón:

— Simón, pescador eras en el mar de Galilea.

Simón comprendió lo que el maestro deseaba, y acercándose al Jordán, arrojó á la corriente un anzuelo colocado al extremo de una cuerda y un poco después lo retiró arrastrando con él un pez muy grande.

Jesús y Simón sonrieron plácidamente al ver fuera del agua pez tan hermoso.

¿De qué nos sirve este pez — les dijo Judas — si no tenemos fuego para asarle?

Jesús y Simón callaron; pero Simón tomó un poco de yesca del tronco de un árbol, la posó sobre el pedernal, hirió el pedernal con el cuenco de su báculo, la yesca se encendió, poco después el pez tomaba el color del oro sobre las ascuas de una hoguera, y no mucho después Jesús y sus dos discípulos continuaban su camino aliviados de las angustias del hambre.

Al partir envolvieron con cuidado entre los pliegues de la túnica, Judas el pedazo de oro, Simón el pedazo de pedernal; y Jesús, mirándoles alternativamente, sonrió con tristeza á Judas y con alegría á Simón.

Cuando llegó la noche que era obscura, obscura como el pecado, Jesús dijo á sus discípulos:

— Necesitamos luz y sueño y descanso para continuar nuestra jornada. Luz nos dará el nuevo día, y descanso nos dará este bosque. Descansemos y durmamos aquí hasta que despunte el alba.

Dicho esto, Jesús y sus discípulos se acostaron sobre el oloroso césped, y momentos después Jesús y Simón dormían apaciblemente; pero Judas velaba, temeroso de que durante el sueño algún malhechor llegase y le arrebatase el pedazo de oro que poseía.

Bramidos de fieras comenzaron á oírse á lo lejos, y cada vez se acercaban, se acercaban más. Jesús y Simón que continuaban apaciblemente dormidos, no los oían; pero Judas, que continuaba despierto y cada vez más aterrado, despertó á sus compañeros y les hizo notar el peligro que á todos amenazaba.

— Amado Judas — le dijo Jesús, — la luz inspira terror á todos los malos y por eso las fieras huyen de ella. Adquiere

con un poco de oro que llevas un foco de luz, cuyo resplandor pueda librarnos del peligro que temes.

— Maestro — replicó Judas, — ¿quién en esta soledad ha de vendérmela?

Judas calló tornando á reclinarse en el césped, y Simón hirió el pedernal, encendió una hoguera y tornó á dormir, mientras las fieras se alejaban espantadas de la luz y Judas velaba temeroso de que malhechores le robasen su tesoro.

La luz del día apareció; Judas mostraba en la faz las huellas de la inquietud y el insomnio, mientras Jesus y Simón mostraban las de apacible descanso.

Así continuaron largo tiempo y por diversas comarcas Jesús y sus discípulos, Jesús enseñando y amando á los pobres de ciencia y ricos de corazón, Judas llevando el oro, que sólo daba peso; hasta que llegó un día en que Jesús poniendo por cimientó la piedra que llevaba Simón, á quien en memoria de ésta llamó desde entonces Pedro que quiere decir piedra, edificó una gran puerta para entrar en el cielo, cuya llave dió á Pedro, y Judas se ahorcó de un sauce, viendo que el oro servía para hacer llaves con que abrir las puertas del infierno.

ANTONIO DE TRUEBA.

MI EDUCACIÓN.

.....

Criábame mi madre en la persuasión de que iba á ser clérigo y cura de San Juan, á imitación de mi tío y á mi padre le veía casacas, galones, sable y demás zarandajas. Por mi madre me alcanzaban las vocaciones coloniales; por mi padre se me infiltraban las ideas y preocupaciones de aquella época revolucionaria; y obedeciendo á estas impulsiones contradictorias, yo pasaba mis horas de ocio en beata contemplación de mis santos de barro debidamente pintados,

dejándolos en seguida quietos en sus nichos, para ir á dar á la casa del frente una gran batalla entre dos ejércitos que yo y mi vecino habíamos preparado un mes antes, con grande acopio de balas para ralear las pintorreadas filas de monicacos informes.

No contaría estas bagatelas si no hubiesen tomado más tarde formas colosales, y proporcionádome uno de los recuerdos que hasta hoy me hacen palpitár de gloria y de vanidad. Por lo que hace á mi vocación sacerdotal, asistía cuando niño de trece años á una devota capilla, en casa del jorobado Rodríguez, capaz de contener veinte personas, y dotada de sacristía, campanario y demás requisitos, con una dotación de candeleros, incensarios y campanas sonoras, hechas por el negro Rufino de don Javier Jofré, y de que hacíamos enorme consumo en repiques y procesiones. Estaba consagrada la capilla á nuestro padre Santo Domingo, desempeñando yo durante dos años, por aclamación del capítulo y con grande edificación de los devotos, la augusta dignidad de provincial de la orden de predicadores. Acudían los frailes del convento de Santo Domingo á verme cantar misa, para lo que parodiaba á mi tío el cura, que cantaba muy bien, y de quien siendo yo monaguillo, atisbaba todo el mecanismo de la misa, no sin marcar la página del misal en que estaban el evangelio y epístola del día, para reproducirlos íntegros en mi misa particular.

Por la tarde de los domingos, el provincial se tornaba en jefe de un ejército de muchachos, y, ¡ay! de los que quisiesen hacer frente á aquella lluvia de piedras que salía del seno de mi falange.

DOMINGO F. SARMIENTO.

CURUPAYTÍ.

24 DE SEPTIEMBRE DE 1866

Son las dos y media del día. Las tropas ligeras pisan ya el terreno descubierto. Empieza la batalla.

Como una inmensa explosión truenan de repente el cañón con fragor y espanto; la artillería que defiende la posición enemiga, por medio de fuegos convergentes, arroja la confusión y la muerte en nuestras filas que, con alarido de entusiasmo acogen este grito de la tumba; el toque de ataque vibra ardoroso en el espacio; los tambores con estruendo de entusiasmo baten la carga, y la 4ª y 1ª división cerradas en masa se han precipitado al baluarte del tirano; la metralla como un granizo rasante abre sendos claros en sus filas; al impulso del fierro y del plomo saltan en revuelta confusión, hombres, escaleras, faginas, armas, girones sangrientos; pero siempre una voz enérgica se sobrepone á la escena: aquella voz que avasalla el espíritu de conservación y hace temblar al pusilánime, se hace oír á cada agujero de la columna: *¡no es nada, cierran los claros! ¡adelante!...* ¡Adelante! repiten los soldados, y saltan sobre los muertos; y el moribundo que cae despedazado por la metralla, también murmura: ¡Adelante!

A los vítores del asalto responde el cañón con ronco acento que va rebotando en el espacio con lúgubre cadencia; semeja cavernoso reír ciclópeo que hace ironía de esfuerzo del vencedor.

Apenas descubiertas nuestras columnas estalla el combate en todo su esplendor, entre una atmósfera de humo y de sangre, de olor á pólvora y trapo quemado. El entusiasmo, el valor, la confusión y el dolor dominan aquella sangrienta liza,

Nuestros soldados, salvando con inauditos esfuerzos un terreno encharcado, se han lanzado como un torbellino de rayos, al primer obstáculo que le presentan las fortificaciones enemigas; es un primer foso que marca la primera línea de los atrincheramientos del adversario; unos le saltan, otros caen en él, se emplean las escaleras, las faginas y todo lo que está á nuestro alcance para salvarlo; vencido este primer contratiempo, avanzan con mayor audacia; creen segura la victoria, pero aquel brío de leones se estrella contra lo inexpugnable; las talas de árboles contenidas sobre el glacis, al borde del gran foso, que resguarda al parapeto paraguayo, del asalto; los espinosos troncos de entretejidas ramas, detienen las columnas hechas pedazos, y ante la imposibilidad de salvar un obstáculo insuperable se estrella la constancia de los argentinos y su valor de leyenda se extingue en un suspiro helado por el soplo de la muerte.

.....

JOSÉ I. GARMENDIA.

EL CORONEL AGUSTIN OLMEDO.

CÓRDOBA EN LA GUERRA DEL PARAGUAY

La campaña del Paraguay terminó desapareciendo, el dictador y dejando plantado el árbol de la libertad, de cuyo cultivo se encargarían aquellos de sus hijos que habían sobrevivido á la guerra más colosal que se registra en los anales de la América del Sud.

Olmedo regresó al frente de los restos gloriosos de su legión invencible. Era ya una figura, una personalidad espectable. Su nombre era conocido y querido. A su paso por aldeas, villas y ciudades, grandes y pequeños, ricos y pobres, ancianos y niños, todos le saludaban risueños, le abrían de par en par sus puertas, le presentaban el hu-

milde obsequio y se consideraban honrados con que pusiera su planta, siquiera fuese en el dintel, él, sus oficiales y sus soldados! De todos recibía bendiciones y aplausos. ¿Por que? Porque si fué un bravo, un héroe en el campo de batalla, si fué estricto y ejemplar en la disciplina, fué intachable en su conducta, dechado de moderación, de moral y de espíritu religioso, sentimientos que había inculcado en sus *hijos*, como les llamaba á sus soldados, quienes se portaron con honradez catoniana, pasando por inenarrables privaciones, antes de invadir la propiedad ajena!

Olmedo regresaba rebotante de satisfacción, no por los títulos adquiridos y que le eran personales, sino porque había levantado hasta la más elevada cúspide el hombre sagrado de la patria y el de su suelo nativo. Córdoba era grande, era intrépido en la guerra: el espíritu de Paz presidía é inflamaba el sentimiento patrio en sus descendientes. ¡No más diatribas, no más motes injuriosos!

El regimiento Córdoba había sido el primero en el asalto á las trincheras en el combate del Boquerón, el 18 de Julio; uno de sus capitanes el primero que asaltara sobre ellas y clavara la bandera nacional ¡Queda dicho su rol en Lomas Valentinas.

Del Regimiento Córdoba había dicho el general en jefe del ejército aliado, brigadier don Bartolomé Mitre: "Con batallones como el Córdoba se puede dormir tranquilo". Qué más podía ambicionar?

El Regimiento Córdoba había tenido siempre su puesto en la vanguardia, ó donde el peligro era mayor.

El Regimiento Córdoba había combatido con heroísmo, sin ahorrar una gota de sangre, sin escatimarla vida de sus jefes, de sus oficiales ni de sus soldados. Por eso había sido horriblemente diezmado, quedando reducido á una cuarta parte del número de plazas que contara al empezar la guerra.

Justicia le había sido hecha á Córdoba, y grande: su nombre era ensalzado. Tal fué la visión de Olmedo, la misma que se hallaba plenamente cumplida.

En la entrada triunfal del ejército en Buenos Aires, uno de los batallones que recibió más aclamaciones fué el Regimiento Córdoba, y su jefe, uno de los más cargados de coronas! ¿Qué más podía desear?

ALBERTO ORTIZ.

LOS MILAGROS DE LA CIENCIA.

LA TELEGRAFÍA SIN HILOS

Nos hallamos en alta mar, sobre la cubierta de un trasatlántico. A cualquiera parte que se dirija la vista no se divisa la más ligera vela. Sin embargo, si se escudriña el horizonte con un anteojo de gran alcance, cree uno divisar allá, hacia el Oeste, una ligera nube de humo, tan insignificante y tan tenue que más bien que verse se adivina: evidentemente se trata de un vapor que hace fuerza de máquina. Y nadie fija la atención en ello.

De repente, se oye en el camarote del comandante el sonido de un timbre; procede de un aparato misterioso que comprende, en particular, los órganos de un telégrafo Morse. ¿Para qué sirve este aparato, que no se halla reunido por medio de ningún alambre con una estación expedidora ó receptora? Sin embargo, ¡oh maravilla! anímase el aparato. Desarróllase la estrecha banda de papel azul y en ella se van imprimiendo caracteres compuestos de trazos más ó menos largos. El despacho debe ser muy interesante, puesto que el comandante se queda inmóvil y como hipnotizado. Suena de nuevo el timbre y cesa el papel de desarrollarse. Entonces el oficial se precipita hacia un teléfono y envía una orden á la sala de máquinas.

El barco ha modificado su rumbo y surca el mar á todo vapor en dirección á la columnita de humo que hace poco se divisaba. Esta aparece de nuevo y ha tomado notables proporciones; diríase que es un gran penacho negro que sube derecho á la atmósfera, y después se inclina bajo la acción del viento. Deja de verse porque la noche se ha echado encima; de pronto surge un resplandor siniestro en el sitio que ocupaba, las olas se tiñen de rojo. No hay duda, se trata de un barco incendiado.

¿Se llegará á tiempo para salvar á los pasajeros?

Los minutos parecen siglos. Al fin nos hallamos cerca, se echan los botes al mar. Abordan al barco incendiado, toman el primer cargamento y lo ponen en salvo, vuelven continúan del mismo modo hasta que el capitán del barco incendiado, el último en abandonar su bordo, pone el pie en la cubierta del trasatlántico. Ya era tiempo, se oye una terrible explosión; brota una inmensa llamarada; todo se acabó. Pero se han salvado trescientos hombres.

Y si han podido salvarse se debe á que el capitán del trasatlántico pudo leer hace poco el siguiente despacho:

20° 35' de latitud norte; 48° 22' de longitud este; Britannia ardiendo; imposible echar botes á la mar; auxilio inmediato ó estamos perdidos.

¿Cómo pudo enviarse este despacho en alta mar?

¿Cómo pudo salvar el espacio no habiendo alambre alguno que pusiese en comunicación los dos barcos? ¿Cómo ha podido ser recibido?

¡Milagro de la ciencia! La gloria de Marconi, inventor afortunado de la telegrafía sin hilos.

L. RIVIERE.

MARUJA.

(CUENTO RUSO)

Hace tiempo, cuando vivía en San Petersburgo, acostumbraba, al tomar un trineo de alquiler, emprender conversación con el cochero.

Me agradaba en especial charla con los que hacen servicio de noche, pobres labriegos de las cercanías que vienen á la capital trayendo carricoches de mala muerte, embaldurnados de ocre y tirados por un jamelgo, á ganar el pan y la renta para el amo.

Cierto día llamé á uno de estos tales. Era un mozo de 20 años, fornido y robusto, de azules ojos y colorados carrillos. De su remendada gorra, calada hasta las cejas, se escapaban las sortijas de su rubio pelo, y un cafetán roto y menguado cubría á duras penas sus anchos hombros.

Parecióme que el bello rostro del imberbe cochero estaba triste y sombrío; charlamos y noté que su voz resonaba dolorosamente.

— Cómo, tan triste, hermano? — le pregunté — ¿Tienes alguna pena?

Al pronto no respondió,

— Sí, barino, tengo pena — dijo al cabo: — una pena tan grande que no hay otra como ella. Se me ha muerto mi mujer.

— Según eso, la querías mucho.

El mozo sin volverse agachó la cabeza.

— Barino, la quería. Ya va á cumplir el octavo mes y no puedo olvidarla.

Es una cosa que me roe aquí en el corazón, y acabóse. Yo no entiendo por qué se murió: era joven y sana. En veinticuatro horas se la llevó el cólera.

— ¿Y era buena tu mujer?

— ¡Ay, barino — suspiró hondamente el pobretín — éramos tan amigos! Y se ha muerto sin mí... Desde que supe aquí... pues... que la habían enterrado, al momento eché á andar para la aldea... para mi casa. Llegué..., era más de media noche: entré en mi isba, me paré en medio y llamé muy bajito... Maruja... eh, Maruja! Y nada, nada más que el canto de un grillo en un rincón... Entonces me eché á llorar, me senté en el suelo, y pegué en él con la mano, diciendo:

— ¡Ah, vientre hambriento, te la has tragado; trágame á mi también! María... ¡Ay, María!... repitió con enronquecida voz...

Y sin soltar las riendas de cuerda se enjugó una lágrima con un guante de cuero, la sacudió de soslayo, agachó los hombros y no pronunció una palabra más.

Al bajarme del trineo le di buena propina; saludóme hasta el suelo; quitándose la gorra con ambas manos; volvióse y tomó un cansado trotecillo sobre la helada sábana de la calle desierta, invadida por la bruma gris del frío de Enero.

IVAN TURGUENEFF.

CASABAMBA.

.....

Solamente en la línea férrea de Málaga á Córdoba he visto pasos tan soberanamente hermosos como el de Casabamba. Sin ser largo, pues apenas si se pierde la luz, una sola calza; el cincel ha socavado á grandes mordiscos acusando un esfuerzo atrevida y revelador del vasallaje que al empeño humano debe la materia bruta.

Figuraos un embudo envejecido en el trasiego de vino, negruzco y con lamparones grises, sin regularidades de curva geométrica, en el que la vista puede seguir la yuxta-

posición de las piedras cortadas á tajos desiguales, húmedo, frío y resbaladizo, con manchones de musgo y rezagos de hollín, un enorme embudo abierto en la peña para dejar pasar corrientes sucesivas de fuerza y de vida, y tendréis idea de lo que es esta obra de arte amorosamente guardada en las entrañas de los montes cordobeses.

De uno y otro lado levántanse las altas cumbres erizadas de peñascos y en el fondo de la cuenca que diseñan, corre el río Primero con caprichos de cabra salvaje. No es propiamente un río, es un arroyo original de corte de torrente, que debe ser impetuoso, repleto por las lluvias, pero que de ordinario es juguetón y susurrante, sembrado de pequeñas cascadas, casi á distancias iguales; las aguas transparentes duermen á trechos sobre millares de guijarros y á trechos se revuelven, giran, saltan, forman espumas y, obedientes á las depresiones del terreno, se filtran por entre grandes peñascos que, como vados primitivos, cortan el cauce.

Rueda el tren encajonado entre la sierra y el río; el camino de fierro enclavado, tal es la firmeza de construcción, en el reborde de la barranca, semeja una larga cinta ceñida á la mitad de las cuestas pedregosas; visto á la distancia, cualquiera lo tomaría por una estría natural de la peña, estría muy larga, llena de vueltas y continuamente sombreada por los árboles de la montaña y los cañaverales enmarañados y en flor. Por este camino rueda el tren, y al llegar á la boca de entrada lanza un grito estridente y prolongado, penetra en la curva saturándola de humo; por unos segundos se pierde en la penumbra, que remeda una noche negra, y otra vez aparece á la luz, á la dulce claridad, en que se baña aquella naturaleza agreste y bella, tan sombría y tan grande como su misma soledad.

.....
.....

ILDEFONSO D. MONZÓN.

ORTOGRAFÍA.

Será cuestión de idiosincracia, ó de educación, ó de nervios, tal vez, — algo ha de ser, — pero una palabra escrita con mala ortografía me hace el efecto de ese chirrido áspero é hiriente que suelen producir las ruedas de un tranvía en las líneas curvas de los rieles.

Y no se crea por esto que pretendo echármelas de sabio ni de mero cultivador de la filología. No hay tal cosa; cultivo solamente las buenas formas como puede hacerlo cualquier hijo de vecino. No se requiere ser profesor de música para observar una desafinación, por más que haya sujetos para quienes la sucesión de sonidos armoniosos no sea otra cosa que el más soportable de los ruidos.

Ahí, donde alguien vería con fruición y con encanto los colores abigarrados y chillones de una tela de brocha gorda, un espíritu más culto se limitaría á hacer la crítica mental de ese embadurnado y á apreciar el grado de potencialidad artística de su autor y de su dueño.

No pretendáis descubrir en un analfabeto el buen gusto de Brillat-Savarin, ni pretendáis tampoco aspirar perfumes suaves y delicados al pasar junto á una mujer vulgar.

Y sin embargo, á cada instante hallaréis intelectuales que escriben con una ortografía detestable las palabras más usuales del idioma, sin que jamás hayáis acertado con la explicación de este fenómeno.

* * *

Conocí un sujeto que escribía *haiga*, *irrucción*, *mostuario*, y que pretendió en un tiempo ser intendente municipal; y también á otro, deudor mío que en carta me decía:

— “Créame, que sus *onorarios* están seguros. Una persona *onesta* “ *como yo...*”

Ustedes, en mi caso, habrían creído en la honestidad de ese *onesto* ciudadano. Pero yo no he creído ni en lo uno ni en lo otro.

Lo otro es lo que todavía no me ha llegado, ni con hache, ni sin hache.

Ni con cheque ni sin cheque.

* * *

El grado de doctor, — el más eminente de todos los grados universitarios, — se acuerda á la persona que ha terminado su carrera, facultándole así “para enseñar lo que aprendió”.

¡En qué figurillas se verán algunos de estos *borlados* para enseñar lo que no saben!

Es de suponer que el graduado antes de haber cursado los estudios superiores, haya estado en una escuela elemental. Pues bien; anda ahí un doctor, magistrado por más señas, que escribe *ablar*!; y se queda tan fresco!

Si yo fuera gobierno, ya me hubiese dado maña para sustituirle la toga por una anagnosia.

Porque, á la verdad, es un poco difícil convencerse de la ilustración y del criterio jurídico de un *letrado* que ignora las *letras* con las cuales deben formarse las palabras.

Y cuidado que ha tenido tiempo de sobra el tal doctor para haber aprendido eso y mucho más, pues no obstante sus pretensiones juveniles, es, por lo menos, tan viejo como la Novísima Recopilación.

Vamos al decir.

.....

A. RICHIERI.

LOS DOS LIBERTADORES.

(UNA HIPÓTESIS SOBRE LA CONFERENCIA DE GUAYAQUIL)

Al fin, uno cedió. ¿El más patriota, el más razonable? ¡Cuánto se ha hecho sobre esa entrevista de Guayaquil, que algunos historiadores, para quienes las cosas de la independencia están siempre al diapasón de la tragedia, han querido cubrir con un velo misterioso y levantar al nivel de los grandes problemas históricos! Al norte del Ecuador el acto de San Martín no fué sino el acatamiento respetuoso del genio y del derecho de su rival. Al sur, la inspiración del patriotismo, el generoso sacrificio de sí mismo en obsequio de la causa americana.

A mis ojos (y bien osado me encuentro para hablar de estas cosas, después de voces tan altas y autorizadas), no hubo sacrificio personal en el retiro del general San Martín. Todo es cuestión de organización moral: Bolívar, retirándose á la vida privada, ó San Martín, manteniendo á sangre y fuego su primacía en el Perú, habrían sido hechos tan fuera de la lógica, tan contrarios á sus caracteres, como naturales fueron los papeles diversos que les tocó en el drama. Bolívar... se me ocurre suponer á Bolívar nacido en suelo argentino, miembro de la logia Lautaro (allí Alvear habría encontrado su maestro) — vencedor en San Lorenzo, general transitorio del ejército del norte, organizador, en fin, del ejército de los Andes. ¿Cuál habría sido su actitud ante la situación interna del país bajo el directorio de Rondeau? Habría, como San Martín, desobedecido, cruzado la montaña, y dando la espalda á la anarquía, más aún, á la agonía de la patria nueva, ido á libertar al Perú?

¿Habría, una vez vencedor en el Perú, cedido el puesto á San Martín viniendo del Norte, embarcándose, y al llegar frente á las playas de su tierra, negádose á pisarlas, porque

la guerra civil la asolaba, para ir á terminar en la vida de un *bourgeois* meditabundo, su carrera de acción y de luz? Y allí, en esa casita de los arrabales de Bruselas, Bolívar en 1830, cuando un pueblo golpeaba su puerta pidiéndole que se pusiera al frente de la insurrección contra un opresor tan odiado como el español...

¿Habría contestado á los belgas con la seca lógica de San Martín?

Á mi juicio, los rumbos de la historia americana habrían cambiado profundamente; el espíritu se pierde en la conjetura, pero el estudio de los caracteres de esos dos hombres permite asegurar que su acción, en medios idénticos, habría sido diversa. Bolívar ansiaba algo más que la gloria militar, que lo era todo para San Martín, (me refiero á las ambiciones y no á los sentimientos patrióticos de los dos libertadores) Bolívar veía más alto y más lejos, pero San Martín veía más recto. El uno había nacido para dominar, el otro para vencer. Bolívar tenía la tela de aquellos generales romanos que se hacían proclamar emperadores por las legiones que marchaban en el fondo de la Germania ó en las montañas de *Hispania*. San Martín era un general del tiempo de la república; habría cavado gustoso la tierra... pero después de vencer. Para Bolívar la tarea empezaba después de la batalla; para San Martín concluía. En 1826 Bolívar pedía aún una coalición americana contra el Brasil, más aún, la ofrecía... con tal que se le diera el mando supremo. San Martín quedaba silencioso en Boulognes. Insaciable el uno por temperamento, por vibración, intelectual, por el correr violento de la sangre; frío, sereno, reposado el otro, por la glacial y predominante fuerza de la razón. Caudillo, tribuno, ora cacique de barrio, ora diplomático de alto vuelo el primero; el segundo soldado. ¿Soldado, con la religión del deber; el primero bajo la disciplina, soldado, según la idea moderna y exacta? No lo sé; pero, sí soldado en su corte moral, en sus propósitos,

en sus ambiciones, en el ideal de su vida, trazada de ante mano como la trayectoria de una bala de cañón.

¿Qué tenía de hacer semejante hombre en el Perú, después de la victoria? La independencia era un hecho ya, y su consagración definitiva. Junín, Ayacucho, cuestión de días más. ¿Y luego? Ser dictador del Perú, crear por un movimiento de orgullo, ese absurdo de Bolívar, rotulándolo con su nombre; volver á Buenos Aires, hacerse dictador en el hecho, saltar una tarde por la ventana ante la conspiración que avanza, salvado por una mujer para ir á pasar la noche bajo el arco de un puente miserable y salir, al alba, con el rostro lívido y el traje maculado?... No, San Martín no era hombre de ese corte. Había concluído su misión. ¿Lo invadió además el desencanto profundo de los que llegan á la mente y allí, fría el alma, repiten el triste gemido del salmista? Tal vez... Pero el hecho es que era un hombre concluído. ¿Volver á su patria, hundirse en la estéril abnegación de Belgrano, deshojar uno á uno sus laureles luchando, como el vencedor de Tucumán, contra oscuros gauchos que lo vencían... ó verse en un consejo militar, burlado por un Moldes ó un Dorrego, petulantes, irritables y escépticos, Bolívares pequeños, turbulentos é implacables por trepar al poder?

No era ese su corte, lo repito, y eso, felizmente para su gloria.

MIGUEL CANÉ.

EL INVÁLIDO.

¡Cuán tierna, cuán conmovedora, cuán patética es la figura doliente del inválido por la patria y en la guerra, que después de haber derramado su sangre en cien combates, entra en el asilo silencioso, sin queja en los labios, sin amargura en el alma y pidiendo sólo — en pago de sus miembros rotos — pan y reposo!!!

Pero ¡cuán siniestra y cuán repulsiva es esa otra figura del inválido político, caído en las luchas de la ambición, presa de sus propias pasiones embravecidas hasta la demencia, y que cercado por ruinas sigue vociferando desde el fondo de un sepulcro! Agita un lienzo en sus manos convulsivas. ¿Va á conducir nuevamente los hombres á la muerte? Afortunadamente, — no. — No se enarbolan banderas para los pueblos, arrancando jirones á un sudario!!!

¡Gratitud al que viene á tender su cuerpo mutilado en el lecho de los inválidos, habiendo combatido por la patria y en heroicas guerras!! ¡Gloria á las heridas hechas y á las heridas recibidas en campo abierto, á la luz del sol y por la noble espada del soldado!!

Estas heridas forman la cicatriz gloriosa que el inválido ostenta en su pecho y que el poeta de las "Orientales" ha llamado en su lenguaje mágico — "La estrella del honor" — que guía el heroísmo de los pueblos.

N. AVELLANEDA.

EL ALMA DEL CIEGO.

Toda entera vibraba en las cuerdas de la guitarra. Cada nota era un suspiro, una lágrima, un recuerdo perdido en las lejanías de la vida, un rayo tenue de sol que ya no brillaba en sus pupilas.

Buscando en la gama musical un colorido que no encontraba en sus ojos, tocaba el ciego. Tocaba para sí. Y desde la penumbra del rincón en que su pobre cobardía de artista mendicante había buscado refugio, brotaban dulces armonías, estrañamente combinadas con arpeggios agudos de gritos dolorosos, y notas suaves de prolongada queja sin consuelo.

Era todo un canto.

Un canto de vida interna, de profunda vida interna rebosante de agrios dolores y de penas inmensas.

Cuando el grito agudo de la cuerda cimbraba latigueando el espacio, un estremecimiento recorría las venas asustadas de los oyentes.

Cuando el encanto dulcemente doloroso acariciaba el ambiente aterciopelado, subía del fondo de los espíritus un raudal de bondad, de inmensa bondad por todos los que sufrían, por todos los que lloraban, por todos los que no se atrevían á protestar gritando contra las injusticias del mundo.

Y cuando la mano del cantor sin pupilas se extendió implorante, una voz se elevó sobre los estremecimientos de temor, sobre los raudales de bondad.

Esa voz era la voz de todos los repletos.

Esa voz decía:

— ¡Perdona, hermano!

Y en tanto, en el fondo del cuarto inmensamente obscuro, un niño sollozaba:

¡Perdona, señor!

ALEJANDRO GHIGLIANI.

LEYES PROVIDENCIALES.

“¿Qué poder ha construido sobre nuestras cabezas tan vasta y soberbia bóveda? ¡Qué variedad asombrosa de admirables objetos! Una mano poderosa lo ha creado todo para darnos el hermoso espectáculo. Para que podamos admirar el cielo, dice Cicerón, hizo Dios al hombre á diferencia de los otros animales, derecho, y pudiendo levantar la cabeza y ocuparse de lo que está por encima de él. Y así, ya vemos un cielo obscuro en el que destellan purísimas luces, ya un azul de entonaciones y matices magníficos que no sabe copiar el pincel. ¿Y qué nos da á entender la regular sucesión de noches y días? ¡Y ese Sol, que después de tantos siglos sirve sin falta á los hombres, que no

podríamos vivir sin él! El sol, dice la Escritura, que sabe donde ponerse cada día...

“Pero ¿cómo es así de regular y fijo el curso de ese Sol que no es sino un globo de fuego sutil y fluido? ¿Quién contiene esa llama móvil é impetuosa en los límites de un globo perfecto? ¿Qué mano le conduce por tan recto camino sin que jamás á un lado ni á otro se derrame? Nadie podría refrenar esa hoguera, nadie conducirla ni sujetarla cuerpo ninguno envolverla sin consumirse en su fuego. ¿Donde va? ¿Quién le ha enseñado á girar sin descanso y con regularidad tanta en los espacios donde nada le estorba? ¿No circula á nuestro alrededor sólo por servirnos? Y si, por el contrario, no es ella quien gira, sino nosotros los que damos vuelta en torno suyo, ¿por dónde, me pregunto, se ha colocado tan en el centro del Universo, para ser el hogar, el corazón de la Naturaleza? Y también me digo: ¿Cómo el globo terráqueo, tan duro, circula con tal regularidad en torno á aquel astro, en el espacio donde ningún cuerpo sólido sujeta ni arregla su cursò? Busque enhorabuena la física, para explicar este hecho, las razones más ingeniosas, que serán otras tantas pruebas de la Divinidad. Mientras más justo, sencillo, constante, seguro, y previsto de efectos útiles es el resorte que conduce la máquina del Universo, más claro está que la mano todopoderosa ha sabido escogerlo por mejor de todos.

“El movimiento de los astros, se me dirá, está sujeto á las leyes inmutables. Pero ese mismo hecho es prueba de lo que quiero establecer. Porque ¿quién ha dado á la Naturaleza entera leyes tan constantes y saludables; tan sencillas que diríanse establecidas por sí solas; tan fecundas en útiles resultados que luego obligan á reconocerlas hijas de un arte maravilloso? Perturbar el átomo más mínimo de esta máquina trastornaría la Naturaleza entera. ¿Qué tal es, pues, el maravilloso trazado, tan extenso, tan continuo, tan bello y bienhechor? No. La necesidad

de esas leyes, lejos de impedirme que busque el autor, contribuyen á aumentar en mí la curiosidad y la admiración. Preciso es que la mano, igualmente poderosa y hábil, pusiera en su obra ese orden tan silencioso como fecundo, útil y constante. Ni vacilo en repetir con la Escritura, que cada estrella se apresura á ir donde el Señor la envía, y que, cuando Él habla, le responden ellas vacilando: Henos aquí. Pruebas admirables de la existencia de Dios que gobierna el Universo.

FENELÓN.

TREINTA AÑOS DESPUÉS.

¡Tuyutí, Curuzú, Curupaytí: Cuánta sangre generosa bebió ese ángulo de tierra que forman el Paraná y el Paraguay! Allí el paraguayo, como león acosado, se defiende ciego y embravecido; é ignorando si quien lo manda es un demente ó un tirano, sólo ve á su tierra invadida por planta extraña. En las furiosas embestidas del Dos de Mayo y Tuyutí, los paraguayos se estrellan contra el número y la disciplina y mueren por millares bajo el fuego, sobre las bayonetas ó al pie de nuestros cañones; pero en Curupaytí toman sangrienta revancha, haciendo inútil el valor temerario de las columnas aliadas que avanzan bajo el fuego mortífero, en busca de una victoria imposible.

Todo ha desaparecido. Los grandes esteros se han secado. El bosque ha invadido el campo donde se levantaban las carpas y las trincheras; y en esa tierra fecundizada por tanta sangre y por tantos millares de cadáveres, la vegetación está más frondosa y exuberante, más profusamente adornada con todas las galas de la flora tropical.

Esos parajes casi desiertos conservan algo, de misterioso y sagrado, que inspira respeto al viajero y se impone á la sencilla credulidad del indígena, que escucha la relación de extrañas leyendas.

Ha oído decir que, durante las noches tormentosas cuando el horizonte es iluminado con los resplandores del relámpago, y una atmósfera pesada bajo un cielo obscuro lo oprime y obliga al recogimiento, esos rumores escuchados en el bosque, esos ecos lejanos, que remedan el trueno del cañón y el choque de las armas, son los muertos que se levantan de su tumba, y, no convencidos por la muerte misma, renuevan la lucha chocando sus huesos que se destrozan en horrible entrevero. Si alguna vez su tosco y primitivo arado, al rasgar el suelo, descubre un cráneo, el indígena lo recoge con religioso respeto, lo devuelve á la tierra bajo una cruz, y más feliz que Hamlet, murmura el rezo del creyente, pidiendo paz para esos restos, que no despiertan en su alma la duda desgarradora del terrible problema!

Ahí está Humaitá: ¡Cuántos recuerdos se agolpan á la memoria! Aquello fué el enorme y férreo candado con que se encerraba y aislaba un pueblo entero del contacto del mundo, para poder con mayor facilidad trabajar esa blanda pasta indígena, ya amasada por los misioneros, hasta amoldarla á la forma simple de un patriotismo absoluto.

¿Qué queda de sus inmensas y formidables baterías erizadas de cañones, de sus casamatas, de sus cadenas tendidas al través del río? Nada. ¿Y de esa península famosa en el Chaco vecino, donde se libraron tantos combates extraños y terribles, en que los infantes se batían en canoas, en la obscuridad de la noche, y en el centro de lagunas cuyas aguas amanecían enrojecidas; donde los acorazados eran asaltados por soldados de caballería, que se lanzaban al río con el sable en los dientes y que llegaban hasta trepar á las cubiertas? Nada! Las baterías han desaparecido con sus cañones y sus cadenas, las lagunas se han agotado y la selva ha invadido la escena, borrando las huellas de la batalla y cubriendo con mantos de enredaderas, de lianas, de hojas y de flores, el teatro de tanta hazaña y de tanto heroísmo. En sus senos oscuros y enmarañados, ya no

resuena el estruendo de la batalla ni el grito de rabia del vencido, ni el clarín que lanza á los ecos las dianas del vencedor. En la inmensa soledad del monte, sólo se oye á intervalos el quejido de la torcaza ó el triste lamento del urutaú que, según el poeta, llora las desgracias de la patria.

.....

C. PELLEGRINI.

SARMIENTO.

DISCURSO DEL DOCTOR DON EDUARDO WILDE, MINISTRO DEL
INTERIOR

Señores:

“Tal vez no encuentren un sepulcro mis viejos huesos en mi patria,” decía el general Sarmiento en los últimos meses de su vida, abriendo su corazón á sus amigos.

Si le fuera dado en este momento incorporarse en su féretro, repudiaría arrepentido sus injustas palabras y su grande cabeza volvería á recostarse, acomodándose para el reposo eterno, adormecida por los halagos del homenaje nacional que se le rinde.

Lejos de su tierra, en tanto que buscaba el descanso para su cuerpo quebrantado, la muerte lo abatió. No rodearon su lecho de agonía los anhelos de sus conciudadanos, ni cerraran sus ojos las manos de sus constantes admiradores — pero la nación entera ha extendido los brazos para recibir las reliquias de sus despojos.

La onda de la revolución meció su cuna, allá en los principios de nuestra independencia; su infancia y su juventud, tuvieron por escenario comarcas sacudidas por los trastornos de la lucha; su virilidad siguió en los conflictos de la guerra y su edad madura, contó sus días por los momentos angustiosos de la patria.

Lleva al morir, el consuelo de ver á su país próspero, organizado y poderoso, y su conciencia satisfecha, le mostrará las conquistas alcanzadas con el concurso de su grande influjo.

Hombre de combate y de progreso, no tuvo desfallecimientos ni temores — mezcló su suerte á todos los acontecimientos de la República: — dióles impulso cuando comenzaron sin su anuencia, ó los hizo brotar con su espíritu batallador é infatigable.

No nació Sarmiento para la placidez y la ternura; aunque no faltaron en su vida situaciones patéticas, ni fueron extrañas á su gama las notas melancólicas y sencillas del sentimiento delicado, su fuerte corazón se dejaba conmover de preferencia por los altos destinos de su tierra, y su cerebro vigorosamente organizado, dedicó más bien su pensamiento á las árduas cuestiones de su tiempo.

Débele la República el haber reivindicado como presidente, el principio de autoridad, del cual hizo su doctrina en el mando, enseñándola á los pueblos desde las eminencias del poder y practicándola con tesón en las esferas del gobierno.

Su ambición fué el orden, su fantasma la anarquía, y su intensa preocupación, librar á los argentinos de caudillos y demagogos, para los que no tuvo piedad ni perdón.

La atmósfera política tiene sus rumores sordos que anuncian la tempestad próxima á estallar, ó los estremecimientos de la tormenta ahogada. Sarmiento los oía, en las capas inferiores de una población sin tradiciones, y comprendiendo que de allí provendría todo peligro, mantuvo ardiente su propaganda formidable contra todo aquel que osara levantarse para derrocar la autoridad constituida, en nombre de derechos ilegítimos, alimentados por la ignorancia y la barbarie de los campos, ó fomentados por la ensimismada altanería de las ciudades.

Como los hombres eminentes de la Prusia, comprendió que la educación del pueblo era la palanca poderosa de su engradecimiento, y único maestro que no fué jamás discípulo, hizo de la escuela el elemento primordial del orden público y la base incommovible de la regeneración social.

No acordó solamente á la enseñanza su meditación y su saber: le consagró lo mejor de sus horas, y consiguió amalgamar la esencia de su sér con los procesos de la educación primaria.

No fué disciplinado ni metódico en su trabajo por el bien del estado; pero sus actos determinaron siempre corrientes impetuosas que produjeron innegables beneficios.

No deja como Alberdi una doctrina sistemada de organización política, — ni como Vélez Sársfield un monumento jurídico, — ni como Avellaneda las bases de la legislación sobre tierras; pero su actividad siempre fecunda, engendró un conjunto más trascendental y más valioso, pues no hay institución, reforma ni accidente de la vida democrática que no contenga rasgos de su genial talento y de su incansable energía.

Poseído de sí mismo, tuvo tan grande aprecio por sus dotes, que fuera atrevimiento ante sus ojos desconocerlo ó moderarlo. — Hombre de estado, con sedimiento propio, no aprendía — enseñaba. Sus constantes y selectas lecturas le permitían asimilar la ciencia humana; pero las ideas, al pasar por su cerebro, se adaptaban á su índole, se transformaban y adquirían los tonos de su brillante y animosa originalidad.

Su literatura era autónoma y personal; abstrusa, enmarañada, viril y majestuosa, como la vegetación de las selvas escondidas en que los árboles corpulentos se entrelazan con las lianas á las malezas. Los documentos públicos debidos á su pluma, sus discursos parlamentarios, sus arengas inaugurales y sus escritos en la prensa, que representan la producción de cien pensadores, revelan los recursos de su genio.

Sus obras meditadas contienen páginas hermosas, en que campea el deleite y el buen gusto; algunas de ellas son modelos literarios que no han sido, por cierto, superados.

En la ruda polémica, sus frases despiadadas, á manera de moles de granito, movidas por titanes, caían sobre el campo de la lucha, destrozando adversarios é inocentes, en tanto que él, como una esfinge, recibía los proyectiles lanzados á su cabeza, sin que jamás le hirieran.

En el cuadro de mi discurso, no cabe su retrato. Ninguna alocución que pronunciara estaría á su medida.

Sarmiento es una gloria de la República. Cuando pasen los años, y la historia, á la par de la leyenda, hable á las generaciones futuras, describiendo su colosal figura; cuando el soplo de los tiempos lleve en sus alas el nombre venerado de este ilustre ciudadano, diez millones de argentinos lo repetirán con entusiasmo, y la patria que, como la religión tiene sus santos, colocará en sus altares la efigie del hombre que supo ilustrar su época y su pueblo, con los destellos de su potente inteligencia.

El gobierno argentino tributa hoy los merecidos honores á su memoria y el Presidente de la República, que asiste á sus exequias, lo recomienda á la gratitud de sus conciudadanos.

E. WILDE.

EL PROFETA.

DE "LA MUERTE DE JESÚS"

Hacía cerca de tres años que Jesús de Nazareth traía conmovida y agitada la nación con milagros portentosos y novedades de doctrina que comprometían la santidad del sacerdocio hebreo, la estabilidad de la Ley y la duración del Templo. — Anunciaba la aproximación del *reino de Dios*; predicaba la misericordia y la penitencia; predecía

la destrucción de la ciudad famosa, y aseguraba que del Templo no quedaría en breve piedra sobre piedra.

Jesús anunciaba su *proximo reino* en Israel; decía que los tiempos habían alcanzado su plenitud; que la Ley estaba cumplida; que había pasado la época de los símbolos y de las figuras, y que en él comenzaba una nueva era de regeneración y de verdad. “Yo soy la verdad, el camino y la vida”, decía, asegurando que no venía á abrogar la Ley sino á darle cumplimiento.

Jesús predicaba incansable la *buena nueva* en las ciudades y en las campañas, en las sinagogas y en el Templo, confundiendo en toda ocasión la falsa doctrina de los fariseos, de los príncipes de los sacerdotes y de los doctores de la Ley. — Había condenado enérgicamente las prevaricaciones del sacerdocio hebreo, sus transgresiones á la Ley y el abuso que de ella hacía recargando con grave peso á la nación. — Había condenado la impía oración del fariseo que oraba de pie en medio del Templo para ser mirado de todos, y enseñaba la oración privada y en secreto; — había condenado la fementida piedad de sus limosnas aparatosas y al son de trompetas para atraer sobre sí la atención de las gentes, y enseñaba que la limosna debía hacerse sin que la mano izquierda conociera lo que hiciera la derecha.

Jesús se rodeaba de los pecadores, de los pobres de los humildes y sencillos, condenando duramente á los soberbios é hipócritas, *razas de víboras, sepulcros blanqueados*.

¡Ay de vosotros, decía, escribas y fariseos hipócritas! que cerráis á los hombres el reino de los cielos... ¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas! que devoráis las casas de las viudas, á pretexto de hacer largas oraciones... ¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas! que pagáis diezmo del eneldo y del comino, y habéis abandonado las cosas más esenciales de la Ley, la justicia y la misericordia... ¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas! que lim-

piáis por de fuera la copa y el plato, y por dentro estáis llenos de rapacidad y de inmundicia...

Jesús, con soberana autoridad y con el látigo en las manos había arrojado del Templo á los que en él compraban y vendían objetos destinados á los sacrificios, trastornando los asientos y echando á rodar por tierra las mesas con cuanto en sí tenían, diciendo— "*Micasa* escasa de oración, y vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones"...

Los príncipes de los sacerdotes, los escribas y fariseos juraron odio mortal al Profeta, y resolvieron perder á Jesús de Nazareth.

M. D. PIZARRO.

ODA A LA REPÚBLICA ARGENTINA.

¡Corazón de América y brazo del futuro Americano!
 ¡Dueña del sol de mayo!
 ¡Madre de luchadores, Patria de corazones!
 ¡Tierra en que germinan semillas de porvenir!
 ¡Pampa inmensa donde el sol se expante, y los rebaños,
 el tigre, el avestruz y el potro tienen existencia!
 ¡Matrona de hierro que tuvisteis, por sangre y hierro,
 tu libertad!
 ¡Fecunda y misteriosa protectora de las razas del mundo,
 que pones en cada una de ellas tu germen autóctono!
 ¡Comodora de la bandera blanca y azul que en la escuadra
 de América presentas tu sol delante de todas las estrellas!
 ¡Gloria y amor á ti, oh argentina Patria!

* * *

Un galope de pegasos nuevos anuncia triunfo. Nación de las naciones latinas, y tus hombres de pensamiento, como tus hombres de obra trabajan en siembras de ciudades y de ideas.

Has tenido el talismán que ha ahuyentado la guerra.
¡Has podido oponer al águila yankee, tu cóndor!
¡Y tu bella sangre ¡oh! Argentina, comunica su ritmo
al vibrar de todo el continente!

* * *

La estatua de la libertad está levantada delante de la
ciclópea Nueva York; el simulacro de la Vida futura de la
América Latina, debe levantarse delante de la triunfante
Buenos Aires.

Como en el crisol el oro, en ti se juntan y se purifican la
sangre y los pensamientos de todos los pueblos.

Como en la pampa el potro, en tu cielo vuela libre el
pegaso.

Y la ciudad de los sueños que vienen, y la ciudad de las
victorias que vienen, será Buenos Aires. Tal lo esperan los
hijos de la Visión tal lo aguardan los ausentes de la Espe-
ranza, tal lo miran los ciudadanos y obreros de la Atlán-
tida.

* * *

¡Gloria y amor á ti!

¡Gloria por los brillos de tu alma y por el hierro de tus
guerreros!

¡Gloria por los colores de tu pabellón!

¡Gloria por la fuerza de tu historia y por San Martín,
Belgrano y Moreno!

¡Amor á ti, Nación de las naciones de América!

¡Amor á ti, porque eres nuestra abanderada Continental!

¡Porque en ti alienta la Santa vitalidad latina!

Y porque en tus palpitaciones, ¡oh! corazón de América!
— tanto como si fuese un ritmo pitagórico — yo creo escu-
char la música del Universo Futuro.

RUBÉN DARÍO.

EL BÁLSAMO DE LA FE.

MONÓLOGO

Bendita sea mi madre, que me
enseñó á creer.

¿Qué es lo que me pasa?

No hay quietud para mi alma en parte alguna.

El sueño ha huído de mis ojos.

Un desasosiego contínuo me agita y atormenta.

Nada influye en el ánimo la compañía de los hombres;
nada las diversiones que en otro tiempo me embargaban;
nada los halagos todos de la vida.

Mi espíritu es un caos.

Yo soy para mí mismo un misterio, un arcano profundo.

¿Qué es lo que quiero? No lo sé yo mismo.

¿A qué aspiro? Lo ignoro igualmente.

¿En pos de qué se agita mi corazón lacerado? Tampoco
lo conozco.

¿Soy un enigma ante mi propia conciencia?

Soy la paja, que arrebatada el viento, haciéndola su juguete, según el lenguaje de Job.

Sólo sé que un dolor profundo me consume y devora.

Sólo sé que mi alma se encuentra herida, lacerada, deshecha por la mano cruel de la tribulación más acerba.

No hay luz en mi mente, no hay horizonte para mi corazón acongojado.

Tinieblas densísimas rodean mi inteligencia, niebla pavorosa envuelve todo mi ser.

¡Me ahogo, me asfixio, me muero!...

¿Dónde estoy?

¿Qué es de mí?

¿Soy yo quién piensa?

¿Y pienso según las leyes que rigen esta facultad divina é incomparable, ó se encuentra desorganizado mi cerebro?

¿Estoy acaso demente?... ¡Siquiera alguien me sacase de tan cruel incertidumbre!

.....

Nadie me responde, nadie me escucha. ¡Estoy solo, solo, como el viajero de los desiertos.

No oigo sino el eco de mis propios gemidos; no encuentro otro compañero, otro amigo, sino el dolor que me oprime.

¡Ah! ya comprendo mi situación.

Mis facultades funcionan perfectamente.

En mi persona nada ha cambiado; pero ha cambiado mi fortuna.

¡Antes era rico; ahora soy pobre!

Nada tengo que dar; por eso mis conocidos y amigos se han dispersado, dejándome en la soledad, el silencio, el oprobio y la miseria.

Había leído aquella sentencia terrible de un poeta, pero sólo ahora la comprendo: "Mientras seas poderoso tendrás muchos amigos; mas si empobrecieras, te encontrarás solo".

¡No importa!

A pesar de todo he salvado del naufragio el principal tesoro, y él me basta; he salvado mi fe!

¡Salve fe bendita, fe santa, fe regeneradora, fe que engendras la vida y la santa esperanza!

¡No me abandones en estos aciagos momentos de desencanto amargo; sé mi luz, mi guía, mi áncora de salvación en medio del oleaje furibundo que se ensaña contra mi corazón, abatido por la malignidad de los hombres!

.....

Ya siente reposo mi espíritu. ¡La fe es omnipotente!

¡Qué dulce es poder separar la vista de la tierra y levantarla hacia el cielo!

He estado al borde de un abismo. ¡La fe me ha salvado!

¡Bendita sea mi madre que me enseñó á creer!

F. R.

HIJO DEL SOL.

En el siglo XI, cuando legiones de bárbaros talaban todo el orbe, cuando ya no existían los grandes imperios de Persas, Griegos, Egipcios y ni la orgullosa Roma, fué destinado por el Hacedor del Universo para crear un genio extraordinario que sacase á estos vivientes de la incivilidad é ignorancia en que yacían y les diese alguna noticia de la ley natural, de la urbanidad y respeto que deben tenerse entre sí para hacerlos capaces de razón.

Esta parte del globo, sin contacto con el antiguo, no mereció ninguna clase de ilustración, ni su legislador tuvo que ir á aprenderla á las escuelas de aquellos estados, como Licurgo y Solón. Con justicia el publicista francés, el abate Mabley, coloca á Manco Capac en el primer rango de los legisladores del mundo.

La fundación del imperio de los Incas, toda en sí es maravillosa. Es verdad que su caudillo no fué sustentado por una loba como el de los romanos, ni escogido por Jeová como el de los Judíos, pero quién puede dudar que ese Omnipotente Dios le infundió luz sobrenatural para que pudiese educar á tanta diversidad de naciones como poblaban esa tierra, á fin de que preparados en amor y caridad pudiesen algún día recibir su santa gracia.

Manco Capac, cual otro Abraham, salió con su hermana y mujer, Mama Oello-Huaco, de una isleta de la laguna de Titicaca, llevando el primero una varilla de oro, pues, se le comunicó que por doquiera que fuese, al comer y al dormir, procurase hincar en el suelo la varilla, y donde se hundiese de un solo golpe la varilla, allí fundase la capital de su corte. En efecto, dirigiéndose al septentrión, y caminando como ochenta leguas, llegó con su mujer á un cerro que llaman "Huanacanti" en cuyo paraje se hundió al primer golpe la varilla, sin haberla visto más. Conociendo

Mancó Capac ser este el lugar donde debían parar, se manifestó á los habitantes de los contornos y comenzó su misión. Enseñábales todo lo que era conveniente y justo, y como verdadero apóstol no procuraba sino el bien del pueblo; no buscaba oro, ni plata, joyas ni vestidos, haciendas ni esclavos; al contrario, despreciaba estos géneros de riquezas, trabajaba en cultivar la tierra para darle alimento.

Mama Ocello se afanaba en enseñar á las mujeres á hilar y tejer para cubrir la desnudez de sus familias. El honor de las casadas y doncellas era respetado, y enseñado el deber de las esposas á sus maridos, y de los hijos á los padres.

Un magnánimo corazón, un carácter bondadoso, reconocidos á la práctica de estos ejercicios, hacía creyesen hombres y mujeres lo que se les decía, y obedecían lo que se les mandaba.

Sirvióse del respeto del cielo, para el suyo, divulgando ser hijo del Sol; y la barrera que la pretendida descendencia ponía entre él y el pueblo era impenetrable, logrando así mantener ilesa la prerrogativa de los que mandaban y los derechos de los que obedecían. Hizo reconocer por Dios á aquel planeta, no siendo mucho que el deseo de reducir bárbaros lo indujese á publicar ser hijo del Sol, cuando el anhelo de engañar políticos hizo á Alejandro exaltarse hijo de Júpiter.

Los primeros instruídos en las máximas indicadas, se internaron por las sierras, montes y breñas, participando la nueva de los beneficios recibidos; llamáronse unos á otros y logró Manco Capac en poco tiempo ver una floreciente familia, estableciendo más de cien pueblos y denominando á su capital Cuzco, que significa ombligo, ó centro de los demás.

Con tal favorables disposiciones asumió Manco Capac el nombre de Inca, que significa soberano y estableció un gobierno monárquico hereditario. Señaló por insignias el "Llantu," que era una cinta ó trenza del grueso del dedo

anular, que daba cuatro ó cinco vueltas en la cabeza, y un purpúreo fleco ó borla, pendiente de la frente, que llamaban "Mascapaycha," (los de la sangre real la tomaban amarilla) unas planchas elípticas de oro que servían de orejeras, por manto una manta cuadrada de dos piernas, finísimamente tejida, que llamaban "Incolla", una bolsa conocida con el nombre de "Chuspa", terciada sobre el hombro izquierdo, pendiente de una trenza muy larga de dos dedos de ancho en la que llevaban la coca destinada sólo para los Incas; y por centro una segur de oro ó de piedra.

La religión que enseñó á su pueblo era muy sencilla: un Dios Supremo invisible, como Creador del Universo, el Sol como su primer criatura y de naturaleza infinita, ocupado en fomentar el mundo en beneficio de los hombres, y el Inca como hijo de este planeta, pero mortal, enviado para instruirles y hacerles felices. Mandó fabricar en el Cuzco un templo consagrado al Sol que llamaba "Coricancha"; instituyó un Sumo Sacerdote de la sangre real, que se denominó "Villacumu"; y siendo la imagen una naturaleza tan pura, sólo vírgenes debían de cuidar del templo y éstas igualmente de pertenecer á la sangre real, como emparentadas con el gran luminar. Como la generación en su mujer Mama Oello, no podía producir suficiente número de vestales, tomó otras mujeres de rango inferior á la legítima, que llamaba "Mama-Cunas", dando á entender que eran mujeres sólo para ser madres: así logró establecer sus instituciones.

Para el gobierno civil nombró Curacas, elegidos no por intrigas ni caprichos, sino buscando la mayor honradez y aptitudes para el mando; y para que fuesen más respetados les señaló el señorío de los pueblos que gobernaban.

Todas las leyes eran conformes á la natural, fundadas en adorar al Sol, amándole como imagen de Dios, y á sus prójimos como á sí mismo; imponiendo penas corporales contra el adulterio, homicidio y hurto.

Con leyes tan justas, ejemplo tan puro, gobierno tan patriarcal y clima favorable, en el corto reinado de medio siglo, dejó Manco Capac fundada una capital, provincias bien administradas, pueblos bien gobernados, y templos aunque idólatras, libres de barbarie, de sangrientas inmolaciones y de groseras ceremonias. Cargado de años y próximo á morir, conoció estaba concluída su misión: hizo reunir á sus hijos y parientes y comunicándoles que su padre, el Sol, le llamaba á descansar, encargóles que con todo celo y puntualidad guardasen las leyes que les había dado y obedeciesen á su primogénito Sinchi-Roca, que instituyó por heredero.

Tal fué la vida y el fin de este extraordinario personaje, que merece con justicia un lugar muy distinguido entre los bienhechores del género humano.

Murió en el año 1107 llorado de todos sus pueblos y embalsamado su cuerpo le honraron con muchos sacrificios, venerándolo como descendido del cielo.

HISTORIA DE LOS INCAS.

LA VISIÓN DEL LAGO.

EN LAS SIERRAS DE CÓRDOBA

.....

La contemplación de este mar cautivo entre sus propias murallas tiene la magia evocadora de las clásicas construcciones del arte antiguo, en cuyos fragmentos sobrevivientes, la savia detenida hace siglos parece emprender de nuevo su agitada circulación. Así el espíritu renueva el proceso de la vida, del combate y de la muerte que lo precedieron, y ahora, identificado con las propias obras de la naturaleza, sus aguas parecen no haber gozado jamás de la libertad; el muro que lo aherroja surge como brotado

de la misma gestación plutónica que engendrara la montaña, y las faldas, abismos y selvas circunvecinas se difunden cual los compañeros seculares de su regia soledad y de su imperial dominio, la música accidentada, intermitente y bárbara de las corrientes primitivas se ha cambiado en colosal acorde de cascadas, como de órganos gigantes oídos á distancia; y el grandioso rumor, al sumergir entre sus odas toda el alma y los sentidos del espectador, le habla, le pinta, le despliega y le precipita en sucesión vertiginosa la historia viviente de la tierra, del hombre, de la razón y de la poesía.

De pie sobre una roca, enfrente del muro gigantesco, por cuyo dorso desbordan las aguas en alegre y blanca difusión de espumas al caer en el lecho pedregoso del antiguo cauce; absorbido y como devorado por una nirvana invencible, que venía de la escena, del cielo y del inmenso fragor del agua despeñada, mi pensamiento se lanzó sin guía en rumbo caprichoso; y después de reconstituír el pasado — la juventud con sus agitaciones, la lucha intensa y sin historia, el dolor, la esperanza, los sueños y sus desvanecimientos, y luego la absorción de la persona íntima en ese mar ilimitado de la acción pública — sujeta su velo en la tierra común, en el hogar de todos, en la patria carísima.

.....

Después de una ráfaga de viento, una sístole repentina del corazón inmenso de la montaña trae la sensación deliciosa de la quietud, de la calma, del sueño tranquilo, de la más íntima realidad, de un silencio que asalta y sorprende como si tuviese manos de rosa para velar la mirada y despertar la sensación del ambiente... El pensamiento ha variado el rumbo de sus alas, y una ráfaga de polvo de agua fresca y olorosa, besa la sien, restablece la visión, serena los latidos y despierta una sonrisa, que es un poema de vida.

Hay rumores diferentes en torno, sonoridades metálicas de fragua y de yunque, carreras isocrónicas de motores y

volantes, nieblas de humo negro que se condensan y se disipan al punto, lanzadas por chimeneas en movimiento, y allá abajo, y entre la sucesión interminable de cumbres descendentes, como halcón fugitivo, la locomotora aparece de súbito, se esconde, asoma de nuevo, gira, se sumerge, da un grito de alarma, arroja humo á la boca de la gruta ó entre el ramaje espeso de los nidos, para decir á las unas que conoce sus leyendas y á los otros que no ignora sus secretos; se queja de pronto de fatiga, ruge de coraje, canta, amenaza, silba y va prodigando la alegría y el ánimo, el contento, la energía en todas las cosas y en todos los corazones, cual si anunciase al mundo nuevo el advenimiento de una nueva alma: el alma de la máquina, el alma de la ciencia, el alma perfecta del hombre, resurgida, purificada, libertada, para venir á cantar la última victoria, la paz de los pueblos, la paz de la humanidad en el consorcio definitivo de la ciencia y del ideal, del amor y del interés, y en la caridad suprema que resplandece en el seno de la estrella mística.

.....

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

AIRE LÍQUIDO.

El aire, ese alimento nómada, especialmente ávido de libertad, ha sido avasallado, y lo curioso del caso es que en su estado de esclavitud adquiere un poder maravilloso, una fuerza extraordinaria.

La ciencia, cuyo progreso empezaba á discutirse, ya ha tomado estupendos desquites, y es en el cuerpo más difundido en la naturaleza donde quiso buscar una prueba de su nueva potencia.

Reducir el aire que respiramos á un líquido claro y límpido, que se evapORIZA hasta sobre el hielo, congela el alcohol y hace estrellar el más duro acero, tal es el extraño resultado que obtiene en Nueva York su audaz inventor, llamado Carlos Tripler. Y ese líquido, tan prodigioso en sus diferentes aplicaciones, puede transportarse en una simple caja de hojalata, como vulgar sardina ó perdiz esca-bechada.

Hace apenas treinta años, sólo se conocía el aire por su forma gaseosa, si bien varios sabios trataron de licuarlo, sometiéndolo á la acción de los más grandes fríos entonces conocidos. Todo fué inútil.

En 1877 Raúl Pictet sometió el oxígeno á una fuerte presión combinada á un frío intenso; no obtuvo más que unas gotas de un líquido azulado que hirvió con violencia y se evaporó al cabo de algunos segundos. Con esto se dió el primer paso y el problema estaba resuelto. Quince años más tarde, Alzenski llegaba á licuar el hidrógeno, y Dewar, un sabio inglés, obtuvo por fin, en las regiones polares, una pequeña cantidad de aire líquido, en forma de "nieve de aire". La onza (31 gramos) de ese líquido llegaba á costar 15.000 francos. Después que transcurrieron algunos años podíase conseguir un litro de él por el precio de 5.000 francos. Hoy Mr. Tripler asegura poder entregar su aire líquido al comercio por el precio de un franco el galón. (4 litros y medio).

La máquina de comprimir el aire, empleada por el sabio norteamericano, sólo tiene una fuerza de cincuenta caballos. Un ancho tubo, cubierto con telas y cuerdas, colocado á la altura de un hombre y provisto de una canilla de la que surge el aire líquido, es el único aparato que deja advertir el potente trabajo de la máquina.

El aire líquido se maneja con extrema facilidad; una simple cacerola basta para contenerlo, y se le transporta muy fácilmente en recipientes de hojalata, de dobles pa-

redes, entre las cuales se vierte agua á fin de protegerlo un tanto del calor. Puede viajar así, sin dar lugar á ningún temor, con tal que no esté herméticamente cerrado, pues un metro cúbico de él contiene efectivamente 800 metros cúbicos de aire á presión normal, y es casi imposible detener su fuerza expansiva.

Muy numerosas son las propiedades del aire líquido, y los usos que se pueden hacer de él son totalmente imprevisitos, y tan maravillosos, que la mente del observador se pierde en conjeturas.

Tiene la misma densidad y transparencia que el agua; pero, si se le deja expuesto al aire, se cubre de vapores plomizos, y rueda en bolillas como el mercurio cuando se le deja caer al suelo.

Aparte del hidrógeno líquido, ningún otro cuerpo es tan frío como el aire líquido; puédesse sin temor sumergir en él la mano, pero á condición de retirarla inmediatamente. Algunas gotas colocadas sobre la piel, cauterizan la carne como lo haría un hierro candente, y sin embargo no la queman. Esta propiedad puede hacer que se le emplee con éxito en los casos quirúrgicos, en los que la cauterización es necesaria. Carcome la carne con más rapidez y con menor dolor que el ácido nítrico ó la potasa cáustica. Dícese que un gran médico de Nueva York pudo cauterizar y curar un cáncer peligroso con aplicaciones de aire líquido. Por otra parte es el más barato de los cauterios.

Difícil es concebir el grado de frío que tiene el aire líquido. Si se llena, por ejemplo, hasta la mitad, una tetera y se la coloca sobre un pedazo de hielo, hierve con fuerza y se evapora en seguida.

El alcohol cuya congelación sólo se produce abajo de 110 grados y que se emplea para los termómetros de baja temperatura no puede marcar la del aire líquido. Una taza de éste, vertida en un recipiente que contenga alcohol, lo hace hervir primero, y luego, después de algunos minutos,

el alcohol se pone espeso como jarabe, y concluye por endurecerse como un caramelo. El mercurio se congela y se pone duro como granito.

La acción del aire líquido es aun más curiosa sobre otros metales. El hierro y el acero que se sumergen en él, se vuelven frágiles como el vidrio. Una caja de estaño que haya contenido aire líquido, se estrella en mil pedazos, si se le deja caer en el suelo. El cobre, el oro y todos los metales preciosos, se ponen blandos y maleables, al punto que se les puede aplastar con los dedos.

Un huevo de gallina sumergido en el aire líquido adquiere tal dureza, que sólo se le puede romper con un martillo: la clara toma una apariencia cristalina y la dureza del cuarzo. Llegará el tiempo, dice Mr. Tripler, en que cada casa de comercio, cada mercado, cada hospital, cada hotel, poseerá su máquina para licuar el aire. El gasto de instalación es mínimo y el aparato no ocupa más lugar que el de una máquina ordinaria de fabricar hielo. Dentro de diez años, los clientes de los hoteles pedirán aposentos frescos, durante el verano, del mismo modo que ahora piden cuartos templados, durante el invierno.

¡Y cuán útil será el aire líquido en los hospitales!

Es, por de pronto, un aire absolutamente puro, que contiene, además, una cantidad proporcional de oxígeno, muy amplia, parecida á la del aire vivificador de las montañas. Desde luego, ya no tendrán los convalecientes que someterse al régimen del aire, en las grandes alturas: cada cual podrá hacerse servir en su casa, el ozono y la frescura necesarios. También es desinfectante el frío, y uno de los mejores antisépticos.

DE LA VALLEE.

LOS LECTORES.

Son naturalmente los que leen. — ¿Pero cómo leen? ¿De qué manera? ¿Por qué leen y qué buscan en la lectura? ¿Todos comprenden la misma lectura de un mismo modo? ¿Comprenden mucho, poco ó nada? Nosotros nos entregamos á ellos... y nos leen; pero ¿de qué modo?

El ocio, el aburrimiento, una especulación fracasada, una mala digestión, un callo, ó un dolor de dientes pesan sobre nuestro escrito, é influye todo ésto extraordinariamente para que á nuestro trabajo añadan ó disminuyan lágrimas, que una comedia se convierta en tragedia, un drama en farsa; nosotros hemos escrito llorando — y ellos leen riéndose ó viceversa. — Alguna vez se lee para engañar el tiempo: dos renglones y á la ventana: tres renglones y unas cuantas palabras y una ojeada al reloj: una página con el pensamiento dirigido, quizás, á dónde, y á quién: oyen tocar el timbre — tiran el libro... Se lee para conciliar el sueño — se lee por costumbre... se lee para pasar el tiempo — en una palabra, se lee por enriquecer el patrimonio de nuestros conocimientos ó por curiosidad ó por imitación ó por necesidad; y así los lectores pueden dividirse en seis distintas categorías:

- 1 El lector indiferente
- 2 » » distraído
- 3 » » ignorante
- 4 » » maligno
- 5 » » pedante
- 6 » » con prejuicios

El lector indiferente es el que lee por imitación, porque sabe que hay libros en el mundo, del mismo modo que va á Mar del Plata porque sabe que otros van: lee, sin interesarse siquiera del nombre del autor y del sujeto del libro.

El lector distraído es el que lee confundiendo el nombre de Dumas con el del más obscuro novelista, el nombre de Rovetta con el de la Serao ó el de Rubén Darío con el de Calandrelli. Lee á intervalos y olvida todo, preocupado sólo en querer concluir de leer.

El lector ignorante... es ignorante por defectos de instrucción, pero muchas veces recibe directamente este don de Dios, ha nacido con el octavo don del Espíritu Santo que es el de no comprender nada.

Sin embargo, quiere juzgar, quiere hablar de todo, de teología y de modas, de álgebra y de sentimientos. Dice disparates á montones, se oye decir y dar del *asno*; pero nada le hace salir de su olímpica serenidad.

El lector maligno es como la langosta saltona: fiscaliza las novedades, es un verdadero genio para descubrir los defectos de un libro, es el Colón de los defectos del prójimo... autor.

El lector pedante es mucho más honesto — es un desgraciado que se ha indigestado de gramática... para él la idea es nada.

El mundo camina porque se sostiene sobre sus adjetivos, progresa por medio de los verbos y si hay placeres en el mundo es porque existen los sustantivos.

Finalmente el lector con prejuicios... Es el secuaz de Carducci, de Zola, de Flaubert — que no ve, no siente, no juzga, no come, que no descansa sino en el nombre del ídolo. — Puede ser que tenga inteligencia, pero es una inteligencia ahogada en el fetichismo; puede tener una conciencia, pero es víctima del prejuicio. Del mismo modo que los que llevan anteojos color de humo que ven todo del mismo color del color de sus lentes, creen siempre de ver en el rayo de la verdad y son felices. Bienaventurado quien puede decir, leyendo un *elzevir*; así no se dice: se dice así... Pobre lengua! Dios, Dios en qué mundo vivimos... sería mejor morir más bien que ver el idioma nuestro en manos de tantos verdugos...

DONDE LAS DAN LAS TOMAN.

FÁBULA

Don Mauricio recogió las piernas, que había estirado á ambos lados del fogón, y luego de atizar su cigarrillo con la uña del pulgar, parsimoniosamente, exclamó, mirándome asombrado:

— Ah! Ah!... Usted no sabe la historia de la víbora y el tigre, y, sin embargo, es doctor?... ¿Qué será lo que sabe, entonces?... Dejuro qu'es de libros no más...

— Justamente, don Mauricio... de libros! Y sabe una cosa? Cada día me convenzo más de que no sé nada...

— Dejuro! Si pa enseñar cosas no hay mejor escuela que la vida... Oiga la historia y lo verá!

Y el viejo me refirió la extraña fábula, que él, á su vez, había oído de otros labios, allá en su mocedad.

Diz que un día una tormenta espantosa asoló la tierra. Volaron los ranchos de los hombres, los arroyos y los ríos se derramaron sobre el llano, inundando las cuevas más profundas, derribando los árboles más vigorosos y destruyendo los nidos más inaccesibles.

Los animales, aterrorizados, chapaleaban el barro líquido y trepaban sobre los troncos caídos, guareciéndose entre la hojarasca en promiscuidad con los reptiles y los pájaros, á quienes los peces burlaban, vengándose de las bromas de otros días, cuando la seca prolongada había hecho peligrar sus vidas en los arenales sedientos que crecían á medida que disminuían las probabilidades de salvación.

Cuando la tierra quedó transitable, el tigre, que se tenía por fuerte, echóse al campo á socorrer necesitados y á aliviar desgracias.

Cruzaba una isleta centenaria, que había sido descuajada casi en masa, cuando de repente hirió su oído una angustiada voz:

— Socorro!... Auxilio!... Una pobre señora está en peligro de muerte!

— Apresuró su paso, y bajo el pesado tronco de una palma caranday encontró un curiyú que, con tono quejumbroso, le refirió su desventura:

— Como sabe, compadre tigre, yo soy señora sola y muy temerosa de los truenos, hasta el punto de que todo es descomponerse el tiempo y ya me siento mala... En esta tormenta he sufrido lo que no puede imaginarse... Conforme paró el agua, salí á dar una vueltita, y de repente me sorprendió este árbol que se caía y que me apretó... Yo creo me ha roto algo!

Y la serpiente se retorció desesperada, lamentándose de carecer de fuerzas para libertarse, debido á su estado de extrema debilidad:

— También, no es para menos, compadre. Tres días sin probar bocado!

El tigre, compadecido, alzó el pesado tronco, y la serpiente, escapando de su prisión, se retiró para probar la integridad de su persona, y cuando se hubo cerciorado de no haber sufrido detrimento, se enroscó al cuerpo de su compadre y trató de ahogarlo con sus anillos.

El tigre, sorprendido rugía de rabia, declarando, que su comadre era una perfecta canalla, que en vez de darle las gracias por el servicio que le había prestado, trataba de sacrificarlo.

— Y sino?... Ya lo creo!... Donde hay hambre no hay poesía!

Un zorro que pasaba oyó la controversia y se acercó con curiosidad.

— Venga, amigo zorro — dijo la serpiente. — Si usted estuviese dos días sin comer y pasara á su alcance un buen bocado, usted lo desperdiciaría por consideraciones filosóficas más ó menos discutibles?

— Yo?... Cómo no!

— Pero, amigo zorro... oiga y verá! Esta señora estaba apretada por ese palo y pedía socorro, desesperada. Yo la oí y la ayudé y el pago que me da es el que usted está viendo.

— Claro!... Y cuál otro quiere que sea?... Los servicios se hacen completos, amigo, ó no se hacen.

— Eso es lo que yo digo — replicó la serpiente, — ó se hacen completos ó no se hacen: eso es hablar.

— Es una canallada — rugió el tigre, — pagar un favor con un mordisco!

— No tanto, no tanto... Yo se lo probaré. Vea, distinguida amiga, volvamos á poner las cosas como estaban á fin de juzgar mejor.

Y la serpiente, que era animada, evidentemente por un espíritu discutidor, se dejó arrebatarse por la persuasiva palabra del zorro, abandonó su presa y se dejó colocar encima el pesado tronco.

Cuando el zorro estuvo seguro de tenerla aprisionada, se colocó gravemente al lado del tigre, y exclamó:

— Vamos, compadre... y sepa que no conviene meterse á salvador de víboras... Cuando encuentre alguna en un aprieto, déjela donde está. Se ahorrará muchos disgustos!

JOSÉ S. ALVAREZ (FRAY MOCHO)

HONRANDO Á URQUIZA.

LO QUE HABRÍA HECHO EL GRAL. MITRE

ANÉCDOTA

Era á principio de Septiembre de 1861.

El ejército de Buenos Aires estaba preparado ya para ponerse en marcha hacia San Nicolás de los Arroyos, para combatir al general Urquiza, que con las fuerzas del ejército de la Confederación, se dirigía sobre la que es hoy

capital de la República, á fin de imponer por medio de las armas el cumplimiento de los pactos constitucionales establecidos anteriormente.

Era, á la sazón, gobernador de Buenos Aires y general en jefe de su ejército el general Bartolomé Mitre, y había en la población como puede explicarse sin esfuerzo, una efervescencia y una animadversión realmente tenaz contra el vencedor de Caseros.

Puede decirse que la mayor propaganda contra el general Urquiza, era fomentada por el diario *La Tribuna* que dirigían por aquel entonces Mariano y Héctor Varela. La redacción de aquel diario era un hervidero. Todos los enemigos natos, tradicionales ó modernos del general Urquiza se reunían allí, — en la famosa “cabrionera”, — con el propósito de secundar la propaganda de hostilidad en que estaban empeñados los Varela.

Figuraban entre los concurrentes asiduos á las reuniones de la *Cabrionera*, el poeta Mármol, Adolfo Alsina, Domingo F. Sarmiento, Estanislao del Campo y veinte más que no eran menos tenaces adversarios de Urquiza que ellos.

La *Cabrionera* resolvió un día invitar al general Mitre á una fiesta que en su honor se celebraría en *La Tribuna* con el fin ostensible de despedirle para la campaña que iba á emprender, pero con el propósito oculto de preguntarle qué haría con el general Urquiza, si llegaba á tomarle prisionero en el campo de batalla.

El general Mitre concurrió á la cita.

Estaría entre los suyos y no podía desairar tan gentil y cortés despedida. Era un anticipo que se hacía á sus éxitos futuros, y no era el caso de desdeñar esos prolegómenos de una gloria que contaba por segura.

Llegar, una noche, el general Mitre á la sala de redacción, acompañado de una parte de su brillante estado mayor, y caer sobre él una avalancha de admiradores, fué todo uno. Plácemes, felicitaciones anticipadas, muestras de

simpatía, deseos de victoria, votos de prosperidad, incitaciones patrióticas, todo cayó sobre el general Mitre en amable torneo de complacencia. El futuro presidente constitucional de la república recibía entre sonrisas y apretones de manos todas aquellas manifestaciones de cariño que estimaba sinceras, y por lo mismo que venían de sus más ardientes y decididos partidarios.

Poco á poco la reunión fué raleando, porque todas las cosas de la vida tienen un origen y un término. Cuando sólo quedaron los íntimos, los influyentes de la política, los que tenían el derecho de investigar los pensamientos secretos del general Mitre, la rueda se hizo más estrecha, y el cerco más apretado, de tal manera que se podía hablar con absoluta confianza y abordar de frente el tema.

— General, dijo el poeta Mármol, ya está usted con el pie en el estribo para ir á combatir á Urquiza, y no hay para que afirmarle que deseamos regrese usted cargado con los laureles de la victoria. Pero quisiéramos hacerle una pregunta categórica y aspiramos también á que nos conteste categóricamente: — ¿qué hará usted con el general Urquiza si llega á tomarle prisionero en el campo de batalla?

El general Mitre guardó silencio por un instante.

¿Le fusilará usted?... dijo otro, como avanzando su opinión.

¿Le desterrará?... agregó un tercero, lleno de ansiedad.

— Oh! lo que menos merece es que sea fusilado! murmuró alguien entre dientes.

— Fusilado, no, dijo un cuarto; pero sí castigado severamente, como se merece, por su osadía.....

El general Mitre continuaba silencioso. Una vaga sonrisa se dibujaba en sus labios, como si quisiera significar que ninguno acertaba con su pensamiento.

— Sí, seguramente, lo fusilará usted, exclamó uno de tantos, como si quisiera dar por terminada la consulta; ¡ya

lo creo que lo fusilará! ¿no es cierto, general, que lo fusila si lo llega á tomar prisionero?

El general Mitre dejó caer lentamente entre los miembros asombrados de esa asamblea íntima y terrible, estas palabras:

— Si yo tuviera la felicidad de triunfar y de tomar prisionero al vencedor de Caseros, le colocaría á mi derecha, mandaríá batir marcha regular y le haría revistar, junto conmigo, al ejército victorioso!...

El general Mitre hacía justicia al organizador de la nacionalidad argentina.

MIGUEL M. RUIZ.

LA MUERTE DEL CHACHO.

El año 1869 fué fecundo para la Rioja en gobernadores; Buenos Aires también en otra época tuvo hasta tres en un día. Estos eran lógicos y perfectamente explicables en aquella época anárquica que se conoce en la historia con el nombre del año XX.

En el año referido esta provincia había tenido seis gobernadores: don Juan Bernardo Carrizo, don Natal Luna, el coronel don José Miguel Arredondo, don Manuel V. Bustos, el coronel Felipe Varela y don Francisco Alvarez.

Gobernador este último cuando tuvo lugar el suceso que vamos á narrar:

Se sabía que fuerzas nacionales encabezadas por el general Arredondo andaban de una parte á otra del territorio en persecución del general don Angel Vicente Peñaloza, considerado como un rebelde, levantado en armas contra las primeras autoridades del país.

El día once de Noviembre se notó un movimiento inusitado en la ciudad: el gobierno mandaba *chasques* á todas

partes. Para los habitantes acostumbrados á todas las zozobras é inquietudes de un pueblo en constante lucha, aquella era señal evidente de que alguno de los caudillos temibles de la época, estaba á las puertas de la ciudad pidiendo — nuevo Atila á las puertas de Roma — que se le entregaran las vidas y haciendas ya que no podía exigir oro como el terrible jefe de los hunos.

Todos ignoraban lo que ciertamente acaecía, hasta que un rumor corrió entre las filas del pueblo, de que una partida de soldados se dirigía á Olta, residencia en aquella circunstancia del Chacho. Agregábase que debía librarse una fiera batalla. El general Peñaloza no había perdido su prestigio en el pueblo, en cuyas filas tenía partidarios decididos que se habrían hecho matar por defenderle, como ya lo había probado en cien combates. Era natural, pues, que el rumor que circulaba avivara la curiosidad de unos y despertara sentimientos de temor en otros.

El general Peñaloza solía pasar largas temporadas en la capital, y la casa en que solía habitar, situada en la calle Constitución, se conservaba en su primitivo aspecto. En el patio de la referida casa se ve el algarrobo á cuya sombra acostumbraba pasar largas horas de la siesta; allí departía con sus viejos amigos y los paisanos pobres que venían desde lejos á pedirle protección y amparo.

Allí, entre copa y copa de *aloja*, el Chacho juzgaba los hombres y las cosas con su criterio de gaucho astuto, y disponía, cada vez que en sus *altos juicios* lo creía conveniente, que se le entregara el gobierno para llevar á él personas que le ayudaran á hacer la felicidad de sus muchachos.

Pero no nos desviemos del curso de los acontecimientos.

Las fuerzas que se dirigían á Olta en persecución del Chacho iban comandadas por el entonces capitán y hoy coronel don Ricardo Vera. El Chacho fué sorprendido. Algunos dicen que pudo haber huído pero que hallábase

cansado y que su pensamiento era abandonar la vida de correrías que hasta entonces había llevado y pasar tranquilamente los últimos años de una existencia tan agitada y azarosa.

En momentos en que los soldados llegaban, su escolta se hallaba diseminada por la ciudad y cuenta un testigo presencial que las lanzas de sus muchachos veíanse apoyadas en las paredes de la casa.

El viejo caudillo estaba tomando mate, que le cebaba su mujer, una llanista de alma avezada á los peligros, que á todas partes le seguía. Entre las muchas versiones que corren sobre el hecho nos atenemos á los datos que hemos recogido personalmente de los que tomaron parte ó fueron testigos de aquella escena.

La partida á que nos hemos referido, había sido destacada de las fuerzas que mandaba el entonces coronel Arredondo en San Juan.

Varios gauchos que tomaron prisioneros durante la noche denunciaron la residencia del caudillo.

El Chacho para guarecerse de la lluvia habíase refugiado debajo de un galpón. Al verle el capitán Vera le intimó rendición.

Estoy rendido, dijo por primera vez en su vida el viejo merodeador de los Llanos, azote de los gobiernos de la época — y sacando de entre las ropas de la cama una daga, alcanzóla al capitán, acompañando el ademán con estas palabras: “no tengo más armas”. Se le pusieron dos centinelas de vista al mismo tiempo que se le encerraba en una pieza con sus oficiales. Entretanto dirigíase un chasque al mayor Irrazábal, que se hallaba muy cerca, dándole cuenta de aquel hecho, que según se asevera, quizá falsamente, tanto debía regocijar á Sarmiento.

Aquel militar que odiaba al Chacho recibió la nueva con el placer con que puede imaginarse el lector, y poco tiempo después se puso en Olta matando caballos.

Entró apresuradamente en la casa y sin saludar, con visibles muestras de la agitación que le dominaba preguntó ¿quién es el Chacho? El capitán Vera se lo indicó, y al verle con las manos libres dijo: ¿por qué tienen así ese malvado? Amárrenlo. A lo que repuso el Chacho: "no necesito ser amarrado señor".

La contestación tranquila de aquel hombre que jamás había conocido el peligro ni el predominio de nadie sobre su espíritu, dejaba entrever quizá que su prisión en mucha parte debíase á su voluntad. ¿Qué le hubiera impedido huír ó resistir á la partida del capitán Vera? Como ya lo hemos manifestado hallábase viejo y fatigado de sus campañas. El que se había burlado de los jefes de la Nación, desde Sandes el valiente hasta Arredondo el esforzado, no se hubiera dejado aprehender sin pelear buena batalla, si así hubiera sido su voluntad. Confiaba en el capitán Vera, pero no había pensado en que Irrazábal le odiaba y venía con instrucciones reservadas desde San Juan. Irrazábal se propuso ser juez y verdugo sin dar tiempo al reo para que dirigiera una sola palabra á su mujer y á su hijo que iban á presenciar el asesinato del esposo y del padre.

Hízole tomar por dos soldados que le sujetaron fuertemente de los brazos, codo con codo, y en esta posición, descubierto el pecho, sepultóle en las entrañas una lanza que blandía en la mano.

Allí cayó como cae un cuerpo muerto, según la expresión del poeta florentino. Y sobre ese cuerpo exánime cayeron los soldados, á una indicación del jefe y le hicieron fuego para hacer desaparecer, si quedaba, el último resto de vida.

Y aun así no quedó satisfecha la sed que tenía el mayor Irrazábal de la sangre de aquel hombre. Fué necesario que le cortaran la cabeza y la enarbolaran sobre una pica en la plaza de Olta. Después del crimen, la afrenta...

DE "LA REVISTA DE LA BIBLIOTECA".

UN CUERPO MARAVILLOSO.

EL RADIO

En 1896 el físico Enrique Becquerel, nieto del sábio de aquel nombre, estudiando la fosforescencia de los cuerpos, descubrió este extraño metal y algunas de sus maravillosas propiedades. Desde entonces M. y Mme. Pierre Curié, principalmente y otras eminencias científicas, se consagraron á estudiarlo encontrando en él una fuente constante de energía y de luz en proporciones tales, que la ciencia moderna, en sus audaces investigaciones, no podía presentir siquiera.

La materia que sirviera para el descubrimiento había sido extraída de unas minas de barro que se explotan en Bohemia, de propiedad del estado; mineral denominado *pechblende* y del cual se necesitaron 10.000 kilógramos para producir, después de minuciosos tratamientos, uno ó dos gramos de radio, cuyo costo actualmente es de 150.000 francos el gramo, habiéndose agotado la maravillosa veta sin dar mayor cantidad que la consignada; afortunadamente, hanse encontrado recientemente otras, en Cornwall y en Sajonia.

La nueva sustancia posee la misteriosa propiedad de emitir rayos de luz y energía, por su propia naturaleza, sin la acción de agentes externos y sin desgaste ó agotamiento, al menos sensibles, y con energía tan intensa y de un poder tal, que la razón no alcanza á concebir. Baste decir que según el sabio Rutherford que lo ha experimentado, *un gramo* de radio emitiría durante *su vida* una fuerza de *seis millones* de caballos de vapor, fuerza suficiente para transportar toda la flota inglesa á la cumbre del Monte Blanco.

Esas irradiaciones producen, por otro parte, los efectos más extraños: son espontáneamente luminosas; desarrollan la electricidad; impresionan las placas fotográficas y atra-

viesan los cuerpos opacos. Ejercen sobre los seres animados una influencia muy marcada; y, en fin, comunican por inducción sus propiedades á los cuerpos con los cuales se hallan en contacto; y todo esto de una manera incontrastable.

Su acción psicológica es igualmente enérgica. Cuenta Becquerel que una sal de radio, una mínima parte que en cierta ocasión puso en su bolsillo, en un frasco de vidrio, grueso y bien acondicionado, le produjo una escara y luego una llaga que tardó algunos meses en curar. Esta propiedad se ha utilizado ya, con éxito, en el tratamiento del lupus y del cáncer y será pronto ensayada en forma de inhalaciones en los casos de enfermedades pulmonares. (*tisis*)

Encerrada la sal en una caja opaca, provoca una viva sensación de luz cuando se acerca á los ojos, aun con los párpados cerrados. Entonces todos los medios ópticos del ojo se hacen instantáneamente fosforescentes y el mismo ojo ilumina la retina.

Proyectados sobre los centros nerviosos, los rayos del radio provocan la parálisis y la muerte.

Como los rayos X, permiten mirar á través de los cuerpos opacos y analizar el misterioso funcionamiento de los órganos del interior de un cuerpo lleno de vida, pero con una intensidad millones de veces mayor que la de aquéllos.

En suma, todo es asombroso, enigmático, perturbador es este cuerpo extraordinario.

Curié, estudiando tanta energía de acción, dice, que no se atrevería á penetrar en un local donde hubiese una libra de radio porque "perdería seguramente la vista, á menos que no sucumbiera á la inmediata destrucción de su epidermis".

Estos ligeros datos bastarán para darse cuenta de que la forma de experimentar una transformación fundamental, cuyas consecuencias es imposible de calcular ahora, pero que no tardarán en realizarse.

El problema, que se presenta, de que cada individuo puede tener en su propia casa, encerrada en un tubo de

vidrio, la fuente de calor y de luz que necesita para su uso ¿no estará ya resuelto? Así á lo menos lo creen y lo esperan los sabios, sin poder por el momento afirmarlo.

PROF. D'ARGONAL.

MANCHAS DE COLOR.

LA HERMOSURA

Aquella delicada rosa blanca había florecido al borde del lago de transparentes aguas, donde bajan, de noche, á bañarse las estrellas.....

— Parece que no es Vd. feliz, dijo un día á la flor una náyade de ojos verdes y áureos cabellos, al notar su palidez.

— Verdad, contestó la rosa, exhalando un suspiro.

— ¡Vamos!... apuesto á que está Vd. enamorada.

— ¿A qué ocultarlo? Amo á un blanco lucero que viene á rondar todas las noches estrelladas mi rosal, sin que se atreva á posarse en mis pétalos.....

— ¿Un lucero? ¿no será un cocuyo?

— No es un cocuyo, señora náyade, sino un lucero muy hermoso desprendido de esa constelación que como sarta de fúlgidos diamantes, vemos brillar en la negra cabellera de la noche... ¡Ay de mí! ¡Y no poder decirle que le amo; sin duda está enamorado de otra flor y esa sospecha me hace sufrir mucho...! No ve Vd. que descolorida estoy?

— No comprendo, siendo Vd. tan hermosa, cómo es tan desgraciada.

— ¿No ha leído Vd. á la Coronado?

— No leo nunca.

— Pues esa señora dice que es una desdicha nacer hermosa, y tiene razón. Para la hermosa se han tejido, con sutilísimas hebras de luz, las redes de la seducción y del engaño; para ella aguza en las sombras su puñal la envidia; todas las desdichadas que arrastran sus blancas alas de

ángel por el fango son hermosas. En este mismo campo habrá visto Vd. perseguir á las mariposas más lindas, para ser atravesadas con agudos alfileres de oro, expiando así el delito de haber nacido hermosas. Yo misma presiento mi próximo fin en regio búcaro, lejos de mi rosal amado... ¡Pero eso es terrible!

— No lo sabe Vd. bien, señora náyade; en la hermosura es en lo que se ceba más la maledicencia. Todo ese ejército de alados insectos y brillantes uniformes que me corteja desde que nace la aurora hasta que muere el sol, se venga de mis desdenes, calumniándome y vanagloriándose de favores no concedidos. Esas campánulas azules que crecen junto al rosal, me llaman orgullosa y fatua, porque las ofende mi hermosura; la brisa me trae sus cuchicheos y más de una vez he deseado morir al verme objeto de sus crueles mofas.....

— Pues la compadezco á Vd. dijo la náyade, acariciando á la flor.

— Gracias..... ¡Ah! créame Vd., la hermosura es una verdadera desdicha.

— Y no tiene esperanza de que por fin el lucero...?

— Ya he dicho á Vd. que no tardaré en ser arrancada del tallo para consumirme en dorado búcaro... ¡si al menos me dejen morir en mi rosal, envuelta en rayos de sol! Pero soy demasiado hermosa para que tengan lástima de mí. Confíese Vd., señora náyade, que la Coronado tiene razón. También para la mujer es una desdicha nacer bella.

Dios, en sus inexcrutables designos, ha querido que las rosas fuéramos la imagen fiel de la hermosura femenina..

— ¿Por qué? preguntó sorprendido la náyade.

— Porque como ella, en el palacio ó en la choza vivimos rodeadas de espinas en el rosal.

CASIMIRO PRIETO.

SEGUNDA PARTE

VERSOS

LOS HOMBRES Y LAS OLAS.

Forman del mar el estruendo
perpetuamente rodando,
las olas que van, cantando,
y las que vienen, gimiendo.

Y así, en progresión constante.
del mundo forman el ruido
lloros de recién nacido
y salmos de agonizante.

Sin que en concierto profundo,
nunca lleguen á variar,
el movimiento del mar,
ni la rotación del mundo.

En mi mente alentadora
una duda se levanta,
el que se va, ¿qué bien canta?
el que viene, ¿qué mal llora?

¿Qué significación tienen,
qué influencia ejercerán
olas que vienen y van,
hombres que van y que vienen?

¿A qué llegan y por qué?
¿para qué se van y adonde?
todo á mi razón se esconde,
y esto solo es lo que sé:

Que olas y hombres viniendo,
hombres y olas marchando,
al marchar parten cantando,
y al venir llegan gimiendo.

JOSÉ SELGAS.

QUÉ ES UN ÁRBOL.

Un árbol es una fuente
De inagotable caudal,
Un organismo viviente
Que purifica el ambiente
De la vida universal.

Un árbol es una historia,
Es un símbolo, un emblema
De la muerte ó la victoria,
Del amor ó de la gloria;
Un árbol ¡es un poema!

¡Cuántas veces recordamos
Alguna ilusión querida,
Los tiempos que atrás dejamos,
Por algún árbol que hallamos
En la senda de la vida!

¡Cuántas veces nuestra idea
Reproduce lo que fuimos
De muchachos en la aldea,
Por el árbol que sombrea
La casa donde nacimos!

Hay entre ramas y flores
De un árbol, muchos encantos:
Hay pajaritos cantores
Con sus nidos, sus amores,
Sus arrullos y sus cantos.

Fiel y solitario amigo
Del honrado labrador,
Le da su sombra y su abrigo.
Y es el único testigo
Que presencia su labor.

El que le ofrece en sus penas
Bajo sus ramas reposo:
Y allá en las tardes serenas,
Para premiar sus faenas,
Le brinda el fruto sabroso.

Rinde su tallo á la fuerte
Vibración del hacha dura
Y de aquella mole inerte,
De aquel tronco de la muerte,
Labra al Arte una escultura.

Cuando el Creador, la evidencia
Del filial respeto quiso,
Puso, por ley de obediencia,
Un árbol, el de la Ciencia,
En medio del Paraíso.

Cuando la traición insana
Vence al hombre y la malicia,
Le alza la conciencia humana
Una estatua soberana
Al árbol de la Justicia.

Cuando obtienen la victoria
Derecho, Ley, Igualdad,

Cantan la Musa y la Historia
En el templo de la Gloria,
Al árbol de Libertad.

Canta, pues, ¡oh! patria mía.
De los árboles los dones,
Canta, como cantaría
Un ave, al rayar el día,
Sus dulcísimas canciones.

De la paz el árbol santo
Arraigue, patria, en tu tierra,
Con amor y con encanto.....!
¡Nunca tu sangre y tu llanto
Dés al árbol de la guerra!

FELIPE JANER.

LA REVOLUCIÓN DEL SUD.

Á BUENOS AIRES

“El cuello atado á la servil cadena
Del tirano postrándose á los pies,
Buenos Aires esclava y miserable
Ya no es el pueblo de ochocientos diez”.

¡Oh patria! así decían y entretanto
Tú oías esas voces con desdén,
Esperando mostrar con grandes hechos
Que eras el pueblo de ochocientos diez.

La vista al suelo con dolor bajabas,
Pero en tu corazón había fe,
Y ardiente por tus venas aún corría
La sangre pura de ochocientos diez.

Y de repente, cuál gigante inmenso
A quién dormido ataran al cordel,
Despertaste rompiendo tus cadenas
Como en el día de ochocientos diez.

“¿Quién alza el grito?” preguntó el tirano,
Y trueno sordo retumbó á sus pies,
Y la corneta contestó en la Pampa:
“Yo soy el pueblo de ochocientos diez!”

Fuiste vencida, cara patria mía,
Tus legiones sufrieron un revés,
Pero nadie dirá que no caíste
Como los héroes de ochocientos diez.

No lo dirán.... ¡cobardes!.... las espaldas
Muestre lanceadas argentino infiel:
Nobles heridas muestren en el pecho
Los descendientes de ochocientos diez.

En sus lanzas filosas levantaron
Los sicarios del déspota cruel
Del inmortal Castelli la cabeza,
Del hijo noble de ochocientos diez.

De la sangre del mártir de la Patria
De cada gota un héroe ha de nacer,
Sangre fecunda, como fué fecunda
La de los muertos de ochocientos diez.

Tus nobles hijos al mirar su busto
Del polvo alzarón su humillada sien,
Y levantaron con robustos hombros
El ara eterna de ochocientos diez.

“¡Venganza al pueblo!” prorrumpieron todos
“¡Palmas al mártir que murió con fe!”

¡Gloria al que caiga en medio del combate
¡Gloria á los hijos de ochocientos diez!"

Se vió agitar del mártir la cabeza,
Y su ojo frío se volvió á encender,
Y desatado el labio á la palabra,
Clamó: "Sois hijos de ochocientos diez!"

BARTOLOMÉ MITRE.

EL TRABAJO.

El trabajo es honor y dignifica
al que le rinde culto;
él es la fuerza que robusta entrafía
todo el poder que vigoriza al mundo.

El alma del progreso es el trabajo;
sin él, los pueblos, como errantes parias,
vagarían en busca de la gloria
que es patrimonio de la fe cristiana.

Eterna fuente de grandiosos triunfos
ofrece la labor que no deshonra.
¿El hombre es digno de llamarse hombre,
si ama el taller y á la molición odia!

Sublime dualidad la que nos brinda
la escuela y el taller; es la que eleva
el pensamiento á Dios, y nos dirige
por las rutas del arte y de la ciencia.

¡La escuela y el taller! Es la palanca
de fuerza que robustas van unidas
á celebrar las glorias del futuro
y del progreso la inmortal conquista.

Y en ese mar de torvas ambiciones
donde naufraga la virtud del bueno,

levantará su enseña de concordia
el soldado del bien — ¡el noble obrero!

Y no será la paz una bandera
mecida por las sórdidas pasiones,
la sostendrán los héroes de la blusa
sin mezquino interés y sin rencores.

Y no ha de ser la libertad la frase
esculpida en el alma destructora,
ella será la antorcha de luz viva
que alejará del mundo toda sombra.

La democracia brindará á los pueblos
de la igualdad el bendecido fruto;
la dicha del taller será la gloria
que entregarán los hombres al futuro.

Y, patria sin frontera, será el Orbe,
el amor de Jesús su sola enseña,
no existirán esclavos ni mendigos,
ni señores, ni hambrientos, ni miseria!

¡Levanta, juventud, esa divisa
de progreso grandioso, y de fe pura!
¡Avanza al porvenir! es el Trabajo
en los pueblos viriles, la fortuna!

Luchemos, con amor, contra la guerra
inculcando en los pueblos la concordia,
con la elocuente fe de nuestro Mártir,
del ara de mi Dios, eterna gloria!

Luchemos, con amor, la causa es santa,
la tierra nos ofrece su escenario;
no se vence tan sólo con quitarle
la vida á los que son nuestros hermanos!

Y luzca, tras la noche que adormece
nuestras almas en suave somnolencia,
la aurora de los triunfos inmortales
al ser de todos por igual la tierra!

No más rencores que fomente el vicio,
á vivir del trabajo que ennoblece.
¡Troquemos los cañones en arados,
y los cuarteles de armas en talleres!

LUIS MARTÍNEZ MARCOS.

LOS NAÚFRAGOS DEL MUNDO.

¿No los véis, con los ojos sepultados
En sus órbitas negras,
Como abismo de luz que resplandecen
En noches de tinieblas?

¿No lo véis, derramando en la mirada
Su agitación suprema,
La agitación del náufrago que siente
La ola que se acerca?

¡Ahí están: son los náufragos del mundo
Batidos por las penas,
Que han caído en el mar de la desgracia,
Ese mar sin riberas!

Luchan solos, asidos á la tabla
De una esperanza incierta
Que á sus almas sostiene en el combate,
Y es tal vez la postrera.

En el pálido mármol de sus frentes
La sombra se proyecta
De un pensamiento, como negro lazo
Que los ata á la tierra:

El recuerdo querido y doloroso
De la mansión materna
De ese cielo tranquilo cuyos astros
No apagó la tormenta;

De ese cielo que vive en la memoria
Como Dios en la idea;
Donde se vuelve el alma del que sufre
Y al que tal vez no vuelva.

¡Ah! mirad como clavan sus pupilas
En la extensión desierta,
Buscando algunos ojos que los suyos
Sus sufrimientos lean.

Buscando algunos labios que contesten
Á sus súplicas tiernas,
Un corazón buscando que el idioma
Del infortunio sepa.

¡Pero en vano, que el monstruo de la tumba
Sólo escucha sus quejas
Dilatando su boca inmensurable
De humana carne, hambriento!

¡Están solos; la ola del destino
Se levanta tremenda,
Y al descargar el golpe de la muerte,
Se rompen sus cabezas!

¿No los véis? Son los náufragos del mundo
Batidos por las penas,
Que han caído en el mar de la desgracia,
¡Ese mar sin riberas!

GERVASIO MÉNDEZ.

LAS DOS LINTERNAS.

I

De Diógenes compré un día
la linterna á un mercader;
distan la suya y la mía
cuanto hay de ser á no ser.

Blanca la mía parece,
la suya parece negra;
la de él todo lo entristece.
la mía todo lo alegra.

Y es que en el mundo traidor
nada hay verdad ni mentira:
todo es según el color
del cristal con que se mira.

II

— Con mi linterna — él decía —
no hallo un hombre entre los seres.
¡Y yo, que hallo con la mía
hombres hasta en las mujeres!

El llamó siempre impacable,
fe y virtud teniendo en poco,
á Alejandro, un miserable,
y el gran Sócrates, un loco.

Y yo, ¡crédulo!, entretanto,
cuando mi linterna empleo,
miro aquí y encuentro un *santo*;
mira allá, y un *mártir* veo.

¡Sí!; mientras la multitud
sacrifica con paciencia

la dicha por la virtud,
y por la fe la existencia.

Para él virtud fué simpleza;
el más puro amor, escoria;
vana ilusión la grandeza,
y una necedad la gloria.

¡Diógenes!, mientras tu celo
sólo encuentra por fortuna,
en Esparta algún *chicuelo*.
y hombres en parte, ninguna,

Yo te juro por mi nombre
que, con sufrir al nacer,
es un héroe cualquier hombre,
y un ángel toda mujer.

III

Como al revés contemplamos
yo y él las obras de Dios
Diógenes ó yo engañamos.
¿Cuál mentirá de los dos?

¿Quién es, en pintar, más fiel,
las obras que Dios crió?
El cinismo dirá que él,
la virtud dirá que yo.

Y es que en el mundo traidor
nada hay verdad ni mentira:
todo es según el color
del cristal con que se mira.

CAMPOAMOR.

SOMOS SIETE.

En la primer mañana de la vida,
Un niño el más precoz é inteligente,
Por más sensible corazón que abrigue,
¿Qué puede saber nunca de la muerte?

Una errabunda niña de una aldea
Vino á mí ayer cual si á su padre fuese;
Tiras el traje, rubios los cabellos,
En mechones cayéndole á la frente.

Preciosa en su abandono y desaliño,
Era la imagen de una flor silvestre.
Y hablamos: — ¿Qué edad tienes? — Ocho años.
Y alzó sus dulces ojos inocentes.

Placer hallando en conversar con ella
Díjela luego: — ¿Y cuántos son ustedes?
— Somos siete, me dijo de seguida,
Como quien sabe bien lo que refiere.
— ¿Dónde están? — Somos siete, no? — Pues bueno
Dos hay en Gales; dos están ausentes
En el mar, son marinos; dos reposan
En aquel cementerio; y yo son siete.

— ¿Dices que dos en el sepulcro yacen?
Pues no son siete ya... — Perfectamente!
Y dos en Gales, cuatro; y dos á bordo,
Seis; y yo la más chica — somos siete.

Mi madre y yo tenemos nuestra choza,
Cerca del cementerio donde duermen
Mi hermanita y mi hermano en una tumba;
De nuestra puerta misma puede verse.

Mirad de aquí, del viento remecida,
La yerba verdeguear que en ella crece;
Uno del otro al lado los han puesto,
A que tengan calor, que no se hielen.

Yo me voy con mi alma y mis agujas
Á tejer á su lado muchas veces,
Y á cantar los cantos de mi madre,
Para que duerman bien y no despierten.

Ó si la tarde es buena, mi comida
Llevo en mi escudilla y muy alegre
La tomo junto á ellos como antes;
Mas nada puedo darles porque duermen.

En vano quise oyendo estas palabras
El misterio explicarle de la muerte;
Que ella insistió en las suyas, muy risueña:
— ¡*Oh! no, señor! nosotros somos siete.*

JOSÉ ANTONIO CALCAGNO.

EL CERDO Y EL CORDERO.

(FABULITA)

Revolcábase un cerdo entre la ola
Fangosa de un pantano, de tal modo,
Que se cubrió, por fin, de infecto lodo,
De la oreja á la punta de la cola;
Y acertaba á pasar en ese instante
Un cordero más blanco que un armiño
Cuando alzando el hocico repugnante
El puerco le gritó: ¡Ven acá, niño!
Se acercó con visible repugnancia,
Y por no parecer mal educado,
El corderillo; pero buen cuidado
Tuvo de conversar á cierta distancia
Del cerdo inmundo, que brutal y ajeno
Al más débil instinto de limpieza
Sepultaba gruñendo, la cabeza
Con infame fruición, dentro del cieno.

— ¿Me hablaba Vd. Don Puerco?

— ¡Sí, mi chico!

Y espero no provoques mis enojos,
Medio entreabriendo, estúpido, los ojos
Dijo el cerdo, lamiéndose el hocico;
Pero acércate más, que así, tan lejos,
No podemos hablar, y tu fortuna
Depende de que escuches una á una
Mis palabras, mis frases, mis consejos.

— Ah! señor Don Cochino! yo no puedo
Aproximarme más hacia su lado
Dios á todos un sitio nos ha dado,
Y de ése, que es el suyo tengo miedo!
— ¿Conque no vienes?

— No, detesto el lodo!

— Corderillo infeliz! si tu supieras
Cuanto hay aquí de dichas verdaderas,
No me responderías de ese modo!
¿Dónde está tu mentida mansedumbre?...
Y el corderillo, alzando la cabeza,
Respondió con insólita entereza.

— Dónde quiera, más no en la pudredumbre!
Ronco gruñido amenazante y fiero
Del pantano surgió, y el cerdo inmundo
Chapoteando del fango en lo profundo
Quiso manchar la piel de aquel cordero;
Pero con la intuición de la inocencia,
El malvado designio adivinando,
El cordero dió un salto con vehemencia,
Y se alejó evitando
El contacto de tanta pestilencia
Y ya lejos, detúvose escuchando
Un rugido de rabia y de impotencia.

*Tal pasa con un hombre corrompido
Que al verse miserable y despreciado
Intenta mancillar al que es honrado
Con el cieno infamante en que ha vivido!*

EDUARDO B. RUIZ.

LAS TRES SOMBRAS.

LUCA

“¡Buenos Aires! Mi frígida tumba!
No ha extinguido el volcán de mi pecho;
Me levanto del líquido lecho,
Y mi lira resuena otra vez.

“Yo he cantado tu gloria, ó martirio,
Desde el fondo arenoso del Plata
Al fragor que las ondas desata,
Al rugir del pampero cruel.

“Aumenté su raudal con mi llanto,
Suspiré con su brisa fragante;
Trovador ¡oh mi diosa! constante,
Otro amor no canté que tu amor.

¿No eres tú la belleza soñada,
Cuando envuelta entre fajas azules,
Te coronas con cándidos tules,
Sobre el trono esplendente del sol.

“Era Mayo, y en rápida rima
Encendí la virtud en las almas,
Y batiendo anheloso las palmas,
La bravura naciente alenté.

Y fundiendo en crisoles los bronce,
Y trocando el acero en puñales,

Preparé tus guerreros anales
Y las cumbres del Ande mostré.

“¡Oh! ¡qué días aquellos tan bellos!
Perdonad mi jactancia, señora;
Es la lira que habla y que llora
En los labios del viejo cantor.”

MORENO

“Adolorido, inquieto el pensamiento
Más siempre esclavo de la fe primera
He visto conmoverse en su cimiento,
La creación de juvenil quimera;
He visto la virtud falta de aliento
Al resplandor de encarnizada hoguera;
Y si he llorado el mal acariciando
La esperanza del bien, dormí esperando.

— ¿No era de Dios interpretar las leyes,
No era del hombre rescatar las almas,
El arrancar los cetros á los reyes
Y dar al pueblo soberano, palmas?
Al ocio dado y á los vicios muelles,
Postrado el genio en indolentes calmas,
Levantarse y luchar era el destino
Impuesto por el cielo al argentino.

“No hay valladar ni diques al torrente
Que de los dogmas del derecho brota;
No el misterioso dardo de la mente
Entre las mallas del error se embota.
De libertad la generosa frente,
Las culpas lava la maldad remota,
Y bañados en ella los esclavos
De su ominosa cruz rompe los clavos.

“¿Con qué placer mi corazón sediento,
En el aura vital que me rodea,
Se empapa en la virtud del sufrimiento
Que los sudores de mi afán orean?
Cumplido está de Mayo el pensamiento
El lábaro de unión augusto ondea;
Abrígase en sus pliegues y á su sombra
El pueblo heroico cuya historia asombra”.

BELGRANO

“Cual un rayo del cielo
Electrizó mi brazo el verbo ardiente
Que el tribuno lanzó sobre este suelo;
“Y á la voz, obediente,
De “¡Muerte ó libertad!” trepé la sierra,
Clamando “¡Libertad!” clamando “¡Guerra!”

“Brotaron de la nada
Capitanes, cureñas y soldados,
Y en derredor de la bandera amada.
Llegaron denonados,
Cabalgando sus potros de batalla,
Los esclavos de ayer, de ayer canalla.

“¡Cuánto se regocija
Mi corazón patriótico, pensando
Que á los verdosos pies del Aconquija
Debelé batallando
Las porfiadas legiones invasoras,
De la tierra del sol antes señoras!

“Varia fué mi fortuna,
Cual la fortuna de mi patria hermosa;
Ora alzada triunfante hasta la luna,
Ora por misteriosa
Afanosa, humillada y en el polvo hundida
Réproba de su Dios, por Dios ungida.

“¡Misterio de la Historia!
 Al abortar la tierra pueblos grandes,
 Se estremece entre llamas y entre escoria;
 Como los rudos Andes,
 Cuando al fuego de cráteres airados,
 Engendran los metales codiciados.”

LUCA

.....
 “¡Adiós pueblo de llanto y de gloria!
 Tu destino feliz me arrebató;
 Desde el fondo profundo del Plata,
 Siempre á tí mi cantar se alzaré.”

JUAN M. GUTIÉRREZ.

LA UNIÓN AMERICANA.

El ángel de los siglos, de pie sobre los Andes
 Custodia los destinos del mundo de Colón;
 Los pueblos desunidos serán naciones grandes,
 Cuando se abracen todos en fraternal UNIÓN.

En quince pabellones un astro resplandece,
 Con oro y esmeralda, con púrpura y zafir
 Sus nítidos fulgores, y espléndido aparece
 Del suelo de los Incas, brillante el porvenir.

Que de los hombres libres, inmensa es la esperanza,
 Grandiosa, inescrutable, como es la eternidad;
 Por eso con denuedo, la América se lanza
 A cimentar unida su gloria y libertad.

Si en los combates rudos que eternizó la fama,
 Lucharon nuestros padres con doble esfuerzo ayer,

Hoy que arde en nuestros pechos la misma intensa llama
Por esa senda abierta marchemos á vencer.

Que el genio de las selvas, indómito y salvaje
Del entusiasmo siente la ardiente inspiración;
Y se alzar  bien pronto, robusto en su coraje,
Batiendo por los aires un solo pabellón.

Y entonces las naciones, que ayer eran rivales,
Recogerán ansiosas la herencia del laurel;
Y entre los gratos sonos de cánticos marciales
Sus frentes altaneras coronar n con él.

Que el cóndor de los Andes, que el mundo viera un día,
Con un león luchando, de fuerza colosal,
Humillar  mañana, con noble bizarría,
El atrevido empuje del  guila imperial.

Que vengan desde Europa legiones por millares,
Monarcas   imponernos, con sórdida ambición.
De cetros y coronas haremos los sillares,
Donde se asiente firme LA AMERICANA UNIÓN.

BENJAMÍN BLANCO.

TRES ACTOS.

La vida es drama...; empieza
alzándose el telón de nuestra cuna
con llantos, con vagidos y tristeza
con gotas de dolor una por una.

El actor es un niño
en el gran escenario de la pena;
el mundo lo recibe con cariño...
 Esta es la entrada en la primera escena!...

El teatro es de flores;
apenas luce el sol en lontanaza,

y al tenue resplandor de sus fulgores
se mira sonreír á la esperanza.

Más cuando llega el llanto
del niño y de la madre adolorida,
el mundo silba de ambos el quebranto.
¡Concluye el primer acto de la vida!...

Sigue el acto segundo:
la juventud, apasionada y loca,
se derrumba al abismo más profundo...
¡La escena pasa sobre estéril roca!...

Amores, decepciones.
siniestras y terribles carcajadas,
ríos de llanto y muertas ilusiones,
corren al fondo en olas encrespadas.

Duerme el mundo en este acto,
á los tormentos sordo, indiferente;
el crimen y el dolor haciendo pacto,
destrozan sin piedad al inocente...

La dicha y la tristeza,
la gota del placer con el veneno,
el vicio frente á frente á la pureza,
todo en la vida se resuelve en cieno.

En espinas clavados
quedan del corazón sueltos jirones,
y en un desierto, triste y olvidados,
los seres sin amor, sin ilusiones.

¡Llega el acto tercero!...
Toda la escena cúbrese de nieve...
Busca el hombre al amigo más sincero
y no lo ve, por do sus pasos mueve.

Escúchanse gemidos...

Los corazones, poco á poco helados,
van quedando en el suelo entumecidos
entre el hielo y la sombra sepultados.

¡Todo acabó!... Ni un paso
vuelve á dar el actor en tanta pena.
Luce el sol por vez última en ocaso,
y en la nada concluye aquella escena.

Aquí el acto termina:
quedó sobre la escena un gran desierto
que jamás en la vida se ilumina;
y así concluye el drama... con un muerto.

ANSELMO ALFARO.

LA VICTORIA.

Ahogad, por Dios, entre el sensible pecho
La voz de la venganza,
Y no eleve sus himnos la victoria
Tras el rudo fragor de la batalla.

¡Ah! ¡no sembréis sobre el vencido campo
Desolación y lágrimas;
Que es indigno de un alma valerosa
Sepultarse entre el lodo de la infamia!

Y si es fuerza que el hombre se levante
Sobre ruina y matanzas
No surja para oprobio de sus triunfos
La acusadora imagen de la Patria!

¡Piedad! ¡piedad! ¡Cuando la sangre corre
Todo en la tierra calla,
Y no hay voz que profane los sepulcros
Que el hombre impío para el hombre cava!

¡Cuando chocan las olas impetuosas
Y ruge la borrasca
Hasta el cielo se viste de tristeza
Para ver el cadáver en la playa!

¡Cuando muere entre sábanas de fuego
La flor de la montaña,
Hasta el aura parece que solloza
En sus grietas, sombría, acongojada!

Sí; todo dice al corazón sensible
Que lave con sus lágrimas
El cadáver sangriento del que impío
Nuestra sangre en la lucha derramara.

Todo dice que el cielo es del piadoso,
Del que lleva en el alma
Un rayo de bondad para el caído
Que á todos mundos eleva la mirada.

Por eso Dios al corazón ha dado
De la oración las alas,
Para elevar sobre ella compasivo
El suspiro postrer de quién le llama.

¡Ah! ¡no entonéis sobre el vencido campo
Del triunfo la alabanza;
Que es entonces sacrílego y blasfemo
El que la muerte canta!

ROSENDO VILLALOBOS.

Á LOS QUE ESTUDIAN.

.....
Sois nuestra juventud, arca sagrada,
Do con amor guardamos
La fe del porvenir idolatrada.

La mano que entreteje, siderales,
De la Patria á los lauros inmortales
Las flores luminosas del talento.

Sois el alma dormida en el regazo,
De la casta ilusión, nido de flores,
Soñando en el abrazo
De la virgen ideal de los amores.
Sois el ardiente corazón mecido
Del entusiasmo en la nube transitoria;
¡Sois también el espíritu encendido!
En la ambición sublime de la gloria!

¡Alentad nuestra fe! ¡Rasgad el velo
Que el horizonte patrio descolora;
Alzad en el oriente de su cielo
Vuestra frente de aurora!
Y no sintáis vuestros felices días
Del fatigoso estudio
Ir consumiendo en la vigilia quieta...
Acaso valen más vuestros desvelos
Que los sueños febriles del poeta.

Los sueños del poeta son estrellas
De tan remoto cielo, que se apagan
Apenas cuando nacen;
Efímeras centellas
Que de la vida entre la niebla vagan
Y que al soplo del mundo se deshacen.

.....

.....

Sois la esperanza en flor de nuestra gloria,
El mañana feliz que ambicionamos;
Dejadnos por memoria
Flores de ciencia que ceñir podamos
Á la serena frente de la Historia.

Obreros del saber ¡prended la ciencia
Como un ala de luz al pensamiento,
Y con ella lanzad la inteligencia
Á iluminar el mundo
Y titán á escalar el firmamento!

¡Hijos del porvenir dejad, que vuele
En su ala de relámpago la idea
Y á su excelso fulgor iluminaos!
¡Reine la ciencia! ¡Que el progreso sea...!
¡Y al hacerse la luz, ¡rásguese el caos!

MANUEL M. FLORES.

LA NOCHE DE MENDOZA.

(FRAGMENTOS)

No dormía. Velaba
La legión de los cíclopes bravía
Que en baluarte de rocas
Eternamente espía,
Con el rayo en la mano,
Á su rival temible, el Oceano.

Acaso vió lanzarse en son de guerra
Hacia la agreste playa
Al mar que en cárcel de granito guarda
Por mandato de Dios; y á la batalla
La espantosa legión corrió ligera,
Sus penachos de llama dando al viento;
Y, al desplegar la colosal bandera,
Vacilaron los astros en el cielo
Y retembló la tierra en su cimiento!

Todo á su paso se turbó. La luna
Rodó por el espacio antes sereno

Como ave enorme que descende herida
Rotas las alas, desangrando el seno,
Y las blancas estrellas se apagaron
Con lúgubre chirrío,
Como los cirios del altar que apaga
Del viento de la noche el soplo frío!

Olas del mar de piedra, sacudidas
Por manos invisibles, parecían
Colinas y montañas;
Y en fantástica danza confundidos
Se alzaban, tambaleaban y caían
Palacios, monumentos y cabañas!
Nada quedó de pie! La tierra loca,
Como indomable potro encabritado,
Arrojaba de sí cuanto tenía.
Nada quedó de pie! Sólo la muerte,
Ebria y repleta entre las sombras densas
Saltaba de alegría!

OLEGARIO V. ANDRADE.

ÁRBOLES VIEJOS.

Hasta el árbol tronchado en el camino,
Sin hojas, y sin frutos, y sin flores
puede prestar asiento á los pastores
y un báculo prestar al peregrino.

Así el anciano de experiencia y tino
máximas da que evitan sinsabores;
y sin sabia, ni aromas, ni colores,
cumple su ley y tiene su destino.

¡Oh, labrador! Escucha mi consejo;
te debes resistir cual me resisto
á cortar ramas aunque estén desnudas,

porque puede salir de un árbol viejo
 quizá la cruz en que sucumba un Cristo,
 quizá la rama en que se cuelgue un Judas!

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

¡PATRIA!

¡Oh, Patria! Eva sublime y redentora,
 Cuyo seno fecundo
 La sangre de los pueblos elabora,
 ¿Quién á tus pies no se arrodilla y ora
 Si eres la madre universal del mundo?

¡Oh, Patria! Eva sublime,
 Hostia del alma, cáliz de la vida,
 ¡Quién se olvida de tí, de Dios se olvida!
 ¡Quién comulga en tu templo, se redime!

.....

Y es que, al arrullo de su voz amante,
 Del corazón, á la dulzura abierto,
 Los latidos se acallan y suspenden
 Y en todo ser vital, ruin ó gigante,
 Del patrio amor las llamaradas prenden!...

No hay pecho alguno á su reclamo muerto,
 Y lo mismo defienden
 El león la llanura del desierto
 Y el águila la cumbre de la sierra,
 Que su morada el ruiseñor del huerto
 Y la hormiga sus átomos de tierra.

Porque á la patria, como al alma unida
 Va su dulce gemela
 La Libertad, la Libertad querida
 Que en sus mismos altares,

Culto á la vez que majestad recibe...
¡Angel guardián, que sus ensueños vela,
Viviendo al caro abrigo de sus lares,
Como en su concha vive
La pálida divina de lo mares!

Cuando falta del alma del patriota
La libertad, la perla se ha perdido....!
¡Y es templo inútil que vacío flota
La pobre concha rota
Que conservar la perla no ha sabido!

Así la patria, al combatir prefiere
Á ajeno yugo propia sepultura
Y, héroe de su derrota,
Pudiendo vivir sierva, mártir muere;
El sublime dolor la transfigura,
Y al caer, con los últimos temblores
De su hermosa agonía
Aún amagando al déspota murmura:
— ¡Patria sin libertad, cuna vacía,
Nido sin ave, virgen sin amores;
Arpa sin armonía,
Hogar sin madre, corazón sin guía
Infinito sin Dios, campo sin flores!

.....

JOSÉ DE DIEGO.

LA EPOPEYA DEL MAR.

Y habló el Mar, — ¡Yo le vi! La cruda guerra
de las desgracias aumentó su anhelo....

Si un mundo descubrió sobre la tierra,
ha descubierto un astro bajo el cielo....

Colón era el BOHEMIO de la nave
el que anidaba un mundo entre la frente,
el que se confundía con el ave,
y volaba y volaba al occidente...

Cuando el pobre BOHEMIO se sentaba
á la orilla del golfo en que vivía,
siempre con mis rumores le llamaba,
siempre con mis vaivenes le atraía.....

Supo comprenderme. Yo ignorado
vivía como monstruo entre lo obscuro;
y él supo sepultarse en mi pasado,
y él supo adelantarse á mi futuro...

Pidió una nave. Altivos soñadores
perdiéronse con él entre las brumas,
y antes que el Nuevo Mundo con sus flores,
yo su senda alfombré con mis espumas.

La linterna de Diógenes temblaba
en la mano del pálido errabundo
¡entre la obscura inmensidad buscaba,
en lugar de un solo hombre, todo un mundo!

Y Colón esperó. ¿Quién no soporta
todo por ver lo que jamás se ha visto?

Y al tercer día, ante la plebe absorta,
supo resucitar como otro Cristo!....

Marcando suave y temblorosa línea,
surgió la tierra en la celeste sala....

Vibre, vibre la música apolínea
y zumbe y zumbe con rumores de ala....

Lleno de admiración ruda y extraña
quísele dar al genovés un premio;
y conmovido me arranqué una entraña
y la arrojé á las plantas del BOHEMIO.

Brusco corceles que rompéis las trancas,
fantasías sin fin, mentes altivas;
¡para vosotros mis espumas blancas,
para vosotros mis entrañas vivas!....

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

MORENO.

De la noche sombría ni las huellas
quedan; reprime el mar su movimiento,
y el pálido fulgor de las estrellas
se eclipsa en el cenit del firmamento.

Allá á lo lejos, soñadora, grata,
entre rayos de luz crepusculares,
la prora va que se alejó del Plata
con qué jamás retornará á sus lares.

Ser varonil, que sin temor entrega
la Junta que admirara su talento,
al turbio mar que sin descanso brega,
con las furias titánicas del viento.

Atleta pensador, numen brillante,
de corazón y espíritu sereno,
á cuyo paso el piélago sonante
va diciendo, con júbilo: ¡Moreno!

Y la que ansiosa busca otro hemisferio --
frágil barquilla de graciosa vela --
tras sí dejando sombras y misterio,
sobre el oleaje turbulento vuela.

Vuela mientras en su seno, convulsivo
el mártir va sin levantar la frente,
como quien sufre penetrante y vivo
el fuego de un dolor omnipotente.

La idea de la patria le devora,
¡patria de sus amores, codiciada,
por quien delira, se entusiasma, llora,
y asciende su alma á la región soñada!....

¡La eterna ley de la creación lo quiere!
y aquel prócer de Mayo, esclarecido,
con la entereza de los justos, muere
salvando las penumbras del olvido.

EUGENIO C. NOÉ.

EL GAUCHO.

Yo soy el gauchó que canta
cuando el pesar le acongoja.
Soy árbol que se deshoja
Del dolor bajo la llanta.
Sólo en la vida me encanta
El vivir con libertad;
Para eso la inmensidad
Del desierto se ha extendido;
Yo necesito ese nido,
Soy ave de tempestad.

Soy el que cruza sombrío,
Como racha del pampero,
En su dócil parejero,
De la patria el campo mío;
Soy el torrentoso río
En las llanuras formado,
Cuyo cauce desbordado
Del infortunio al rigor,
Busca el mar de un dulce amor
Para vivir resignado.

Soy el que calma su pena
Peleando contra la suerte;
El que provoca la muerte
Siempre con cara serena;
El que en la desgracia ajena
Tiende primero la mano;
El que lleva, soberano,
Como tesoro escondido
Dentro del pecho, encendido,
El corazón más humano.

Soy aquel que cuando dora
La brillazón del oriente
Hasta su pálida frente
Llega el beso de la aurora;
El que en su pecho atesora
La fuente de la ilusión;
El que juntito al fogón
Su guitarra hace llorar;
El que si llega á cantar
Despedaza el corazón.

Yo fuí la savia volcada
En la guerra fratricida,
La que corrió por la herida
De la patria desangrada;
Fuí la primera avanzada
Contra el despotismo extraño,
He sido el primer peldaño
Del progreso en el cimiento,
El que no se dobló al viento
Ni al peso del desengaño.

Yo soy el gaucho proscrito
En la patria que ha formado,
El que purga abandonado

De su valor el delito;
El que á veces al tranquito,
Cruza la pampa desierta
Donde como sombra incierta
Veo recuerdos que fueron,
Pero que ya se perdieron
Como mi esperanza, muerta.

Soy el que en los negros ojos
Guarda gotas del rocío,
Perlas que ha dejado el río
Del dolor en sus despojos;
El que pisa los abrojos
De la senda con orgullo;
Soy el que sueña al arrullo
Del pampero rugidor,
Que me ha educado cantor
Con su incesante murmullo.

Yo soy el gaucho que adora
La soledad del desierto,
De las brisas el concierto,
Y su rancho de totora;
El que vive entre la aurora
Del amor y el sufrimiento.
Soy el que respira el viento
Sahumado de margaritas;
El que canta vidalitas
Más sentidas que un lamento.

Soy el que si en la llanura
La obscuridad le sorprende
Junta el cardo que se enciende
Para asar alguna achura;
El que sin grande amargura
Tiende el recado en el suelo,

Y entretanto sin recelo
Se va quedado dormido.....
El viento canta á su oído
Y tiene por techo, el cielo.

HORACIO B. OYHANARTE.

SINTÉTICA.

Como en la tez cobriza del desierto
Riela su veste fúlgida Diana,
Como en el pecho enjuto de la virgen
Relieves inefables se levantan, —
Luz que desciende,
Vida que falta, —
Se proyectó, se desdobló, se impuso
La tierra de Colón sobre las aguas.

II

Como sobre de rasos llameantes
Viste manto imperial, la soberana,
Como sobre de perlas y safiros
Ciñe á su frente la corona sacra, —
Manto y diadema
Mi noble patria, —
Sobre los otros pueblos de su stirpe,
Abrigo y fuerza y majestad, derrama.

III

Cual persigue la luz y el aire puro
La miserable yerba subterránea,
Como buscan las aves en la noche
La protección de Dios bajo las ramas,
Pulmón sin aire, —

Gleba postrada, —
Así el hombre al dolor se precipita,
De mi bandera azul bajo las alas!

IV

Allí va nadhiriéndose en el tiempo,
Partícula á partícula, las razas!
Allí van congregándose á su sombra
Al toque de clarín de la esperanza!

Allí se forjan
En esa fragua,
Los decisivos moldes de la vida,
La postrimer evolución humana!

PEDRO B. PALACIOS.

RIMA.

El águila remóntase al espacio,
el cóndor en las nubes tiene el nido,
y en las altas regiones de la idea
agítase el espíritu.
La nube sigue al viento en el espacio,
la luz sigue las ondas del abismo,
y siguiendo la estela de tus alas
va en pos de ti mi espíritu.
Como se alumbran entre sí los soles
convirtiendo en hoguera el infinito;
cual cóndores andinos en las cumbres
se guían por las rutas del vacío,
por los cielos de luz del pensamiento
se guiarán tu espíritu y mi espíritu.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

À MIS HIJOS.

Yo he visto á muchos que se creen señores,
Serviles humillarse á los tiranos,
Juntar cobardes las humildes manos
Y mendigar con llanto sus favores.

Yo los he visto, viles y traidores,
Al que ayer adulaban cortesanos,
Hoy escupirle y execrar villanos,
Del dios éxito siempre adoradores.

También he visto que la insana suerte,
Como irrisión acaso del destino,
A esos reptiles elevó á la cumbre.

¡Hijos de mi alma! preferid la muerte
Á la grandeza hallada en tal camino:
Que es baja y ruin la humana servidumbre.

J. LAZCANO COLODRERO.

LÁGRIMAS Á LA MEMORIA DE MI PADRE.

(FRAGMENTO)

Aun era yo muy niño, cuando un día,
Cogiendo mi cabeza entre sus manos
Y llorando á la vez que me veía
¡Adios! ¡Adios! ” me dijo;
“Desde este instante un horizonte nuevo
Se presenta á tus ojos;
Vas á buscar la fuente
Donde apagar la sed que te devora;
Marcha... y cuando mañana
Al mal que aun no conoces
Ofrezcas de tu llanto las primicias,
Ten valor y esperanza.

Anima el paso tardo,
Y mientras llega de tu vuelta la hora,
Ama un poco á tu padre que te adora,
Y ten valor y... marcha... yo te aguardo”.

Así me dijo, y confundiendo en uno
Su sollozo y el mío,
Me dió un beso en la frente.
Sus brazos me estrecharon.....
Y después, á los pálidos reflejos,
De un sol que en el crepúsculo se hundía,
Sólo vi una ciudad que se perdía
Con mi cuna y mis padres á lo lejos.

El viento de la noche
Saturando de arrullos y de esencias,
Soplaba en mi redor, tranquilo y dulce
Como aliento de niño;
Tal vez llevando en sus ligeras alas
Con la tibia embriaguez de sus aromas
El acento fugaz y enamorado
Del silencioso beso de mi madre
Sobre del blanco lecho abandonado.

Las campanas distantes repetían
El toque de oraciones... una estrella
Apareció en el seno de una nube,
Trás de mi obscura huella
La inmensidad se alzaba...
Yo entonces me detuve,
Y haciendo estremecer el infinito
De mi dolor supremo con el grito:
“¡Adiós mi santo hogar!”, clamé llorando;
“¡Adiós, hogar bendito,
En cuyo seno viven los recuerdos

Más queridos de mi alma...
Pedazo de ese azul en donde anidan
Mis ilusiones cándidas de niño....!
¡Quién sabe si mis ojos
No volverán á verte!....
¡Quién sabe si hoy te envío
El adiós de la muerte!
Más si el destino rudo
Ha de darme el morir bajo tu techo.
Si el ave de la selva
Ha de plegar las alas en su nido,
¡Guárdame mi tesoro hogar querido!
¡Guárdame mi tesoro hasta que vuelva!"

MANUEL ACUÑA.

SALMOS DE COMBATE.

Escuchas? — Mientras lloras y suspiras,
Enardecen los bravos acicates
Al palafrén de generosas iras,
Y triunfa en las estrofas y en las lirás
La épica militar de los combates.

Ardua es la ruta de las nuevas zonas
En que el Dolor á combatir obliga,
Despojando de palmas las coronas
Como el recio molar de las tahonas
De sus féculas dulces á la espiga.

Deja el pomposo harem de tus sultanas;
Ya han bajado al estudio los atletas;
Ya cantan á las huestes parnasianas
El pregón victorioso de las dianas
Con sus claras gargantas las trompetas.

Ven! el combate purifica al fuerte.
La espuma nace del furor de la onda.
Si el rencoroso error tu sangre vierte,
Canta el aria del triunfo ante la muerte
Como el grupo inmortal de la Gironda.

Álzate como enhiesto centinela
Sobre la noche hostil, ante los odios.
Álzate y calza en el talón la espuela:
Ya está pronta la heroica escarapela
Que premia los gallardos episodios.

Ya dejando las tristes serenatas,
El bardo afina su clarín sonoro,
Y en los pendones de las gratas
Flamean agresivas escarlatas
Donde embravece el Sol cóleras de oro.

LEOPOLDO LUGONES.

EN LA TUMBA DE SARMIENTO.

Yace postrado el invencible atleta
Por la muerte fatal,
Que sólo el tiempo, su robusto brazo
De la justicia armado y del derecho
Pudiera desarmar.

De cuatro pueblos que nutrió la savia
De su genio inmortal,
Le acompaña el dolor, y sus banderas
Cual glorioso sudario, le rodean
Para que duerma en paz.

Su nombre, empero, vivirá en la historia
Y á través de los siglos, su memoria
Más cara nos será,

Porque el germen fecundo que su genio
En el seno del pueblo derramó,
Mientras más gire el tiempo, más lozanos
Frutos dará, de eterna bendición.

L. M. S.

LAS IDEAS.

Surge á veces en el llano
y en la loma á veces brota
susurrando mansamente,
como de una arteria rota,
cristalino manantial;
manantial inagotable
cuya linfa fresca y pura
se desliza misteriosa
bajo arcadas de verdura
como sierpe de cristal.

Danle sombra con sus ramas
los arbustos de la orilla,
y despliega ante sus plantas
la balsámica gramilla
su magnífico tapiz.

Ya se vuelca en un ribazo,
ya se arrastra en una hondura,
ya parece, desde lejos,
en la faz de la llanura
misteriosa cicatriz.

Pero avanza, siempre avanza
deja el llano, cruza el monte,
y al murmullo de sus pasos
se va abriendo el horizonte
como el velo de un altar;
lo saluda el ave errante

con dulcísimos gorgeos
y le cuenta el aura tímida
sus amantes devaneos
á la luz crepuscular.

La onda leve se agiganta,
su rumor se torna en trito,
como el pecho en que fermenta
la ansiedad del infinito
la inquietud del porvenir;
y creciendo y avanzando,
el raudal se torna en río,
y va el río tumultuoso,
impertérrito y sombrío,
con el mar á combatir.

¡Así nacen las ideas,
manantiales de onda pura;
las ideas que no tienen
más escudo ni armadura
que el escudo de su fe!

Pero avanzan silenciosas,
se retuercen, forcejean,
y se allanan las montañas,
y los páramos chispean
á los golpes de su pie.

OLEGARIO V. ANDRADE.

LÁGRIMAS.

Los que no lloran son almas
Sin fe, sin amor, sin jugo,
RUBÍ.

Como la fe del pensamiento mismo
con el calor de la efusión del alma;
como la voz del corazón doliente

con su mental recuerdo y su nostalgia,
¡ah! desde el fondo
de la mirada,
así el dolor las lágrimas purísimas
de la débil materia nos arranca.

Cuando se hiere al corazón amante
con la quietud de la promesa falsa;
cuando se hiere á la mirada ardiente
con el desliz de la sonrisa helada,
de cuantos lloran
la suerte ingrata,
cada gota es un hilo desprendido
del surtidor feliz de la constancia.

Cuando el errante desterrado llora
junto á las puertas de la augusta patria,
y átomo leve, en continuada angustia
sobre las ondas de la vida pasa,
rogando al cielo
con su mirada,
espíritus sublimes son entonces
las inocentes perlas que derrama.

Cuando la heroica voluntad se humilla
al torpe son de la feroz matanza,
y el polvo vil del escenario triste
junto á la sombra de los muertos vaga
como en espiras
desconcertadas,
las lágrimas que vierten los que sufren
son el hálito cruel de la desgracia.

¡Ah! pero aquellas que una madre vierte
sobre la loza de la tumba amada,
donde consagra su ternura angélica

al hijo de su amor y sus entrañas,
esas queridas
divinas lágrimas,
caricias nobles que en su pecho se abren,
son esencia de amor, lágrimas santas!

Estas cálidas perlas que tremantes
la noche del espíritu señalan;
estas cálidas perlas que en su cauce
se agolpan y deforman y batallan
como suspiros
sin ruidos de alas,
son las sacras insignias del quebranto
las desprendidas lágrimas del alma!

BERDARDO L. PEYRET.

EFÍMERA.

“¡Mañana”, sí, mañana, y aun mañana
Y después de ése seguirá otro día,
Corriendo todos con tenaz porfía
Á perderse en la inmensa eternidad.

Así pasan fugaces nuestras horas
En su curso monótono y medido,
Alumbrando el camino que al olvido
Conduce á la doliente humanidad.

Apenas llega un día y desvanece:
Efímero cual él, otro le sigue;
Y eterno el tiempo en su tarea prosigue
Arrollando á la vez lo que creó;

Y el hombre, convidado misterioso
De ese festín de muerte, pasa vano,

Como de arena imperceptible grano
Que el viento del desierto levantó.

M. BELZU DE DORADO.

LA CALLE.

¡Aborreced la suerte cuya mano
Le premia su egoísmo al opulento,
Y le allana la senda al miserable,
Y lleva á las alturas al perverso!

Aborreced la suerte que levanta
Una muralla al paso de los buenos,
Y abre una sima á la virtud, y ahoga,
El corazón más noble entre sus dedos!

La calle es la morada del mendigo.
La indiferencia la cubrió de hielo,
Y en ella al sol, al aire y al espacio,
El mendigo es su libre prisionero;
Con la ciudad por cárcel, se detiene
Á las puertas no más: no pasa dentro!
Es cojo; tiene grillos á las plantas,
Es manco; sus esposas son de hierro.
Es sordo; ni él se escucha, está murado.
Es mudo, tiene una mordaza. Es ciego;
Está preso en la tumba.

La miseria,
He allí al invisible carcelero.

¿Quién dice que la suerte — ¡oh tú que pasas
Cerca de esos harapos y sin verlos! —
Quién dice que en los hombros, algún día,
No te puede poner la mano, y luego,
Llevándote á la puerta, al sol, al aire,
Entregarte á las calles, prisionero?

¿Volviste, pues, la vista al desgraciado?
¡Quién la volverá á tí, si no la has vuelto!
¿Alargaste la mano al desvalido?
¡Quién te la ha de alargar si no lo has hecho!
¿Apagaste su sed? Saciaste su hambre?
¿Distes una cama al doblegado al sueño?
No distes agua, ni pan, ni distes cama:
¡Ve sediento, pues, sediento, hambriento!

¡Ah! muchas veces, quien negó un bocado,
Vió á su mesa doblársele el sustento;
Quién negó una limosna vió doblarse
La plata en la arca, el grano en el granero;
Quién negó un lecho, descansó tranquilo
Hasta muy tarde, abandonado al sueño.

¡Alza, que llega el día!.
. el de la muerte.
¿Quién no la vió llegar sobrado presto?
¿Y entonces quién no pide una limosna?
¿Quién, Señor, ante tí, no es pordiosero?

F. A. GAVIDIA.

GOTA DE AGUA.

Pobre gota que tiemblas en los cristales
De mi ventana;
Débil hija del trueno, gota nacida
De la borrasca;
Dime si eres el lloro de las estrellas
Que brillan pálidas;
Dime por qué hasta el mundo te han arrojado
La nubes pardas,
Dime, gota de lluvia, di: ¿por qué tiemblas
En los cristales de mi ventana?

Da las n veas espumas con que los mares
Bordan las playas;
De las ondas azules del arroyuelo
Que bulle y salta;
De las perlas brillantes que en la pradera
Derram  el alba....
Has subido   los cielos, gota de lluvia,
Y hoy del cielo descendes, gota de agua.
Ya s  yo por qué tiembles en los cristales
De mi ventana!

Tiembles porque no quieres bajar al fango
Que el mundo mancha;
Tiembles porque la tierra donde has nacido
Es sucia charca;
Y en ella no hay querubes, ni luminares,
Ni estrellas pálidas,
Y en ella los reptiles de fauces negras
Acabar n contigo, gota de agua!
Pobre gota de lluvia! Nunca más tiembles
En los cristales de mi ventana;
Humedece mis labios, ven   mi boca,
Gota de agua;
Porque ya te conozco: t  no eres hija
De la borrasca;
Yo te vi titilando, temblar te he visto
En los rasgados ojos y en las pestañas
De la mujer bendita que fué mi madre;
Y pues de ella naciste, serás mi hermana.
No tiembles más, no tiembles, gota de lluvia
Vente, vente conmigo... gota de agua!

M. R. BLANCO BELMONTE.

ODA.

Á LA INDEPENDENCIA AMERICANA

Una lira moderna, altisonante,
pluricorde y viril es la que quiero,
para que surja mi canción, vibrante,
para que en ella mi entusiasmo cante
un hecho digno de cantarlo Homero.

Hacédmela de bronce: del que fuera
bronce más que inmortal de los cañones
que desde la impenada Cordillera
tronaron el *fiat lux* de tres naciones.
Y dádmela después, pero encordada
con cuerdas de un sonido sobrehumano,
hechas, con el acero de una espada
que fué de San Martín ó de Belgrano.
Y dádmela para que el bardo expande
sus alegrías y su canto vibre
honrando un hecho venturoso y grande
desde las filas de su pueblo libre.

No la sagrada inspiración demando
á las hermanas del crinado Apolo,
duerman aquéllas en el ocio blando
para los sueños inspirar tan sólo.
No es musa mitológica la mía,
es musa nueva que en el nuevo mundo
brilla cual sol en la mitad del día,
é infunde aliento para el bien fecundo.
Su nombre es Libertad! Mientras mi frente
con flores argentinas engalana,
desde el extremo sud del continente
canto *Á la Independencia Americana.*

Suene el mágico son. ¡Bendito sea!
el hijo de la *América inocente*,
que fué el primero que sintió en la mente
de independencia germinar la idea!
¡Oh, decidme su nombre para alzarle
estrofa sobre estrofa un monumento
al que vayan con noble sentimiento
todos los hombres libres á adorarle;
que como á un dios mi espíritu lo admira
y como á un dios mi espíritu lo alaba,
porque por él entusiasmado mira
libre la tierra que naciera esclava.

América fué un águila dormida
en el abismo de la obscura Nada;
Colón la despertó, más fué en seguida
á tres siglos de yugo condenada.
La independencia es luz; para que viera
de luz tan pura fulgurar sus lampos,
fué necesario que la guerra hiciera
con sangre de héroes empapar sus campos
Colón, al arrancarla del abismo
no le hizo mayor bien que esos varones,
que en certámenes cruentos de heroísmo
ganaron su corona de naciones.

.....
La Humanidad que con placer profundo
vió que el *país de libertad* surgía,
hizo con *vivas* atronar el mundo...
¡Jella, hambre y sed de libertad tenía!
Se desbordó después como un torrente
sobre la virgen tierra americana,
en cuyo seno se agrupó la gente
para amasar las razas de mañana,
para encender las progresistas lumbres,

para hacer que distintas muchedumbres
se unieran en distintas comuniones!

Le dieron libre patria y libre idea
dos redenciones á la raza humana:
¡la Redención Divina de Judea
y la gran Redención Americana!
con su muerte, Jesús le ha demostrado
que un supremo ideal la vida encierra
la libertad de América le ha dado
la *Patria Universal* sobre la tierra.

JOSÉ CIBILS.

EL HERRERO.

Á LOS OBREROS DE BUENOS AIRES

No de la iglesia parroquial cercana,
Tañendo la campana
Llama al alba á los fieles
Las preces á elevar de la mañana:
Ni aun al despertar de los verjeles
Canta á luz el ave la sublime
Canción, que entre las frondas se difunde —
Cuando ya el eco por los aires cunde
Del ascua ardiente que en el yunque gime
Bajo los golpes del martillo. ¡Alerta!
Sensuales palaciegos
Ante el abismo ciegos
Que ahonda la molicie á vuestra puerta —
Los que entregáis rendidos de cansancio
La briosá juventud empobrecida,
Al sueño y al placer, estéril vida
Arrastrando en los ocios de Bizancio.
¡Oid! ¡oid! la diana redentora
Tocada en el taller. Resuena al choque

Del hierro contra el hierro. Ella convoque

La hueste emprendedora

De los conscriptos del trabajo. El necio

Sólo quédese inerte. Sin conciencia

Sumido en el sopor sienta el desprecio

Con que humilla la fuerza á la impotencia.

Mientras muelle dormita, enrojecido

Por enérgica acción purificado,

A la prueba del fuego sometido

El rebelde metal será donado.

Sintiéndose batir lanzará chispas

Que el ambiente cálido volteen,

Y el rostro al forjador aguijoneen

Como enjambre de igníferas avispas.

Más luego, retorciéndose á la norma

De su maleable condición sumiso,

Se adaptará en el término preciso

Al capricho estudiado de la forma.

Vestido el tosco delantal de cuero

Negra del humo la curtida frente,

Lo machaca el herrero,

Que á cada golpe retemplar se siente

Parece sus derechos afirmara

Siempre afanoso, eterno proletario,

De reclamar á la fortuna avara

Un miserable aumento de salario.

¡Oh jornalero intrépido. Prosigue

Tu ciclópea labor sobre la tierra,

Pertinaz en la guerra

Con el hado fatal que te persigue.

No la herradura del corcel de Atila

Forje tu mano ó infamante yugo;

No el hacha del verdugo

Ni las viles tijeras de Dalila

Que torvo el crimen en la sombra afila.

En cambio danos, si, la corva reja
Del labrador, y de la tumba amada
La férrea cruz con lágrimas regada,
O de la antigua torre
La que eleva á las nubes el creyente
Por augusto martirio consagrada —
Damos el limpio acero del valiente
Que á la defensa de la patria corre,
Y doblada y segura
Del inviolable hogar la cerradura.

Benigno en tanto el cielo tu bizarro,
Noble tesón de luchador acrezca;
Llegue la edad de desuncir del carro,
Conductor de los frutos prohibidos,
La humana bestia... ¡Honor á los vencidos!...
Del evangelio imbuída restablezca
La sociedad el fiel de la balanza
En la cual pese vicios y virtudes,
Talentos y aptitudes;
Que el industrial realice la esperanza
Viva en su corazón, fija en su mente,
De echar al fin el puente
Desde un mundo caduco á otro flamante,
Por dondealzada en palmas victoriosas,
Santa atraviase la igualdad triunfante,
A nivelar los hombres y las cosas.
¡Esa la prez, el bello lauro de oro,
En tiempo venidero
Reservado al obrero,
Para quien, manso y fuerte como el oro,
Ejemplo de constancia y de energía,
La fragua antes que el sol anuncia el día!

TOMÁS AUGUSTO GUIDO.

PARTE TERCERA

AUTÓGRAFOS

Adolfo Alema

Todos los que vivíamos en sus intimidades y le amábamos, conocíamos los secretos de su vida austera.

Habíamos leído en su corazón la página en que Dios escribiera la nobleza de sus sentimientos y estábamos habituados a explicarnos todas sus acciones.

El más insignificante de sus actos, tenía vínculos con algún antecedente añejo, quizá olvidado, pero siempre digno, elevado y puro.

En acendrada condescendencia con los niños, para quienes jamás tuvo ni momentos, ni sitios reservados; el desaliño habitual de sus ropas; la voluntaria desatención para en-

sus amigos, a quienes solo visitaba pensando había un dolor que compartir, y una lágrima que enjugar. Todo, todo tenía una aplicación sincera, tradicional, en la existencia vertiginosa de Adolfo Alana.

Así se recuerdan con cariño aquellas veladas del comedor de Adolfo, en las noches agitados del invierno de 1874.

Había que enjugar una borrasca política, cuyos estragos producían presentirse por las nubes negras, cargadas de electricidad que se amontonaban en el cielo de la patria.

La casa de Alana era el cuartel general del gran partido que le reconocía como su jefe denodado, y que le

amaba como al patriota severo. Hombre incapaz de rencores, tenía la lealtad por norma de su vida. Posía la virtud de los grandes corazones: todas las ternuras hallaban dulce acogida en aquel pecho indulgente.

Cristiano conciente y piadoso dejó que sus lástimas recorran su fronomita varonil, siempre que las fibras sensibles de su alma fueran heridas por una triste sensación.

Le veíamos llorar en el teatro cuando las notas fugitivas de una música melancólica, envolvía su espíritu en las sombras del recuerdo y lo iluminaban con las aspiraciones del infinito. Le veí-

amos volver el rostro como
vivos cuando la Rintóni espe-
saba la desesperación de ella
de, o Salvini moría en la
noble agonía del galote
perseguido de la Muerte
Civil.

Esta faz tiernísima del ca-
racter de Adolfo Alsina,
sólo era conocida por los que
hacíamos con él la vida
de todos los días. Pero es
necesario revelarla al mun-
do para que todos la esti-
men.

Luis V. Varela

No me corresponde juzgar si he respondido debidamente al honor del voto popular y a las aspiraciones del partido político que me elevó a la primera magistratura de la Provincia; pero cumple a mi derecho constatar, que los resortes morales y materiales que el gobierno confiere, no se han ejercitados en mis manos con otros fines que los institucionalmente previstos, que he sido fiel a mi juramento cumpliendo y representando y haciendo cumplir y respetar la constitución y las leyes, amparando los de-

rectos, garantizando su ejercicio, y estimulando el adelanto moral y material por los medios y recursos de que me ha sido dado disponer; que tu realización mi programa en cuanto ha sido compatible con los distintos factores que en su realización imprimen modalidades diversas a todo plan de gobierno; y en fin, que tu consagrado al servicio del mandato que se me confirió, mi inteligencia y mi voluntad, estimuladas más aún por las responsabilidades conculgentes, por la aspiración legítima de contribuir al engrandecimiento y prosperidad del suelo en que he nacido

y ²⁴ Figueras Alcantar

La paz

Nada tan deseable ni tan anhelado en el mundo, como la paz. Es el más hermoso ensueño de la humanidad. Sin la luz, la visión es imposible; ~~sin~~ la paz, ¿de qué disfruta el corazón? La paz es el ambiente de la alegría, "es la belleza y la estabilidad del orden." Es la dulce bienandanza, el reposo noble, libre, fecundo, divino, de las naciones. Toda la obra de Jesucristo, obra de restauración y de vida, de luz y de verdad, se condensa en sola esta palabra.

que por esto los ángeles saludaron su aparición como el advenimiento de la paz entre los hombres. Las últimas palabras dirigidas por Él, en la noche de los adioses, "a los que iba a amar has. el fin," fueron estas: Q~~ue~~ de~~se~~o la paz! Ya antes, en el sermón de la montaña, había exclamado. Beati pacifici! - que un académico francés ha traducido: "Me-
recen más bien de la Patria los que promueven el reinado de la paz, que los que dilatan, por medio de la espada, sus fronteras."
Pablo Cabrera
Córdoba, Junio 1.º de 1906 Pto

El criollo

..... El cruz del emba-
te y el humo de la pólvora,
los antebrazos de gloria y las
energías caballerescas, hi-
cieron del criollo un tipo
legendario por su valor,
sus bríos y su pujanza.
Trasmontó los Andes, re-
corrió el inmenso terri-
torio que se abarca desde
el Cabo de Hornos hasta las
valles del Rincón, sin
fine artos, varnil y es-
forzoso, sin otras recun-
2

piensas que la reno-
ta esperanza del lauro
simbólico... Por fin
lunucias sus males
como un regreso de la
es inmensales que lo
encluyen en la li-
manipadon, con-
junto a los heros de
la buena humanen.
Sic' saluro y tribuno
que propago en su
lupa de las ideas de
su tiempo para le,
paros, en defuntion,

la historia estrepanda
de una dicenda que
nos habilita para recha-
zar un puente de unión
entre los pueblos civil-
izados de la tierra...

J. Mariño

1904.

Culto

~~El Abogado~~ Entienda y la mejor manera de cumplir el precepto constitucional y proteger la religión de la Provincia, es rodear en culto y la libertad de creencia, el respeto que le son debidos, y agudizar á la edificación de templos y recintos en q' el hombre pueda recogerse en sí mismo y ponerse en comunicación con su creador - Estos recintos, ya sea que se llamen Oratorio o Capilla, Catedral o Pagoda; ya que brillen en su minarete la media luna, o en su cúpula se levante la cruz que abra sus brazos al género humano, son el templo de la conciencia, sagrado como ésta, y como ésta, están bajo el amparo de la ley y la garantía del Estado

La

libertad de escen y de orar, es tambien
un precepto constitucional y la mejor y
mas eficaz manera de combatir el ateismo,
que es una calumnia, lo mismo en reli-
gion que en politica, en la sociedad que
en la familia.

En religion, es una negacion perpetua de to-
do lo creado, de todos los principios y sin
perden el sentimiento de la moral y la ho-
nestidad en las costumbres privadas y de
se sin base ni consistencia la formacion
y estabilidad de la familia.

En politica, es el germen y genero de dema-
gogos y revoltosos que combaten toda situa-
cion de orden, todo sistema de gobierno, lo
mismo el democratico que el monarquico, el

liberal que el teocrático, el constitucional que el absoluto -

Nuestra carta fundamental manifiesta y protege la religión de nuestros padres, como la primera necesidad de orden social y base de la religión católica apostólica romana, el culto del Estado y el más eficaz elemento de moralización del pueblo, pero no excluye los cultos disidentes, por que no puede excluir a Dios adorado en otros templos y en otra forma que la católica

Los ingleses y los norteamericanos son reputados como los hombres más religiosos del mundo, Estorbar su religión y su culto, es ahuyentarlos del país

empujarlos á la idolatría ó al ateísmo.

La religión católica no es intolerosante: la prudencia y la tolerancia están en su esencia. El sabio pontífice León XIII ha enseñado al mundo, como se puede ser prudente y tolerante, sin faltar á los principios y preceptos que forman la religión católica, apostólica romana.

La piedad y la tolerancia eran las cualidades más subsecuentes del virtuoso obispo Cignini, y nadie se atrevería á poner en duda su obediencia pasiva á los preceptos de la religión y de la religión católica romana. Cato

hacer obedecer" - fue su ejemplo a los argentinos que perseguiamos la libertad de cultos con la Constitución de la República' -

"La libertad religiosa es tan necesaria al país, como la religión católica", ha dicho el eminente estadista doctor Alsina. "Lejos de ser incompatibles se necesitan y complementan mutuamente. La libertad religiosa es el medio de poblar el país. La religión católica es el medio de educar la población".

Nuestra carta protege p.^o la religión católica, apostólica romana, por el medio eficaz de la libertad de crear y de crear, y por todos los que son pechos

res al gobierno democrático liberal que repudia todo género de privilegio, y no convulga con el formermo, ni con la tiranía de la escienencia -


J. Meléndez

Exmo. Sr.

Nada existe del Ejército-enemigo.
 El q. no ha sido muerto, es prisionero.
 Artillería, ciento sesenta ofi.^{es} Todos
 sus Generales, excepto Orozco están en
 nuestro poder: yo espero q. este últi-
 mo me lo traigan hoy: la acción del
 19. ha sido remplazada con usura: en
 una palabra, ya no hay enemigo
 en Chile.

Dios que. a V.E. m. a. Cuar-
 tel Gral en el campo de Maipú Abril
 5. de 1818.

Exmo. Sr.

Jos. P. S.^{ra} Martin


Exmo. Sr. Supremo Director }
 de las Prov.^{as} Unidas de Sud Am.^{ca}

Alcoholismo -

Es un error de graves consecuencias la suposición de que el alcohol es tóxico y nocivo a la salud únicamente cuando produce la embriaguez.

Se encuentran numerosas personas, especialmente en la más elevada clase social, que padecen de delirium tremens y presentan tan variados síntomas de la intoxicación alcohólica crónica, sin haber estado nunca ebrios en el sentido ordinario de la expresión.

Vase cómo se explica esto que parece incomprensible.

una ó dos copas al levantarse; un aperitivo (apéritif) antes del almuerzo, precedido de un cocktail de exquisitos frutos; otra copa, que es algún pretendido digestivo alcohólico, después de comer; un cocktail al concluir la jornada de trabajo (si es que el individuo trabaja); un nuevo aperitivo para afuizar el estómago; concluida la comida, otra vez el digestivo, y luego, tazas de té ó café con caprae ó ginebra y las numerosas chozas de cerveza que se intercalan en el verano. ¿Qué resulta?

Que no siempre se embria-
gan los que tal hacen, porque
cada una dosis es por sí
misma insuficiente para
producir la embriaguez, y
el alcohol se ha dismi-
nuido todo a parte cuan-
do se ingiere una nueva
porción. Pero persisten
otros efectos, distintos de la
embriaguez, los que se pro-
ducen en la sustancia
misma de las células y
en los tejidos; efectos más
duraderos, que se alcanzan
y acumulan trayendo
seguros y fatales conse-
cuencias para el organi-
smo, contando entre las
principales la arteriosclero-

ses, las lesiones valvula-
res del corazón, los enferme-
dades del hígado y de los
rines, la alteración
permanente de las funcio-
nes del cerebro y me-
dula espinal.

El gran precursor, es-
tas lesiones y alteracio-
nes que se producen len-
tamente y á medida
que se repite la inges-
tión de bebidas alcohó-
licas, convierten poco
á poco á poco al in-
dividuo en un ser inú-
til, hulpazán, que llega
á convertirse en una
carga para la familia
ó para el erario público,

al fin fue en favora-
ción de fuerzas para el
Estado. Y luego cuando
la descomulgación de
muerte del alcoholista
el fin, por el mal
estado de un sistema
cardio-vascular, es el
mayor contribuyente
de la muerte súbita.

L. L. L. L.

La ciudad de Buenos Aires como capital de la nación grande del futuro, la primera nación del hemisferio austral, la "gran capital del sud" del poeta profeta, debe ser uno de los mas fuertes instrumentos del sólido progreso que es la aspiración nacional. La vida argentina irradiará desde este gran foco de civilización práctica, hacia el dilatado horizonte del Atlántico y del Pacífico, transponiendo las montañas por altas que sean y las llanuras de mas vastos extensiones y atraerá hacia si los pueblos nuevos cuyos centros comerciales, consecuencia de su posición geográfica, estan orientados hacia esta metrópoli.

autal atada a la salida de
la camión del comercio de medio
costante. Conviene de su
acción destino, debe darse cuenta
de las graves responsabilidades que
trae aparejadas su futuro y
perjuicio la economía de un org.
nismo económico, social y polí-
tico, resueltos problemas con-
flicto de cuya solución depende la
salud y la fuerza que necesita pa-
ra responder a ese destino.

El medio ambiente en que se
desarrolla la Argentina, hace que el
capital sea una entidad económica
peculiar. Dentro del perímetro de la
acción actual, si bien sus productores

naturales, en tienen las condiciones
que necesita un país para ser verdaderamente
manufacturero, o industrial,
con posibilidad de ganados y apíeslos,
donde que en posición geográfica en este
Hemisferio le permite producir el
maximum cuando el Hemisferio Norte,
que es el gran mercado consumidor, pro-
duce el minimum, produciendo, así,
el excedente regular, en beneficio pro-
prios, el sustento de esas naciones.
Además, por razón de las mismas con-
diciones geográficas y de la densidad de la
población, y de la cultura presente, los
países vecinos no podían, durante
largos tiempos, desarrollar en vasta es-
cala industrias similares a las nuestras,
por falta de ambiente económico,
y Buenos Aires, surgió durante ese

tiempo el cuerpo formal, es
solo de la grande trascendencia en
la metera pueras citadas / meim
to Mandados Rerues, Bahia
Blanca en adguenir el documento
que a la puerinidad de la cusion
procedente, corresponde naturalmente
que constituya un vasto
campo de experiencia de la vi
dustria local pueritona de la
beiedad...

(Fragmento de un discurso
electoral. Febrero 15. de 1904.)

J. Navarro

La civilización argentina
está extraviada. Procede
menar en ella los adelan-
tos materiales, y descuidando
el nivel de la cultura
moral y política.

Es necesario rebravar el
alma Argentina, y es-
ta es la misión redem-
ptora de la escuela.

Estanislao S. Zeballos.

Buenos Aires

2 de mayo del 904

Entonces habrá llegado la hora de la Constitución. Y en esos días de plácida serenidad, cuando las pasiones que hoy bullen en el escenario de la República no ofusquen el criterio de nuestros hombres, yo me he de recoger silencioso para arrojar una mirada retrospectiva a mi defensa de las autonomías provinciales; la he de volver a leer en mis días tranquilos para ver si en ella hubo algo depresivo de mi nombre o, por lo menos, un error fustoso de doctrina; Dios me dé la satisfacción de haber apostado mi actitud y mi voto al precepto legal!

Pero, también el adversario, el adversario accidental de ahora, ha de recogerse silencioso y, espero fue, por lo menos, nada tendrá que reprocharme, y que el país — si el país llega a ocuparse alguna vez de estas cosas — me vea esto, fue es lo único que quiero y ambiciono: que defendí las instituciones democráticas y que puse por sobre todas las cosas, hasta por sobre mis propios intereses, bien alto, el sentimiento del respeto por la autonomía de las catorce provincias de la República.

S. M. A. P. A. S. C.

1892.

Delante

La muchachos de la aurora ¡arriba!
 Focosa del Pachay el mastillo y vanos,
 Se cenar a gar tenaces trabajamos,
 El mozo de Peribó de caera,
 Alcaenos con sus troncos mastas cos,
 Asilo de la enérgica fobera,
 Dora de corcio el jaral y la esalera,
 La orina lejisa isate medraro.

Que el muelle cortadero's fortin,
 Aunque aditanto a su señor adusto,
 El torpe corarion siempre con gusto
 De perder de su afan el fruto vil.
 Lo tanto el diembre el odio y la envidia,
 Auestras volutas branos diembre trizo,
 Auestras se en cada hombre en envidia,
 Aueciones con pecho no moris.

1.
Grato será el ver en nuestros lares
De la jornada al fin, todos reunidos
A los cerca aduells y queridos
Que en embelesio el trabajo avistes
Recordando los triunfos del pasado
En las largas veladas del indiano
Observando sus proezas al otomí
Que nos da la esperanza y la salud.

18
 19
 20
 21
 22
 23
 24
 25
 26
 27
 28
 29
 30
 31
 32
 33
 34
 35
 36
 37
 38
 39
 40
 41
 42
 43
 44
 45
 46
 47
 48
 49
 50
 51
 52
 53
 54
 55
 56
 57
 58
 59
 60
 61
 62
 63
 64
 65
 66
 67
 68
 69
 70
 71
 72
 73
 74
 75
 76
 77
 78
 79
 80
 81
 82
 83
 84
 85
 86
 87
 88
 89
 90
 91
 92
 93
 94
 95
 96
 97
 98
 99
 100
 101
 102
 103
 104
 105
 106
 107
 108
 109
 110
 111
 112
 113
 114
 115
 116
 117
 118
 119
 120
 121
 122
 123
 124
 125
 126
 127
 128
 129
 130
 131
 132
 133
 134
 135
 136
 137
 138
 139
 140
 141
 142
 143
 144
 145
 146
 147
 148
 149
 150
 151
 152
 153
 154
 155
 156
 157
 158
 159
 160
 161
 162
 163
 164
 165
 166
 167
 168
 169
 170
 171
 172
 173
 174
 175
 176
 177
 178
 179
 180
 181
 182
 183
 184
 185
 186
 187
 188
 189
 190
 191
 192
 193
 194
 195
 196
 197
 198
 199
 200
 201
 202
 203
 204
 205
 206
 207
 208
 209
 210
 211
 212
 213
 214
 215
 216
 217
 218
 219
 220
 221
 222
 223
 224
 225
 226
 227
 228
 229
 230
 231
 232
 233
 234
 235
 236
 237
 238
 239
 240
 241
 242
 243
 244
 245
 246
 247
 248
 249
 250
 251
 252
 253
 254
 255
 256
 257
 258
 259
 260
 261
 262
 263
 264
 265
 266
 267
 268
 269
 270
 271
 272
 273
 274
 275
 276
 277
 278
 279
 280
 281
 282
 283
 284
 285
 286
 287
 288
 289
 290
 291
 292
 293
 294
 295
 296
 297
 298
 299
 300
 301
 302
 303
 304
 305
 306
 307
 308
 309
 310
 311
 312
 313
 314
 315
 316
 317
 318
 319
 320
 321
 322
 323
 324
 325
 326
 327
 328
 329
 330
 331
 332
 333
 334
 335
 336
 337
 338
 339
 340
 341
 342
 343
 344
 345
 346
 347
 348
 349
 350
 351
 352
 353
 354
 355
 356
 357
 358
 359
 360
 361
 362
 363
 364
 365
 366
 367
 368
 369
 370
 371
 372
 373
 374
 375
 376
 377
 378
 379
 380
 381
 382
 383
 384
 385
 386
 387
 388
 389
 390
 391
 392
 393
 394
 395
 396
 397
 398
 399
 400
 401
 402
 403
 404
 405
 406
 407
 408
 409
 410
 411
 412
 413
 414
 415
 416
 417
 418
 419
 420
 421
 422
 423
 424
 425
 426
 427
 428
 429
 430
 431
 432
 433
 434
 435
 436
 437
 438
 439
 440
 441
 442
 443
 444
 445
 446
 447
 448
 449
 450
 451
 452
 453
 454
 455
 456
 457
 458
 459
 460
 461
 462
 463
 464
 465
 466
 467
 468
 469
 470
 471
 472
 473
 474
 475
 476
 477
 478
 479
 480
 481
 482
 483
 484
 485
 486
 487
 488
 489
 490
 491
 492
 493
 494
 495
 496
 497
 498
 499
 500
 501
 502
 503
 504
 505
 506
 507
 508
 509
 510
 511
 512
 513
 514
 515
 516
 517
 518
 519
 520
 521
 522
 523
 524
 525
 526
 527
 528
 529
 530
 531
 532
 533
 534
 535
 536
 537
 538
 539

Alfios e Linsito

Nuestros institutos como constitucionales es-
critos como una sola corporacion de otra
excepcion, en otra vez nosotros no
defendamos la institucion de la para-
lela dandole el concepto exacto de con-
servacion y destino cuando tenga y co-
pacion y de su naturaleza segun una
hemisferio, un pensamiento, una idea
para ser en los canales sin males ante
los que tendríamos porque los canales
en tales como en, en la gran re-
velacion en la revelacion

Primero queremos reformar las costumbres
con leyes electorales y el paralelo de es-
tados es cierto en la capital en la Repu-
blica, pero en la parte que estubo la ma-
yor y como las administraciones, administracion
propia - siempre tropiezos con
la ignorancia y ahora con los cana-
les en la pluviosidad - Vamos a ver

Rogelio de la Cruz

Buenos Aires Mayo 24/904. -

hendo de J^{te} el Sup^{te} C^{on}te el H^{on}or^{able} de f^uerza debe formarse el Equadron de Granaderos de acavalli q^{ue} se acompaña con un opus de esta f^uerza, ha decretado en la misma lo q^{ue} sigue

Aprobare el H^{on}or, y f^uerza q^{ue} se acompaña con el gose de su d^{ic}to en todos iguales al d^{ic}to de D^{ic}to de la Parra, y a efecto de q^{ue} se formalice la creacion del m^{en}cionado Equadron de Granaderos de acavalli sin perdida de tiempo conminque con copia adonde corresponde y arch^{iv}ese este Original tomada q^{ue} sea la conveniente razon en el C^{on}te de Cuentas, Capas y Comisar^{ado} al grad de Guerra.

Yo Comunes a D^{ic}to en los tex^{tos} muy prebend^{os} a los fines corrig^{idos}

Dios Que a D^{ic}to m^{en}do
Buen^{os} Sep^{os} Mayo 28 de 1782.

Pedro de Ribera

ÍNDICE

DEL TERCER LIBRO

PRIMERA PARTE — PROSA

	Páginas
La lectura — N. Avellaneda	7
Nuestra bandera — Adolfo P. Carranza	9
La última carga — P. S. Obligado	12
El rayo de forma esférica — Mario Otto	15
La aventura del soldado — (cuento) L. Dagé	16
Los meteoros — Walckenaer	19
Hombres de la época — Belgrano — San Martín — Pueyrredón — Guido — La Prensa	23
El señor Presente y el señor Futuro — Laboulaye	28
La Universidad de Córdoba — El Sud Americano	30
El Gulf Striam — Maury	32
La Madrid y Paz — Silvio Magnasco	33
Vélez Sársfield (boceto) — Pedro Goyena	34
El mar — J. Warin	36
La barranca del lorero (tradición) — F. F. Outes	38
Los guerreros de la paz (oda) — J. B. Alberdi	40
Las perlas	42
Rozas — Ilustración Sud Americana	45
¡Indio toro! — E. S. Zeballos	48
José Gabriel Brochero — R. J. Cárcano	51
El sol de media noche — Carlos Grand	54
Lo que ha sido la Tierra — M. de Laffarent	55
El oro y el pedernal (cuento) — Antonio de Trueba	58
Mi educación — D. F. Sarmiento	61
Curupaytí — José I. Garmendia	63
El coronel Agustín Olmedo — Alberto Ortiz	64
Los milagros de la ciencia — L. Riviere	66
Maruja (cuento ruso) — Ivan Turgueneff	68
Casabamba — I. D. Monzón	69
Ortografía — A. Richieri	71
Los dos libertadores — Miguel Cané	73
El inválido — N. Avellaneda	75
El alma del ciego — A. Ghigliani	76
Leyes providenciales — Fenelón	77

	Páginas
30 años después — C. Pellegrini	79
Sarmiento (discurso) — E. Wilde	81
El profeta — M. D. Pizarro	84
Oda á la República Argentina — Rubén Darío	86
El bálsamo de la Fe (monólogo — F. R.	88
Hijo del Sol — (Historia de los Incas)	90
La visión del lago — Joaquín V. González	93
Aire líquido — De la Vallée	95
Los lectores — ***	99
Donde las dan las toman (fábula) — J. S. Alvarez	101
Honrando á Urquiza — Lo que hubiera hecho el general Mitre — M. M. Ruiz	103
La muerte del Chacho — "La Biblioteca"	106
Un cuerpo maravilloso (el radio) — Prof. D'Argonal	110
Manchas de color (la hermosura) — C. Prieto)	112

SEGUNDA PARTE — VERSOS

Los hombres y las olas — José Selgas	115
Qué es un árbol — Felipe Janer	116
La Revolución del Sud — Bartolomé Mitre	118
El trabajo — Luis Martínez Marcos	120
Los náufragos del mundo — G. Méndez	122
Las dos linternas — Campoamor	124
Somos siete — José Antonio Calcagno	126
El cerdo y el cordero (fábula) — E. B. Ruiz	127
Las tres sombras — Juan M. Gutiérrez	129
La Unión Americana — Benjamín Blanco	132
Tres actos — Anselmo Alfaro	133
La victoria — Rosendo Villalobos	135
A los que estudian — Manuel M. Flores	136
La noche de Mendoza — O. V. Andrade	138
Arboles viejos — José Santos Chocano	139
¡Patria! — José de Diego	140
La epopeya del mar — José Santos Chocano	141
Moreno — Eugenio C. Noé	143
El gaucho — Horacio B. Oyhanarte	144
Sintética — Pedro B. Palacio	147
Rima — Joaquín V. González	148
A mis hijos — J. Lazcano Colodrero	149
Lágrimas á la memoria de mi padre — Manuel Acuña	149
Salmos de combate — Leopoldo Lugones	151
En la tumba de Sarmiento — L. M. S.	152
Las ideas — Olegario V. Andrade	153
Lágrimas — Bernardo L. Peyret	154
Efímera — M. Belzu de Dorado	156
La calle — F. A. Gavidia	157
Gota de Agua — M. Blanco Belmonte	158
Oda á la Independencia Americana — José Cibils	160
El herrero — Tomás Augusto Guido	162

TERCERA PARTE — AUTÓGRAFOS

	Páginas
Adolfo Alsina — Luis V. Varela	167
Párrafos de un mensaje — J. Figueroa Alcorta	171
La paz — Pablo Cabrera	173
El criollo — José Bianco	175
Culto — José V. de Olmos	179
Parte de la Batalla de Maipú — José de San Martín	185
Alcoholismo — José Manuel Alvarez	187
Fragmentos — Francisco P. Moreno	192
Un pensamiento por — Estanislao S. Zeballos	197
Párrafos de un discurso — Osvaldo Magnasco	199
¡Adelante! — Carlos Guido Spano	201
Párrafos — Roque Sáenz Peña	203
Creación del cuerpo Granaderos á Caballo — Bernardino Rivadavia	204

EDICIONES DE LA CASA

L. TOLEDO HIDALGO. - EL ESTUDIANTE ARGENTINO 1^{er} libro de lectura para 3^{er} grado.

Id. id. 2^o " " " " 4^o "

" " 3^{er} " " " " 5^o "

Id. id. GEOGRAFÍA DE LAS PROVINCIAS ARGENTINAS - texto aprobado por el Consejo de Educación de la Prov. de Córdoba, y adoptado en varios colegios nacionales de la República.

CONSTITUCIÓN DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA. (*Edición oficial.*)

CÓDIGO RURAL DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA.

BOLETÍN ESCOLAR DE CLASIFICACIÓN.

EN VENTA EN LA MISMA LIBRERIA

CARTILLA MILITAR: Tte. Coronel JUAN F. MOSCARDÁ.

TORRES Y VELEZ. - GRAMÁTICA CASTELLANA.

AGÜERO. - EL MAESTRO EN EL AULA. (*2 tomos.*)

RIO Y ACHAVAL. - GEOGRAFÍA DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA. (*Edición escolar.*)

OLMOS. - HISTORIA DE CÓRDOBA. (*2 tomos.*)